

H

ANTOLOGÍA RELATA
2013

Talleres Literarios

H

H

ANTOLOGÍA
CUENTO Y POESÍA

Talleres Literarios

2013

Red de Escritura Creativa-RELATA

Selección, edición y presentación

Miguel Ángel Manrique

H

Antología relata 2013 / Compilación Miguel Ángel Manrique ;
Red de Escritura Creativa. -- Bogotá : Fundaproempresa -
Caza de Libros, 2013.
252 p. ; 21 cm.
ISBN 978-958-8822-26-6
1. Poesía colombiana - Colecciones 2. Cuentos colombianos - Colecciones I. Manrique, Miguel
Ángel, comp.
II. Red de Escritura Creativa.
Co863,6 cd 21 ed.
A1429856

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ANTOLOGÍA RELATA 2013

Red de Escritura Creativa-RELATA

Ministerio de Cultura

MINISTRA

Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA

María Claudia López

SECRETARIO GENERAL

Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES

Guiomar Acevedo Gómez

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO - RELATA

Andrea Víctorino Ramírez

Luis Daniel Ibarra

Carlos Cóbbita Villamil

AGRADECIMIENTOS

Francisco Rozo Triana

ISBN 978-958-8822-26-6

© Varios Autores

© Ministerio de Cultura,
República de Colombia
RELATA www.mincultura.gov.co
redrelata@mincultura.gov.co

© Caza de Libros Editores

Fundaproempresa

Primera edición: Noviembre de 2013,
Ibagué

EDICIÓN Y DISEÑO FINAL

Caza de Libros Editores

José Luis Rivera Salazar

EDICIÓN DE TEXTOS Y PRESENTACIÓN

Miguel Ángel Manrique

CONCEPTO GRÁFICO DE LA COLECCIÓN

Tangramgráfica

Distribución y ventas: Caza de Libros Editores

Calle 45A N° 19-26 B. Palermo. Bogotá - Cra. 7A N° 19-41 B. Interlaken. Ibagué, Colombia

www.cazadelibros.com / cazadelibros@gmail.com

Printed and made in Colombia / Impreso y hecho en Colombia por

Prohibida, la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los editores

y propietarios del copyright.



MinCultura
Ministerio de Cultura

PROSPERIDAD
PARA TODOS



Caza de Libros



RELATA
RED DE ESCRITURA CREATIVA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

EL ARTE DE LA FICCIÓN EN LOS TALLERES RELATA Miguel Ángel Manrique	11
--------------------------------------------------------------------------	----

CUENTO

LAS PALABRAS HACEN FALTA, SABE Carolina Rojas Vélez	27
--------------------------------------------------------	----

LOS ZAPATOS AZULES Daniel Mauricio Montoya Álvarez	33
-------------------------------------------------------	----

PRIMICIAS Jorge Humberto Correa Díaz	38
-----------------------------------------	----

HISTORIA EN UNA RUEDA DE CHICAGO Carlos David Perugache Patiño	41
-------------------------------------------------------------------	----

REVOLUCIÓN Anderson Alarcón	49
--------------------------------	----

AGONÍA Carlos Alberto Sierra Limas	53
---------------------------------------	----

LOS NUESTROS Bladimir Francisco Díaz Ravelo	58
------------------------------------------------	----

AERISTRA Oriana Russo	63
--------------------------	----

LUCHO EL MALO Alejandro Metaute	70
------------------------------------	----

EL ÁRBOL DE LOS MUERTOS Juan Camilo Lara Giraldo	73
ESTE LADO ARRIBA Ricardo Linás	80
NUESTRO SECRETO Yadira Rosa Vidal	86
CATARSIS William López Durango	89
DISCRETA SEMBLANZA DE UNA PERRA VESTIDA DE SEDA Jesús Villán	92
¿POR QUÉ NO TRES? Gloria Inés Hoyos Cortínez	96
CIBERNAUTAS Luz Katherine Castellanos Gil	101
COSMONAUTA Jorge Romero Polanco	108
NIGHT HOUSE Astrid Martínez Fernández	115
UNA NOCHE ESPANTOSA Sam Cuming	119
LA VIDA ES UN CUENTO Clara Inés Ochoa de Baiz	121
EN ALGÚN LUGAR DE LOS SUEÑOS María Antonia López Bravo	123

MALDITA FLOR	128
Isabel Rentería de Gutiérrez	
RELANCINA	133
Holguer Alfredo Cruz Bueno	
LA MULATA QUE CANTABA JUNTO AL MAR	140
John William Archbold	
TIRADOR BAJO LA LLUVIA	148
Sandra Leal Larrarte	
EL HORRIBLE PÁJARO VERDE QUE PERDIÓ SUS ALAS	154
Fabián Mauricio Martínez G.	
ISLA GORGONA, LOS ROSTROS DE LA MEDUSA (CRÓNICA)	159
Lucy Amparo Bastidas Passos	
MUÑECA	169
Lucero Rojas Olaya	
TERESA	173
Aurora Montes Revollo	
RUTA DE LAS GOLONDRINAS DE CAPISTRANO	176
Esteban R. Jiménez Bedoya	
LA PUERTA	182
Jimmy Vélez	
TODO SE SABE	186
Yudis Camacho	

POESÍA

EL GATO ESTÁ EN TU TEJADO Jaime Alexander Córdoba Madroñero	193
7 POEMAS José Danis Morelos	201
AMANECER Luis Carlos Ramírez Lascarro	208
PEQUEÑO POEMA INFINITO Diego Rodrigo Echeverry Caicedo	209
DESTELLOS DE LÚCIDA LOCURA Domingo José Bolívar Peralta	216
DOS MÁS UNO Magdalena Velasco Mendoza (Migdal Madu)	224
FANTASÍA DE RECUERDOS Clara Romero Barrios - Claire	225
HAY FINAL E. Mauricio Delgado Miranda	231
CADA PALABRA Brayan Esteban Cifuentes Herrera	232
AUTORES Y TALLERES	237
SELECCIÓN, EDICIÓN Y PRESENTACIÓN	239
NOTA BIBLIOGRÁFICA	250

H
PRESENTACIÓN
H

EL ARTE DE LA FICCIÓN EN LOS TALLERES RELATA

Miguel Ángel Manrique

H

Los talleres de escritura creativa son lugares donde la gente quiere aprender a utilizar bien los recursos del arte de la ficción. Estos, por lo general, son diversos, están conectados entre sí y se dividen artificialmente en “varios aspectos”. Y, como bien lo sabe el maestro David Lodge, “cada uno de ellos se apoya en todos los demás y contribuye a todos ellos”.

En los textos literarios es posible, por tanto, reconocer dichos aspectos: la manera de comenzar o terminar un cuento, usar el lenguaje, ponerles nombre a los personajes, construir el tiempo o inventarse lugares. Aparte del arte de elaborar parodias, utilizar el humor negro o la ironía.

Cada uno de los textos de la presente antología contiene su poética, su modelo narrativo, su manera de contar la historia, pensar las palabras o construir los versos. De los cuentos y poemas que vienen a continuación se podría decir que se inspiran en una tradición y en una retórica. Los cuentistas quieren *convencernos* del mundo que encierran los artificios narrativos que han creado. Los

poetas, *seducirnos* con la postulación de un lenguaje, unas imágenes, sonidos y ritmos.

En literatura, hay unas maneras de hacer establecidas que se transmiten de boca en boca, de texto en texto, hasta que alguien logra reinventarlas, romperlas, destruirlas para mostrarnos algo diferente. Pero no es tarea fácil inventar un mundo literario duradero y propio.

¿CÓMO SE EMPIEZA UN CUENTO?

Los cuentos populares comenzaban con la frase: “Érase un vez”. Y aunque con el tiempo esa fórmula haya cambiado y desaparecido, la primera frase de un cuento es fundamental. En los comienzos de algunos cuentos de la Antología Relata 2013, de las historias ganadoras, por ejemplo, las primeras frases son importantes para atraer la atención del lector.

En ellas se advierte la creación de una atmósfera cotidiana, local, en la que se mueven los personajes: el pueblo, la tienda. En “Las palabras hacen falta, sabe” de Carolina Vélez, la narración inicia con la frase dicha por el narrador-personaje sobre la vida monótona en un pueblo sofocante:

Aunque en este pueblo pasa de todo, para uno es como si no pasara nada. Debe ser el calor, hombre, que se me antojan todos los días iguales, parejitos. Sólo me queda un descanso en la madrugada, cuando el mar está quieto y huele tan bien. ¡Sí, verdad! A usted le huele a lo mismo. Pero no más llegan las ocho de la mañana y el sol pareciera querer devorarse todo. Y en las noches ese mosquiterío que no deja vivir.

Como el lector advertirá, la aburrida rutina y los mosquitos se imponen sobre la tranquilidad sobre la aparente tranquilidad del pueblo. En este comienzo, el personaje se los está contando a un oyente ficticio, a “usted”.

“Los zapatos azules” de Daniel Montoya tiene un arranque diferente. El personaje va a comprar pollo a una tienda y se entera de una noticia:

Quería sorprender a mamá con una libra de pollo para el almuerzo, comprada con mi propio dinero. En la tienda me enteré de la noticia.

Tomé la bolsa y corrí a casa. Pasé por la zapatería del señor Luis pero estaba cerrada. Después de que mamá vendiera el televisor, el señor Luis me dejaba entrar a disfrutar de mis programas favoritos. Si él no estaba, lo mejor era encender el radio de papá.

Abrí la puerta con afán.

En este otro comienzo, el personaje nos revela la existencia de la madre y don Luis, fundamentales en la perversa trama de esta historia.

¿CÓMO SE CONSTRUYE EL DIÁLOGO?

El diálogo, ese recurso narrativo que proviene del teatro, representa en una historia la voz de los personajes. En la literatura contemporánea reconocemos varias maneras de introducirlo. La forma tradicional es usar el guión (de tamaño largo o mediano) para identificar y diferenciar los parlamentos de los personajes, de los incisos del narrador, como hace la mayoría de los autores. Sin embargo, no es la única técnica. Cormac McCarthy, por ejemplo, no usa guiones, aunque las voces de los personajes siempre empiezan en el margen izquierdo de la página. José Saramago funde las voces en la narración.

En la presente antología, el diálogo, en la mayoría de los cuentos, se introduce mediante el guión. Como en “Los zapatos azules” de Daniel Montoya:

—Mami, oye esto —grité. Tiré la bolsa en el comedor y pasé de largo hacia el cuarto.

—¿Qué pasó? —preguntó mamá saliendo de la cocina.

Las voces de los personajes también se introducen en la narración gracias al discurso del narrador, como “Primicias” de Jorge Humberto Correa, en el que el protagonista que narra en primera persona escucha la conversación de los otros personajes y la reproduce:

Él y mi mamá dicen que desde una tal firma de la paz, este lugar ya no tiene problemas y se puede llegar a él sin sentir miedo. Esas conversaciones entre ellos realmente me aburren. Comienzan

a hablar del pasado y a veces se ponen tristes hasta llorar. A mí también se me pegan las ganas, por eso prefiero salir a dar una vuelta.

O utilizando las comillas como en “Historia de una rueda de Chicago” de Carlos Perugache, en la que el narrador parece que se dirigiera a sus lectores:

Sus vaqueros ajustados delineaban unas nalgas rotundas y unas piernas esbeltas, elegantes y torneadas. Más que explicarlo con palabras me serviría una foto, así ustedes dirían: “¡Vaya!, sí que era hermosa”.

Sin embargo, el diálogo del cuento “Este lado arriba” de Ricardo Llinás es otro buen ejemplo de cómo se utilizan los guiones:

—¿Qué tienes por ahí?

—Una bomba —dijo One, sacando un libro de la mochila.

—Muestra para ver —dijo Lía—. ¿Qué título más raro!

—Sí, pero me gusta.

—Lo estoy relejendo, apenas me lo termine se los paso.

—¿De qué se trata?

—Es la historia de un hombre que queda atrapado en una cueva.

¿QUÉ ES UN PERSONAJE?

En una narración un personaje es una función narrativa que posee ciertas características identificables por las palabras: tiene un nombre propio o común; realiza y padece las acciones; posee rasgos físicos, psicológicos y morales, adornos y vestuario, así como otros atributos que lo describen y caracterizan; y tiene una voz que se identifica a través del diálogo o el monólogo.

TIENE UN NOMBRE PROPIO O COMÚN (A VECES NINGUNO)

Los nombres de los personajes de una narración pueden estar motivados simbólicamente o ser arbitrarios. Sin embargo, como dice Lodge, “nunca son neutros”. La lección del nombre y el apellido de un personaje por el autor, oculta alguna intención, un significado, un sentido.

En los cuentos de la antología los nombres de los personajes tienen diversos orígenes lingüísticos (árabes, germanos, anglosajones, hebreos, españoles) y significados, intencionales o no. Sin embargo, guardan relación con el contexto social, cultural y religioso donde se originan. Hay también, en los cuentos, apelativos cariñosos, nombres hipocorísticos, como Nano (de Fernando), Chucho (de Jesús) o Tina (de Cristina).

El cuento de Carolina Vélez, por ejemplo, inicia mencionando un personaje con el nombre de una flor, un nombre común en Colombia, que conserva las connotaciones amorosas del trillado juego de deshojar margaritas:

Margarita se fue a la capital hace muchos años y su madre, mi mujer, murió cuando ella era así no más, chiquitica. No, nunca me volví a arrejuntar con ninguna mujer.

Sin embargo, el protagonista se llama Walter, un nombre de origen alemán, que no se corresponde con el carácter idiota del personaje del cuento de Carolina Vélez. Nótese la confianza con la que el narrador trata a Jesús, le dice Chucho:

Pero algo de misericordia le queda a Chucho desde que ha conservado a Walter tan bobo como siempre, más bobo que una gallina. Es un pelao bueno, me ayuda con los mandados, se pasa todo el día jugando en la arena, me abraza y me sonríe, y yo siento así que alguien me quiere.

En los cuentos hay nombres urbanos, religiosos y campesinos. En “Agonía” de Carlos Alberto Sierra, un llanero recio se llama Nano Cipriano:

Nano Cipriano me ayudó a bajar del caballo como pudo, era un viejo alto y encorvado como un tres, y hoy lo veía más viejo y acabado que de costumbre. El pobre hombre, antes de mi llegada, estaba en cama, enfermo de paperas y casi no podía hablar, pues tenía su cara tan hinchada como la ubre de una vaca recién parida.

Bladimir Díaz Ravelo se inclina por un nombre de origen árabe, Fátima, de connotación religiosa para bautizar a uno de sus personajes:

Después de unos minutos de silencios y de rezos, Fátima arremetió contra la hija con la misma carga de reproches y preguntas:

—Tú sabías que no era cierto Tina— dijo Fátima con severidad.

—*¡Pero si yo lo vi en el noticiero del medio día mamá!* —respondió Tina abanicando las manos.

—*No Tina, tú lo sabías.*

—*De verdad mamá, yo lo vi. Lo dijo en la televisión el Presidente, acompañado por el Arzobispo, mamá.*

Pero, Oriana Russo, autora de “Aeristra”, prefiere un nombre de posible origen hebreo, Matti, nombre que originalmente alude al bosque frondoso, pero que no tiene que ver con el sentido del cuento, porque luego el lector descubre que es un apodo cariñoso que alude a Martha Liliana:

Marlene había comenzado a preocuparse por la demora de su hija, y con el ceño fruncido se dirigió al pasillo. Grande fue el pánico al ver el desastre del pasillo.

—*¡Matti! ¡Marta Liliana, hija! ¡Ábreme la puerta!*

REALIZA Y PADECE LAS ACCIONES

En el cuento “Lucho el Malo” de Alejandro Metaute el personaje se caracteriza por ser un pícaro como su padre y por ejercer diversas profesiones y oficios. Las acciones de este personaje, popular en el folclor y la literatura costumbrista de Antioquia, las denotan los verbos amado, temido, apostó, trabajar:

Soy hijo de Lucho el Malo. Amado por putas y bestias, temido por curas y apostadores. Famoso porque nunca perdió a las cartas, ni cuando apostó al diablo un trago de ron para el desayuno.

Comenzó a trabajar a los cinco años limpiando potreros, a los diez ya había ganado título de timador. Fue payaso, policía, abogado, culebrero, jornalero, contador, brujo y, en un pueblo vecino, cura, hasta que fue pillado comiendo ostias en un burdel. Se afeitaba tres veces al día, con una navaja que encontró enterrada en un muerto.

También en “El árbol de los muertos” Juan Camilo Lara Giraldo se evidencian las acciones que realizan los personajes:

Están ahí hablando entre el monte, mueven las manos mostrando los caminos, que no se ven porque las matas allá hacen paredes, atrás están los demás muchachos, sentadotes en los troncos, limpiando los

fusiles, que ya se empiezan a ver llenos de moho, como vejestorios de otra guerra, aunque estén nuevecitos, recién sacados del batallón.

POSEE RASGOS FÍSICOS, PSICOLÓGICOS Y MORALES, ADORNOS Y VESTUARIO, ASÍ COMO OTROS ATRIBUTOS QUE LO DESCRIBEN Y CARACTERIZAN

Los atributos de los personajes de los cuentos, también son atributos lingüísticos, así que el lector puede identificarlos mientras lee. En “El árbol de los muertos” el lector identifica los rasgos físicos de Jaime vistos a través de los ojos de Pedro:

Pedro sonríe viendo la cara huesuda de Jaime arrugarse por el sol, tiene las cejas pobladas, el cabello que empieza a crecer deja ver pequeños remolinos castaños, la nariz es larga y delgada, aplastada en la punta, el cráneo redondeado se apoya sobre un cuello corto y ancho, lo que hace ver su cara un poco más grande, aun para aquel cuerpo de metro ochenta y seis, y noventa kilogramos de peso.

En “Nuestro secreto” de Yadira Rosa Vidal, los personajes se caracterizan a través del vestuario, de la ropa que llevan puesta:

Un día, llegaron a la casa unos elegantes señores, con zapatos muy limpios y trajes costosos, pidiendo hablar con mi padre. Como era la costumbre nos hicieron retirar de la sala. Estaba prohibido que los menores escucharan la conversación de los adultos, era signo de mala educación. Bastaba una mirada de mamá y el mensaje era comprendido sin chistar.

En “Catarsis” de William López Durango, uno de los personajes se define por una enfermedad, la hipofobia o miedo a los caballos:

Agarró el álbum familiar y vio a su padre en una de las fotos, posando orgulloso al lado de unos esqueletos de carros, sosteniendo en una de sus manos una enorme tenaza de doblar metal. Simón quedó urdido. Buscó en las gavetas del nochero el libreto de la obra, donde vivía el personaje que lo estaba torturando. Lo volvió a leer una vez más. A la mitad del texto, reafirmó que en efecto el personaje había estado en un centro psiquiátrico por hipofobia, había matado a su esposa, y metido el cadáver en el vientre de un caballo. Pero no encontraba nada referente a las tenazas.

TIENE UNA VOZ QUE SE IDENTIFICA A TRAVÉS DEL DIÁLOGO O EL MONÓLOGO

En el cuento fantástico “Discreta semblanza de una perra vestida de seda” de Jesús Villán, el lector identifica las voces de los personajes. La de la temerosa Silvia y la del siniestro conejo:

Mientras miraba perdida por la ventana, el teléfono sonó.

—Pensé que ya no llamaría. Me tenía preocupada.

—Tranquila perra, que ya estoy aquí —respondió la voz al otro lado.

—¿Cómo dice? —preguntó ella extrañada. Miró a través de la ventana, pero no vio a nadie.

—¡Bien hecho, perra! —dijo el conejo, pero esta vez la voz no salió de la bocina. Detrás de ella, sentado al borde de la cama, se encontraba un conejo, llevaba un moño rojo en su oreja izquierda y era de un blanco tan perfecto como la heroína—: ¡Ahora terminemos esto rápido!

Ella volteó atónita. Lentamente bajó la bocina del teléfono y observó sin pestañear al conejo.

Las voces de dos mujeres también las puede reconocer el lector en “¿Por qué no tres?” de Gloria Inés Hoyos Cortínez:

En sus veinte años de casados, habían perdido la cuenta de cuántas veces decían: “¡Ya no más!, la única solución es separarnos”.

Aquel sábado, para salir de la rutina, Juan y Silvia decidieron que irían al bar del barrio a tomar licor hasta embriagarse y como en otras ocasiones, la tercera invitada sería Rosa, la mejor amiga de Silvia.

Horas antes, al llegar la tarde, las dos amigas planearon la salida:

—Quiero que esta noche te veas diferente —dijo Silvia—, arreglé para ti uno de mis vestidos favoritos, le subí el dobladillo y, como es de lycra, estira. Lo de la estatura lo mejoramos con estas plataformas y, por favor, desempolva, aunque sea por esta noche, tus lentes de contacto. Así te quitas diez años.

—Tú, siempre pensando en mí. Eres tan bonita. Cómo me gustaría tener tu cara y tu figura. Tienes tanta suerte con los hombres...

—No se hable más del asunto. Encárgate de tu cabello y aplícate mi perfume. Te he traído un poco. Esta noche dejas de ser soltera.

En cambio, “Cibernautas” de Luz Katherine Castellanos Gil arranca con un monólogo, con la conciencia del personaje que narra en primera persona:

Comenzaré mi columna semanal “Punto Crítico” lanzando al lector despreocupado un vago cuestionamiento: cuando se trata de captar la atención del público con fines comerciales, ¿cuál es el límite?, ¿hasta dónde está permitido explotar las necesidades, los gustos y las emociones del consumidor? Dicho de otro modo, ¿creen que todo se vale con tal de satisfacer el hambre de lucro? Para aquellos que se adelantaron a responder, será mejor que esperen a escuchar la historia de los “Cibernautas”, ocurrida el mes pasado aquí en la ciudad de Bogotá, porque seguramente los hará replantearse cuál es la realidad en que vivimos.

¿QUÉ ES UN LUGAR NARRATIVO?

Un lugar narrativo es una construcción lingüística y visual, descriptiva que resulta de la observación. Ubica al lector en un punto geográfico, social, cultural, histórico y político determinado.

Los lugares en los cuentos, las ciudades, las casas, las calles, son otro tipo de convenciones o artificios hechos de palabras. Son los diferentes espacios, escenarios, regiones, zonas, territorios, donde se desarrollan los hechos.

En la presente antología, el lector descubrirá lugares, no menos imaginarios que Macondo, como la habitación de Pacho, el personaje de “Cosmonauta”, de Jorge Romero Polanco:

Subir las escaleras mareado es un poco difícil, una caminata espacial sobre un asteroide con la señal de alerta indicando que el oxígeno se agota. Pero logro llegar, abrir las ventanas y tenderme en la cama. A contraluz, las maquetas parecen la silueta de una ciudad sobre la faz de la luna, y las estrellas son ojivas de misiles en curso de impacto. Pero eso no importa, la ciudad lunar fue abandonada hace tiempo, los lunáticos miraron el horizonte sin fin y añoraron estar allí, asomarse por el borde de la Vía Láctea, flotar en la inmensidad como los dientes de león en la cancha del colegio.

O la casa sórdida inventada por Astrid Martínez Fernández en “Night House”:

La primera vez que la vi, me sentí atraída por ella. Era un día frío y la lluvia golpeaba la ciudad. La casa tomaba un aspecto descolorido, una casa azul, que desprendía olor a menta y sudor, una casa de apariencia normal durante el día, pero conforme a la oscuridad se iba transformando, alzándose con los avisos de neón para los que buscaban consuelo. Un consuelo efímero y placentero.

Aquella casa no superaba las cuatro plantas, era profunda. En la entrada se observaba una barra llena de licores, donde hombres viejos y algunos jóvenes desgraciados gastaban la mísera quincena en compañía de jóvenes voluptuosas. En el centro, una pista de baile, en medio dos tubos de pole dance donde danzaban las más expertas, alrededor sillas y mesas para los clientes. En cada planta había extensos corredores, cuadros de desnudos hechos en óleo, los pisos estaban elaborados en un material semejante al mármol y las paredes lucían un color verde manzana, lo que daba una sensación de tranquilidad. Un pequeño hall de espera con muebles forrados en cuero negro y ocho habitaciones enormes, cada una con una confortable cama, adornadas vistosamente por la dueña de la casa. En el último piso, las habitaciones donde se alojaban las jovencitas.

¿QUÉ ES EL TIEMPO EN UNA NARRACIÓN?

El tiempo en una narración es otra convención. Indica el transcurrir de los acontecimientos, la duración de los hechos y de la historia. Aunque el tiempo no puede definirse, únicamente, por la sucesión porque la sucesión es solo un modo del tiempo, en una narración el tiempo permite ordenar los sucesos en secuencias, estableciendo un pasado, un futuro y un tercer conjunto de eventos ni pasados ni futuros respecto a otro: un presente.

LAS FORMAS DEL TIEMPO

Tiempo cronológico o histórico: es la secuencia de hechos o acontecimientos ordenados de acuerdo con las fechas en que se producen: eras, ciclos, años, lustros, generaciones, reinados. “Una noche

espantosa” de Sam Cuming arranca jugando con el tiempo, la noche, las horas, los días, las semanas:

Fue una noche cualquiera para mí. Salí del trabajo en el centro a las seis y media como siempre y seguí caminando por la Gran Vía hacia mi apartamento, pensando en mis vacaciones que emprende dentro de tres semanas.

Era un viernes e iba a salir por la noche a una discoteca que se llama Mamacita a ver si podía conquistar algún churro por allá. Entonces me iba poner los hotpants multicolores con una camiseta exótica y mis tacones altísimos. ¡Qué aventura! Ya hacía tiempo, que no me divertía desde que Miguel me abandonó.

Tiempo psicológico o de la memoria: es, en parte, el catálogo de la acumulación creciente de datos en la memoria a partir de continuas fluctuaciones en la percepción. En otras palabras, lo que recordamos configura el pasado, mientras que el futuro consiste en esos sucesos que no pueden ser recordados. La acumulación de recuerdos en la memoria crea una flecha del tiempo mental.

El tiempo de la memoria el lector lo puede identificar en el recuerdo del personaje de “La vida es un cuento” de Clara Inés Ochoa:

Ese día le iban a adjudicar a mi hermana la casa de vivienda social, ubicada cerca de la mía. Quedamos de encontrarnos en la tienda de Don Pacho. Tenía una mesa en la calle con libros usados. Algo o alguien me impulsó a coger uno muy viejo de pasta negra que tenía en el centro la imagen de una luna hueca como queriéndome tragar. No tenía título ni nombre de autor. Lo compré y muy ansiosa me senté a leerlo mientras mi hermana llegaba. El índice eran trece cuentos sin título y numerados en desorden, y unas instrucciones de lectura donde solo debían leerse tres de ellos, en días diferentes y escogidos al azar.

¿CÓMO TITULAR UN CUENTO?

El título de un cuento forma parte del relato. Es una clave de lectura, una invitación, un gancho que puede atraer o repeler al lector. Puede o no contener una significación simbólica. Es común que algunos escritores acudan a citas literarias, versos de poetas o frases

de novelas para titular sus escritos. También los cuentos pueden tener títulos de canciones o nombres propios.

En esta antología, el lector encontrará diversidad de títulos. Uno, que alude al juego de cartas “Relancina” de Holguer Alfredo Cruz Bueno. Otros, que sugieren poesía caribeña o un destino trágico como “La mulata que cantaba junto al mar” de John William Archbold, o “El horrible pájaro verde que perdió sus alas” de Fabián Mauricio Martínez. Varios, como “Isla Gorgona, los rostros de la Medusa” (Crónica) de Lucy Amparo Bastidas, “Tirador bajo la lluvia” de Sandra Leal Larrarte, “Ruta de las golondrinas de Capistrano” de Esteban R. Jiménez Bedoya, o “Todo se sabe” de Yudis Camacho, que aluden a islas míticas, situaciones climáticas, vuelos de pájaros o revelaciones. Los hay simples y directos como “Muñeca” de Lucero Rojas Olaya, “Teresa” de Aurora Montes Revollo o “La puerta” de Jimmy Vélez, pero no menos inquietantes.

¿CÓMO TERMINA UN CUENTO?

Los comienzos como los finales son parte importante de la estructura de cualquier narración: el lector resuelve el misterio, se encuentra con la sorpresa, descubre la verdad del cuento. Sin embargo, hay que distinguir entre el final de la trama, y el epílogo, la página final, el último párrafo de la historia. Los lectores encontrarán en los cuentos de esta antología diferentes finales:

Así se debatieron hasta el final de los días, se amaron en secreto por cortas temporadas, nunca dejaron de reconocerse en poemas y canciones, se alcanzaban en instantes imaginarios; en la realidad se desconocían, eran dos sombras lejanas soñando los hijos que no llegaron, la casa que no construyeron y el amor cotidiano que nunca apareció. Hubo amores extensos, cortos y raros; se traicionaron más de mil noches y se extrañaron dos mil; hubo largas ausencias confundidas con olvido; hubo amores de invierno, otoño y primavera. Otras figuras más constantes se ganaron su amor, obtuvieron el trofeo. Los dos perdieron la batalla: ella, ante una

mujer pausada, inteligente, bella y paciente; a él lo derrotó un ciudadano del mundo que no conocía la palabra miedo y llegó a cambiar toda la historia.

Concluye María Antonia López Bravo en “En algún lugar de los sueños”. Con violencia finaliza “Maldita flor” de Isabel Rentería:

Y sin pensarlo mucho, tomó lo primero que encontró un voluminoso directorio telefónico que estaba sobre la mesa, y lo disparó certero a la inmensa cabeza de Daniel, desde ese mismo instante, el dolor, quedó en su alma, tan profundo y largo como el grito, salió de la casa y se prolongo por las calle en dirección a la avenida: ¡maldita Flor!

Con música y llanto culmina “La mulata que cantaba junto al mar” de John William Archbold:

Siguió cantando con voz fuerte, quería ser escuchada hasta la inmensidad del horizonte, imaginó que allá, en el fondo del panorama, donde sus ojos no eran capaces de ver, estaba la tierra de la que fueron arrancadas, ella y la suyas, sus viejas madres que también olvidaron el significado de los versos con los que intentaban aliviarse el alma. Efigenia se acercó a la orilla y sumergió sus manos en la espuma que dejaban las olas tras agonizar en la arena. Las heridas ardían en dolor, la sal estaba cobrando sus honorarios. Una lágrima deambuló por su rostro, la luna la iluminaba, de lejos parecía una gota de plata, pero nadie estuvo cerca para verla, ni para consolar sus dolores; tampoco para oírla cantar, ni degustar como la amargura de esa lágrima se perdía entre la sal del océano.

¿Y LA POESÍA?

39 poemas conforman la parte final de esta antología. El lector se encontrará con las propuestas estéticas de nueve poetas, todos diversos. Cada uno con un conocimiento personal de la belleza, los recursos, las dificultades, la sagacidad, los refinamientos y sutilezas de un género literario complejo: Jaime Alexander Córdoba Madroño, José Danis Morelos, Luis Carlos Ramírez Lascarro, Diego

Rodrigo Echeverry Caicedo, Domingo José Bolívar Peralta, Magdalena Velasco Mendoza, Clara Romero Barrios, E. Mauricio Delgado Miranda y Brayan Esteban Cifuentes Herrera.

e

En la *Antología Relata 2103* se publican 80 escritos (32 cuentos y 39 poemas) creados por 41 autores que pertenecen a los talleres de escritura creativa del país, adscritos a la Red de Escritura Creativa-RELATA (programa promovido por el Ministerio de Cultura).

H
CUENTO
H

LAS PALABRAS HACEN FALTA, SABE

Carolina Rojas Vélez

H

Aunque en este pueblo pasa de todo, para uno es como si no pasara nada. Debe ser el calor, hombre, que se me antojan todos los días iguales, parejitos. Sólo me queda un descanso en la madrugada, cuando el mar está quieto y huele tan bien. ¡Sí, verdad! A usted le huele a lo mismo. Pero no más llegan las ocho de la mañana y el sol pareciera querer devorarse todo. Y en las noches ese mosquiterío que no deja vivir. De las noches no me quejo, porque refresca y la brisa es tan buena que le acaricia a uno el pellejo. Los días son interminables y yo ya no estoy joven para aguantar tanto sol. Es como un castigo de Dios, algo se trae conmigo desde que recibí a ese muchacho. Margarita se fue a la capital hace muchos años y su madre, mi mujer, murió cuando ella era así no más, chiquitica. No, nunca me volví a arrejuntar con ninguna mujer. No le digo que este clima lo jode a uno de muchas maneras, y compartir la cama con un mismo cuerpo toda la vida da mucho calor. En las noches, me refiero, se calientan las noches, y el pellejo de la otra, tarde o temprano, no te deja ya respirar. ¿Usted me entiende, cierto? Pero bueno, ahí ve usted al muchacho, no sabe ni partir un coco, pero me

hace compañía. Hasta hace unos años para lo único que servía era para rezar y rezar. Creo que esperaba que el padre Emiliano algún día le perdonara lo de aquella misa y le permitiera volver a ser el sacristán. Pero eso nunca pasó.

Raro, hombre, raro que usted no sepa lo de la misa, si eso lo sabe todo el pueblo, inclusive los venidos de afuera. Yo me estuve peleando un buen tiempo con el cura, pero con los años el calor terminó por quitarme las fuerzas para armar bochinche y acabé recogiendo a este hijo de nadie, porque nunca nadie me lo reclamó. No se afane que la noche apenas empieza, podré contarle toda la historia y otro par. Sí ve esa lucecita de allá, la que parece la primera estrella que se asoma en la noche, pero más brillante aún. Sí, esa. Esa es mi chalupa; bueno, la que era mía cuando todavía tenía fuerzas para salir a pescar. Se la vendí a mi sobrino que ahora de grande se dedica a ese oficio y que tiene el cuero joven pa' aguantar ese trote. ¿Siente la brisa, amigo, sí la siente? El mar es bueno, nos trae la brisa y la comida. Y recuerdos...

Para que usted me entienda, Walter, antes de ser el sacristán del padre Emiliano, andaba por ahí vagando de sol a sol y viviendo del dolor que le causaba a la gente ver un pelao tan solo. ¿Tú sabes?, ¿Lo puedo tratar de tú, amigo? Bueno, muchacho, que ahora con los años me he dado cuenta de que quizás sea Walter la persona más de buena de este pueblo, quizás su condición no le permita sentir esto que siente uno. Esa soledad tan grande, que lo golpea a uno a diario más duro que el sol. Siempre me pregunté si en otros lugares se sentiría igual. O es que aquí todo es propicio para sentirse solo, solo de todo, solo de sueños. Cuando uno llega a viejo, hombre, se pone así, y además ya no está Margarita. ¿Usted me entiende, cierto?, las obligaciones distraen. Pero la pela' ya está grande y ha hecho mejor vida en la capital. Ahora sólo me encargo de Walter, que no da mucho qué hacer, y esperando que Dios se apiade y me lleve al cielo, porque hace mucho que estoy aguardando la hora. Es que cuando le digo que esta vida es un castigo divino no es en broma. Dios me tiene pagando la ofensa con este calor de mierda. Todo sea para que en la otra no me toque el calor del infierno.

Lo siento, amigo, es que me gusta cerrar los ojos y oír la brisa. Aproveche, porque mañana sale otra vez el sol. Puntual. ¿Sí sabía

que bien lejos sale a destiempo? Eso debe ser bonito de ver. Bueno, bueno, como le iba contando, el padre Emiliano fue el primero que recogió a Walter. No llevaba más de quince días en el pueblo, recién salidito del seminario. Flaco, como alma en pena, ni sombra de lo que es ahora. Ya verá usted, que estar en gracia de Dios engorda. Por eso yo estoy flaco, flaco, tullido. En ese tiempo Walter dormía en las bancas de madera del parque, enfrente de la iglesia. El padre se lo encontraba allí, de seguro, todas las mañanas. Una de esas sillas era su cama habitual, siempre que no lloviera, porque cuando llovía se escampaba en la puerta del colegio de las monjas que, como has visto, es entechada y amplia. ¿Qué por qué no dormía siempre ahí? Yo no sé, como son de jodidas esas monjas, o quizás al muchacho le gustaba dormirse mirando el firmamento. Aún le gusta. ¿No lo ve ahí tirado en la playa mirando pa' arriba? Cielos como estos no se ven en todo lado. Mi niña me dice que en la capital no se divisan así las estrellas.

Nadie en el pueblo podía saber la edad exacta que tendría Walter para entonces, pero ya estaba lo suficientemente grandecito. Y rápido, rápido, que el padre se recoge al pelao y le da posada en la iglesia. Yo siempre pensé que ese Walter era una criatura especial, un hijo predilecto de Nuestro Señor. Es que había que verlo no más recitar la misa de memoria, como si fuera un eco, un estribillo del padre Emiliano. Había que verlo dar a todos la paz con ese entusiasmo, con esa humildad de alma que no repara a quien toca. A uno se le ablandaba el corazón y le hacía arrepentirse de tanto odio cargado, de tanta rabia, de las fueteras que le daba a Margarita. Pero al parecer Dios no perdona que un don nadie se burle de su iglesia y se atreva a practicar el santo oficio. Y no me perdona entonces que yo haya recogido al pelao luego de que el padre lo echara a la calle como a un perro. Pero qué podía hacer yo, sí, como le digo, estaba convencido de que hacía lo correcto. ¿De qué se ríe hombre, se está burlando de mí? Yo no estoy loco, sólo viejo. Aunque quizás de tanto calor, se me esté fritando el cerebro y ya no piense como es normal. Yo creí que con los años iba a encontrar ese entendimiento de las cosas, esa claridad de la que le hablan a uno los abuelos, pero nada. Ya no sé si todo era como lo veía antes, sí, antes, cuando tenía fuerzas para pelear contra el cura, cuando vivía desprevenido de mi

suerte, o si en cambio, las cosas son como se me ocurren ahora. Debe ser que el calor le afecta a uno los sentidos, pero entonces ya tengo excusa ante Dios por no haber echado al Walter a la calle en castigo por creerse cura. Mírelo ahí no más, ese hombrecito extraño, que casi nunca habla y que cuando lo hace no se le entiende mucho. Imagínese ahora con la mejor sotana del padre; la doradita, esa que usa para las semanas santas y las navidades, en las ocasiones especiales. Para los que estuvimos ahí era una cosa de no olvidar. Aún me da risa cuando lo recuerdo, pero enseguida me enserio y me echo la bendición, no sea que Dios se ensañe más conmigo y me alargue la pena y me quite la brisa. Ésta que le enjuaga a uno el cerebro y se lo deja lisito, libre de pensamientos horribles. Por eso trato de no pensar en esa misa, de no recordar a Walter levantando la hostia y repartiéndola sin miramientos a cuanta persona se hallara en el templo. Trato de no recordar al padre Emiliano amarrado a la silla de la sacristía, trato de no recordar que se revolcaba como un gusano intentando zafarse sin poder lograrlo, llorando como un niño chiquito, de impotencia y de ira. Era como ver la ira de Dios y en ese momento me dio mucha risa, es por eso que ahora mi Chuchito me castiga. No me perdona la risa, si ve. Por eso ya no me río. Pero tampoco puedo deshacerme del muchacho, no está en mi sangre esa fuerza del Señor. Así que he dejado que sea Él quien lo castigue de la forma que crea justa. Aunque uno pensaría que ya le ha cobrado suficiente con hacerlo bobo; pero ahora de viejo, como le dije, se me ha ocurrido que eso se lo mandó como bendición y no como castigo. Y siendo así, ya podría hacerlo cuerdo cuando quisiera, para obligarlo a pagar el daño con la conciencia lúcida. Pero algo de misericordia le queda a Chucho desde que ha conservado a Walter tan bobo como siempre, más bobo que una gallina. Es un pelao bueno, me ayuda con los mandados, se pasa todo el día jugando en la arena, me abraza y me sonríe, y yo siento así que alguien me quiere. Sabe, uno se pasa toda la vida sin pensar mucho y cuando llega a viejo todos los pensamientos ahorrados de antes se le devuelven, como una radio a la que no se le acaban las pilas. En el día, cuando el sol está más prendido, rabioso, los pensamientos se calientan en el cerebro como un caldo espeso, que no se puede digerir. Pero en la noche, con la brisa, van ligeros, se hacen

hasta agradables. ¡Levántate muchacho de ahí que ya está muy tarde!, sacúdete bien, no vayas a llenar la cama de arena. ¡Vete ya, vete a dormir!

¿Si ve lo manso que es? Tranquilo, no da qué hacer. ¿Cómo puede ser un peligro para alguien?, ¿cómo puede Dios enemistarse con él? Pero algún sentido debe tener todo esto desde que chuchito me castiga, y he empezado a creer que es cierto eso que dicen por ahí, de que los designios de Dios escapan al entendimiento humano, como si hablara en una lengua desconocida para todos, como si sus reglas estuvieran hechas para un juego de hombres mejores que yo. Siempre creí que de poder conversar con Él, la cosa sería así, entre amigos. Pero no, porque algunos años después de que recogí al Walter todo cambió para mí. La gente ya no me mira con los mismos ojos de antes. No se me ría, no se me ría, que es cierto. Desde que no pude volver al templo, todo cambió. Usted sabe que quien no es bienvenido en la casa de Dios, termina por no ser bienvenido en la casa de nadie. Se me habla lo necesario, no recibo visitas, y a Margarita, que cada vez viene menos, ya no le hace falta su papá. La verdad es que ella siempre soñó con irse de la casa, y cuando Walter vino a vivir con nosotros, empezó a soñar con irse de este pueblo. Pensaba en volverse alguien importante algún día. Y yo le decía:

—Mija tú estás muy negrita para creer que vas a poder salir de esta choza, mejor dedícate a trabajar para un hogar, como lo hizo tu madre y la madre de tu madre y la madre de todos en este pueblo.

Y ella me miraba con los ojos aguaditos y apretando los dientes para no dejar salir las palabras. Uno es un bruto, amigo, y no sabe cómo hablarle a los hijos. Pero lo que yo de verdad quería era que ella se quedara y me hiciera compañía, aunque sólo fuera pa' pelear. Y fui perdiendo amigos así de fácil como se ganan los años. Ya no salgo a la calle evitando las miradas. Sí, sí, Margarita me decía lo mismo, que son ideas mías. Pero hay algo en la mirada de la gente amigo, algo en el tono de la voz, una desconfianza, un apartarse cuando les paso por el lado. Como si después de recoger a Walter se me hubiera prendido una enfermedad contagiosa, y la gente prefiriere estarse de lejitos. A veces recuerdo lo que me dijo el cura la

última misa que pude asistir, cuando delante de todos me dejó en claro que ya no era bienvenido.

—Quien está contra Dios y los mandatos de su iglesia, soportará todo el peso de su cólera, y no le queda en esta vida, ni en la otra, nada bueno que esperar.

Eso me dijo desde el altar, levantando los brazos y con una energía que lo hacía parecer un hombre más alto de lo que es.

Ahora lo único sería que el padre se muera antes que yo. Así podría volver al templo a reconciliarme con Chuchito. Pero voy ganando en años, amigo, segurito me toca a mí primero. Me tiembla el cuerpo de sólo pensar que del otro lado me toque un calor más bravo que este. ¿Ya se va? ¿Cómo así, hombre, se aburrió? No, todavía no es tarde, quédese un ratico más. Está bien, pero venga mañana y le hace compañía a un viejo. Las palabras hacen falta, sabe. Me hacen falta las palabras.

H

LOS ZAPATOS AZULES

Daniel Mauricio Montoya Álvarez

H

Quería sorprender a mamá con una libra de pollo para el almuerzo, comprada con mi propio dinero. En la tienda me enteré de la noticia. Tomé la bolsa y corrí a casa. Pasé por la zapatería del señor Luis pero estaba cerrada. Después de que mamá vendiera el televisor, el señor Luis me deja entrar a disfrutar de mis programas favoritos. Si él no estaba, lo mejor era encender el radio de papá.

Abrí la puerta con afán.

—Mami, oye esto —grité. Tiré la bolsa en el comedor y pasé de largo hacia el cuarto.

—¿Qué pasó? —preguntó mamá saliendo de la cocina.

Yo ya regresaba con el radio. Lo encendí en la sala y el locutor se encargó del resto. Permanecemos de pie, sin hablar.

—Tal vez papá no nos abandonó —fue lo primero que se me ocurrió decir.

Mamá levantó las cejas, suspiró, al final habló con la mirada más allá de la ventana:

—Ya no puedes andar descalzo.

De regreso a la cocina, encontró la bolsa.

—¿Quién te dio esto, Nicolás?

Sé que otra mamá hubiera preguntado, de dónde sacaste esto, que en otras palabras quiere decir dónde lo robaste, a quién se lo robaste, por qué hiciste tal cosa. Pero la mía tiene mucha confianza en los mandamientos que me ha enseñado. No robar es uno de ellos. De modo que me sentí muy feliz de tener la mamá que tenía.

Debía darle una respuesta. Debía decirle que había tomado los zapatos azules de papá y se los había ofrecido al señor Luis. Que él, sin moverse del sillón de cuero, los tocó, los dobló hasta unir las puntas, estiró la mano y se los quedó mirando de lejos.

—Es calzado para playa —dijo sonriendo.

—Papá los usaba para estar en casa —discutí.

—¿Para estar en casa? Tenía buen gusto.

—Entonces, ¿los deja?

Me puso las manos en los hombros sin dejar de sonreír.

—Serás un vendedor bastante travieso.

Y comenzó a bajar sus manos por mis brazos, dándome palmaditas. Después se detuvo a masajearme las caderas.

—Te noto más delgado.

De repente algo se movió entre mis pantalones. Eso no pasaba con las caricias de papá y me asusté. El señor Luis se dio cuenta y deslizó su mano hasta allí.

—Qué buen chico. Tú mamá debe estar orgullosa de ti, ¿verdad?

Moví la cabeza afirmativamente, tratando de sonreír.

—Hagamos un trato —dijo, y me soltó—. Llévate los zapatos. Si aparece alguien interesado en calzado para playa yo te aviso, ¿qué tal? Y más bien tú vienes todos los días a esta misma hora y yo te pago por hacerme compañía, ¿te parece?

Yo respondí que sí.

—Será como tu primer trabajo. ¿Has trabajado antes? Esta será tu primera vez. Tu papá estaría feliz de saberlo. Hacerle compañía a un viejo es un buen inicio. Además podrás ver televisión. He oído que ya no tienes dónde hacerlo. Entonces, no se diga más, trato hecho.

Me dio la mano, como hacen en las películas los hombres de negocios. Desde ese momento yo iba todos los días a partir de las cinco de la tarde. Le decía a mamá que iba a mirar televisión; ella sólo me recomendaba que tuviera cuidado de no molestar al señor

Luis. Cuando regresaba a casa eran por ahí las ocho de la noche. Mamá leía un salmo en voz alta, me cogía de las manos y oraba. Algunas veces se le salían las lágrimas, mientras yo le apretaba las manos en forma de consuelo. Después nos acostábamos.

Algunas noches, atraído por el olor a panela en las axilas de mamá, acercaba mi mano a su barriga como por error. Las dejaba ahí un rato, casi quemándose por el calor que brotaba de su pijama. Más tarde, lentamente, movía las manos hacia su pecho. Mamá me apretaba, se levantaba la pijama y me daba teta. Yo me demoraba chupando, así no saliera leche, y ella me tomaba la mano y la pasaba por sus caderas, su barriga y la otra teta. A lo último yo hacía el movimiento solo, sin necesidad de que ella me guiara.

Se convirtió como en un pacto entre nosotros: mamá me daba teta y yo me portaba bien, le contaba todo lo que me pasaba. Apenas llegaba la noche, yo me ponía la pijama y esperaba a mamá en la cama. Por eso me dolió cuando llegué de la tienda y me preguntó quién me había dado el pollo. Supe que esta vez no podría ser sincero. Además, en los diez mandamientos no estaba prohibido mentir, no era algo muy importante para Dios.

—Yo lo compré —contesté sin titubear. Como sabía que me preguntaría con qué dinero, me adelanté—: vendí al señor Luis los zapatos azules de papá. Tú me dijiste que los botara, yo los vendí.

Mamá se alegró. Me dio un abrazo y agradeció a Dios por la ayuda que nos brindaba. De ahí en adelante me convertí en el vendedor de la casa. Mamá decía: debemos salir de esto o tal cosa ya no sirve u ojalá me dieran algo por este chéchere. De inmediato, yo abandonaba la lectura de mis libros, me calzaba y salía con el trasto en una bolsa.

—Que Dios te bendiga —me despedía mamá.

Yo iba donde el señor Luis y le mostraba lo que estaba vendiendo. Él lo cogía, lo miraba, muchas veces lo guardaba, pero la mayoría de veces lo arrojaba a la basura. Sacaba un fajo de billetes, escogía uno y me lo entregaba. Yo regresaba a casa victorioso, con caminado de señor. Algunas veces llegué a ordenarle a mamá lo que quería comer. Con las primeras semanas llegué a pensar que ya no necesitaba a papá, que era mejor que no volviera.

Al día siguiente, con el dinero que le entregaba, mamá salía temprano a hacer alguna diligencia. Con la palabra *diligencia* nombraba todas las cosas que no quería contarme. Solo, me entretenía releendo los cuentos de pasta dura y con hermosos dibujos que papá me había comprado. En algunas historias tampoco aparecía un papá, un hermano. Eso me confortaba y me hacía soñar que mi vida hacía parte de un libro. Tal vez fue eso, y no los trazos que a veces me ponía a hacer el señor Luis, lo que me animó a dibujar. A mamá le agradó mi nuevo entretenimiento: me traía todos los implementos que yo le pedía. De vez en cuando se sobresaltaba por los guerreros, los robots o las fieras, pero al final me dejaba continuar.

Todo cambió con la enfermedad del señor Luis. Fue uno de los primeros casos en la ciudad. Con eso, yo tomé la enfermedad en serio. La escuché por primera vez el día que compré la libra de pollo para sorprender a mamá. Le puse cuidado por un momento, con la ilusión de que papá hubiera sido atacado por la plaga, en lugar de abandonarnos. Pero después comprendí que de ninguna manera volvería a verlo, y me hice el de oídos sordos. El día que la ambulancia trajo al señor Luis, fui a saludarlo. Lo encontré en una silla de ruedas, con los pies vendados.

—¿Qué traes para venderme?—dijo apenas me miró.

Yo sonreí. Me abstuve de preguntar lo que ya sabía, como me había enseñado papá. Una muchacha, que resultó ser su hija, se encargaba de cuidarlo.

—Debí comprarte los zapatos azules.

Y soltó una carcajada.

—Todavía los tengo guardados —dije por decir algo.

—¿Todavía los tienes guardados? —me preguntó mirándome a los ojos—. ¿Todavía tienes guardados los zapaticos de papá?

Por la expresión de los ojos, la fuerza de la voz y el tono burlón, entendí que el señor Luis ahora me detestaba. No volví a visitarlo. Al principio se habló mucho de él. Luego, lo olvidaron. Los enfermos se hicieron más comunes que las peleas del barrio.

Mamá me prohibió caminar, el próximo fui yo. Encerrado el día entero, fatigado de releer mis cuentos, busqué los libros de papá. A ellos me dedico ahora. Por la radio dicen muchas cosas. Pero como decía papá, si la piedra cae sobre el huevo, mala suerte para

el huevo. Si el huevo cae sobre la piedra, mala suerte para el huevo. Para mí lo importante es comer. Mamá consiguió trabajo en una casa de familia. Temo prenderle la enfermedad. Ella dice que todo estará bien, que si Jesús caminó sobre las aguas, ella también lo hará.

A veces saco los zapatos de papá y me los pongo. Son muy suaves, me pagarían muy bien por ellos. Aun así, no los venderé. Me gustaba cuando papá se los calzaba. Significaba que se quedaría en casa, que iríamos al parque o saldríamos a caminar por el barrio. Si hubiera sabido que esa tarde sería la última vez que lo vería, de nuevo le habría escondido los zapatos de salir. Debajo de la cama sólo hubiera dejado los zapatos azules.

H

PRIMICIAS

Jorge Humberto Correa Díaz

H

Mi tío tiene una gran hacienda por acá cerca, en Concordia, solo que mi mamá y yo no vivimos en ella. Cuando yo tenía tres años, no lo recuerdo muy bien, pero me cuentan que nos fuimos a vivir a Panamá; mi tío nos mandó allá para tenernos más seguros. No entiendo por qué nos tenía más seguros lejos de él.

El caso es que ahora estoy contento, vuelvo a ver a mi tío después de diez años. Él y mi mamá dicen que desde una tal firma de la paz, este lugar ya no tiene problemas y se puede llegar a él sin sentir miedo. Esas conversaciones entre ellos realmente me aburren. Comienzan a hablar del pasado y a veces se ponen tristes hasta llorar. A mí también se me pegan las ganas, por eso prefiero salir a dar una vuelta.

Pero desde que llegamos hoy a esta nueva hacienda que compró mi tío en un sitio llamado Caño Moscú, prefiero escucharlos y aguantarme las ganas de llorar, antes que salir a la selva. Yo soy un duro montando tabla con mis amigos en Calidonia, esquivamos obstáculos y saltamos por las aceras de mi barrio, pero este lugar me

asusta, aquí no hay carros, no hay almacenes ni gente, solo nosotros y quién sabe cuántos animales que muerden y pican.

En un arrebato, cansado de oír lo mismo, sentí la valentía de explorar la parte externa de la casa. No salgo del corredor que la rodea, pero sí puedo ver que muy cerca, a unos pocos metros, hay un río de aguas amarillas. Siento un escalofrío cuando se me aparece en la cabeza la idea de ir hacia él y jugar con el agua. Pero el escalofrío pasa pronto y puede más mi curiosidad que mi miedo. Bajo las escaleras de madera y comienzo a caminar muy despacio sobre la hierba, tratando de revisar cada centímetro del espacio que me rodea; cualquier movimiento podría ser señal de peligro, y entonces tendría que correr de nuevo a la casa. Después de los primeros quince pasos, tomo confianza y acelero. En poco tiempo estoy en la orilla. Es una playa grande de arena, no como las de Panamá, que están en el mar, pero sí con ese algo que le dan a uno ganas de quedarse.

Me quito los tenis, las medias y camino río arriba para sentir la arena sobre los pies, aunque esta tiene piedras que tallan. En un instante, después de unos minutos de camino, la playa se vuelve muy angosta y tengo que caminar muy pegado a los árboles. Eso hace que retorne el temor, pero ya estoy demasiado lejos como para correr de vuelta a casa. Trato de devolverme, y en ese momento, al girar la cabeza, veo entre las ramas unos ojos que me miran. Me quedo fijo en ellos.

Después de un instante, puedo observar un extraño peinado y una cara pintada. Recuerdo varias películas de vaqueros y otras de conquistadores, y me pongo alerta; parece que siente mi reacción y se levanta un poco del lugar donde está acurrucado..., me equivoco, acurrucada. Es una niña, pero no se tapa ahí donde las mujeres tienen las tetas. Mi respiración se pone más rápida, y alcanzo a oír cómo late mi corazón a toda velocidad.

Vuelvo a buscar sus ojos, pero ahora están fijos en mi gorra de AC/DC. Se percata de mi mirada y me hace un gesto con la mano, como queriendo decir que le gustaría tener mi gorra. Me la quito despacio, ella se acerca temerosa. Pienso que algo malo me va a pasar. Cuando se la entrego, su mano roza la mía. Siento como si el corazón se me fuera a salir por la cremallera del pantalón. Ella, en cambio, toma la gorra y sale corriendo a toda velocidad entre

las ramas. Quiero seguirla, pero no lo hago. Sé que no será difícil encontrarla; nadie más tiene una gorra como la mía. Nadie más se me había aparecido así, tan de repente, como haciendo parte de los árboles; nadie más me había dejado ese aroma a madera, a fruta madura; nadie más me había dado su espalda desnuda de color canela, su cabeza rapada y su cara enmarcada en líneas triangulares y sus ojos negros y sus dedos finos y sus pies descalzos como los míos, que en ese instante vuelven a sentir la arena del río que pasa cerca de la nueva finca de mi tío.

Tengo que sentarme un rato en la playa para pensar en algo distinto a esa niña de cara pintada y, de paso, para esperar a que se calme la hinchazón de mi entrepierna.

El agua está brillante por el reflejo del sol. Doy la vuelta y regreso a la casa; mi mamá y mi tío hablan de la vez aquella en que se metieron los malos al Pororio y mataron mucha gente, entre ellos al tío mayor que yo no conocí.

—¿Mijo no se acuerda de su tío Eusebio?, pregunta mi mamá.

Yo sigo distraído. Pienso solo en quedarme acá muchos días, lejos de los edificios de mi barrio Calidonia y del mar de Panamá, buscando mi gorra de AC/DC para encontrar a esa niña.

H

HISTORIA EN UNA RUEDA DE CHICAGO

Carlos David Perugache Patiño

H

Fue el verano más intenso que haya vivido. La profe Katty había llegado hacía un mes a trabajar como maestra de intercambio de inglés en el Liceo Mayor y desde entonces no pensaba en nada diferente a ella. No importaba que el festival de verano comenzara en quince días o que estuviera a punto de perder el año escolar.

Era el ser más hermoso que jamás había visto. Tenía cabello rubio, rizado y abundante. Sus ojos de un azul profundo brillaban como una llamarada viva y sonreían más que sus rojísimos labios. Cuando lucía sus *Ray Ban* no perdía el encanto, se tornaba misteriosa e indescifrable. Sus vaqueros ajustados delineaban unas nalgas rotundas y unas piernas esbeltas, elegantes y torneadas. Más que explicarlo con palabras me serviría una foto, así ustedes dirían: “¡Vaya!, sí que era hermosa”.

Todos los hombres de San Diego se esmeraban en cumplidos y piropos que ella aceptaba con amabilidad. Yo era un crío de trece años sin posibilidad alguna de competir por sus encantos. Fue mi primer amor platónico.

A los quince días de haber llegado, la profe tenía novio y los comentarios sobre su vida privada estaban en boca de todo el mundo. Yo no la juzgaba. Que ella decidiera compartirse con uno del pueblo, era para mí una esperanza. *Si se quedara en San Diego un par de años, tal vez tendría alguna posibilidad* —pensaba. Para mí era como una gata. Una gata que ajena a mis sentimientos jugaba a su antojo, me domaba, me reducía, me convertía en un ratón indefenso con el que pudo haber hecho todo lo que quiso.

En San Diego, el hombre que tuvo esa suerte fue Miguel, el hijo del alcalde, quien gastó toda la fortuna de su padre buscándola en San Francisco, la ciudad de donde decía venir. Regresó arruinado, como si un huracán lo hubiera arrasado. Murió alcoholizado en el mismo bar donde una vez la conoció. A mi madre, el final de esa historia la deprimió muchísimo, decía que los *gringos* solo saben traer desgracias, y contaba su propia historia adolescente.

Ella trabajaba como mucama en el Hotel donde la profe se hospedó. Vivíamos en una de sus habitaciones. A mi padre nunca lo conocí, y en la escuela me decían que era un bastardo. Cuando eso sucedía llegaba llorando a casa.

- ¿Por qué mi padre no vive con nosotros?
- Porque trabaja lejos, en otra ciudad.
- ¿Y por qué nunca nos visita?
- Porque vive muy ocupado y no le alcanza la plata.
- ¿Y si trabaja, cómo es que no le alcanza la plata?
- Porque para verte tendría que viajar en avión y atravesar el mar.

Esa respuesta cerraba la conversación; me dejaba sin preguntas. Imaginar a mi padre lejos, en otro mundo, donde sus habitantes son rubios y hablan otro idioma, me hinchaba el pecho de emoción. No importaba que nunca se acordara de mí, ni siquiera en navidad. Creía que alguna vez vendría, en mi cumpleaños quizás, me llevaría a su país y nunca más volvería a San Diego.

Mamá lo había conocido en el paseo de grado del colegio a la costa. Un amor de verano; intenso y fugaz como un fin de semana fuera de casa a los diecisiete años. Luego no supo nada de él, nunca contestó sus correos ni devolvió una sola de sus llamadas. Su único recuerdo era una foto con él en la playa. Cuando contaba la historia —y lo hacía cada que tenía oportunidad—, su rostro tomaba un

aspecto frío y demacrado, como si acabara de salir arrastrándose del fondo de un agujero oscuro.

e

Las luces potentísimas de los reflectores le daban a la ciudad de hierro un aire moderno y festivo. A mi madre y a mí nos hechizaba ver la rueda de Chicago desde la azotea del hotel. Por los altoparlantes sonaba potente UB 40. Nosotros tarareábamos la canción, era *Kingston Town*. La melodía nos ponía los pelos de punta. A ella le recordaba a mi padre, yo solo pensaba en mi profe.

Era jueves, víspera de la inauguración del festival, San Diego estaba repleto de turistas que caminaban sin afanes por la calle central, iluminada con enormes faros de luz amarilla que daban al tramo un aura especial. Pensaba que desde la rueda la vista del pueblo sería maravillosa y decidí averiguarlo. Llevaba una camiseta negra, mis jeans rotos y unos *Converse* blancos. Llegar hasta el parque me tomó más tiempo de lo normal, pero cómo disfruté el trayecto, cuántas caras lindas, cuanta alegría. La fila para montarse en la rueda era enorme, pero no importaba, la vida era generosa y había que disfrutársela. Al llegar, una melodía clavó en mi mente a la profe con la velocidad y potencia de un rayo. En la tarde la había visto bajar por las escaleras del hotel. Iba entretenida en un libro, con su cabello mojado y un bolso de cuero colgado al hombro. Un suave aroma de rosas la acompañaba.

—¿Me podrías prestar un lápiz, Carlos? —me dijo.

—Sí. —respondí sorprendido. Escuchar mi nombre de sus labios fue brutal. Anotó algo en el libro y me devolvió el lápiz.

—*Thank you* —dijo. No supe qué responder, tenía la sensación de haber sido ascendido a un estadio más alto en la vida.

Estaba pensándola cuando la noria paró y la vi descender. La acompañaba Miguel, su ratón. Por un segundo cruzamos la mirada, me reconoció y guiñó un ojo. Yo quedé pasmado aunque la imposibilidad de tenerla no me apocaba. Existía y nos cruzábamos muchas veces, en el colegio o en el hotel, eso me hacía feliz.

La fiebre por la rueda de Chicago había terminado cuando subí. Los turistas se habían retirado a la plaza donde se desarrollarían los eventos principales del festival, así que no fuimos más de diez personas las que montamos. A mí las alturas me producían temor, mis manos sudaban muchísimo y apenas podía sujetarme de la baranda que nos sostenía.

Cuando la rueda alcanzaba el punto más alto, la vista era espectacular, el pueblo parecía brillar con luz propia y a lo lejos, en la plaza principal, las luces resplandecían más fuerte. La noria superaba al hotel en altura, desde allí se podían divisar un sinfín de casas, entrar sin permiso a lugares a los que nunca me invitarían. Lo primero que hice fue buscar la habitación donde la profe se hospedaba. No fue difícil. Cuando logré avistarla, la rueda comenzó a bajar hasta que el horizonte se volvió de mi tamaño. Hechizado esperé a que la rueda me volviera a la cima. Cuando subía, la luz de su habitación se encendió. Mi corazón comenzó a latir muy fuerte. Entre las cortinas abiertas de la pieza vi entrar a la profe y su ratón. Reían y se besaban. Y la rueda comenzó a bajar. Sudaba frío. ¿Qué hacían en la habitación?, ¿por qué me afectaba tanto verlos juntos? Nuevamente la noria comenzaba a subir. La luz de su habitación seguía encendida y la rueda, lenta, muy lenta, fue alcanzando la cumbre. Ella y Miguel estaban fundidos en un abrazo, las manos de él la hurgaban hasta que encontraron puerto en sus nalgas. La noria bajaba y mostraba pisos inferiores donde no había vida. De pronto comenzó a girar muy despacio y un fuerte golpe paró el movimiento. Quienes ya habían alcanzado el suelo comenzaron a bajar y uno a uno les seguimos los pasos. —En qué mal momento paran esta vaina —pensé. Hubiera dado hasta lo que no tenía para que la noria siguiera girando conmigo como su único polizón y espiar así a mi gata que devoraba a su presa.

Regresé a casa anonadado por el imprevisto espectáculo que la profe me había ofrecido, envuelto en un mar de sensaciones nuevas. Fue una noche turbulenta.

El siguiente día no lo fue menos, la seguí por todo el colegio. Y en clase, cuando se acercó a mi asiento, y sujetando mi hombro pronunció: *Carlos is all a man*, sentí por vez primera lo que era el

deseo. Mi cuerpo entero era un volcán y mi rostro parecía bañado en lava.

La noche llegó y el roedor pasó por ella. Se saludaron de beso, intercambiaron dos o tres palabras y salieron. El festival comenzaba y todo el pueblo se dirigía a la plaza. Ellos no, subieron nuevamente a la rueda. Algunas madres trepaban a sus niños en el carrusel o los carros chocones, pero la noria, destinada a los adultos, estaba casi vacía. Eran las diez de la noche cuando se bajaron. Los seguí para ver qué rumbo cogían. Cuando tomaron la calle que da al hotel, eché a correr hacia la rueda. Llevaba mil pesos que había tomado de la alcancía y así poder pagar tres viajes, con el propósito de no perder detalle. La noria estaba aún en movimiento cuando llegué. La canción que sonaba por los altoparlantes era hermosa; un hombre suplicaba a su amor que fuera tan incondicional como él. *Yo no veo el futuro, pero quiero tenerte aquí, conmigo, lo necesito así...* era como si el pinchadiscos supiera lo que mi corazón sentía. La rueda aún giraba y mi alma levitaba hasta la cima de la noria buscando a mi profe. Al fin la noria paró y subí. Solo éramos cinco muchachos, el operario dijo que sería el último viaje porque el festival había arrastrado toda la gente al parque. Le supliqué que no se desanimara, que más gente vendría en cuestión de minutos. La rueda echó a andar y mi corazón no cabía en el pecho. Subir, subir, subir... y las luces del cuarto de la profe apagadas. Dura, muy dura la decepción. Descendía con un grito ahogado en mi garganta.

Los juegos pirotécnicos comenzaban en la plaza y desde mi posición la vista era increíble. Un cielo resplandeciente de luces polícromas iluminaba la hermosa noche estrellada. El festival había comenzado oficialmente. Uno de los destellos alumbró potentísima la azotea del hotel y pude distinguir a la profe aferrada a Miguel, contemplando el espectáculo. Nuevamente mi corazón desesperado, y la noria comenzó a bajar. Minutos después, el cielo se llenó de humo, la pirotecnia había acabado y yo seguía en la rueda con el alma en la mano. Ascendía lentamente, como una oruga sobre su hoja. —Debí haber ido a la plaza. Qué cosa tan tonta es el amor — pensaba. Me sentía ridículo.

Comenzaba a bajar cuando la luz del cuarto se encendió. Ella arreglaba su cabello frente al espejo, mientras Miguel la hurgaba

entre su falda gitana. Lento, muy lento el descenso. El hombre habría ido y vuelto a la luna mil veces mientras la noria apenas comenzaba el ascenso. Temblaba, comenzaba a sentir un frío intenso. Mi rostro debía tener el mismo tono pálido de la luna. Ahora el ratón se entretenía en sus senos, mientras sus manos apretujaban fuerte sus nalgas. Ella no ofrecía resistencia alguna, más bien ayudaba. Un fuerte ruido anunció que la vuelta terminaba. —Mala suerte —pensé. Pero aún me quedaban quinientos pesos.

—Es todo por hoy, los esperamos mañana —dijo el operario.

—Aún es temprano, yo tengo para dos vueltas —le dije suplicante.

—Los gastas mañana.

—Debe ser hoy, mañana me voy de viaje, por favor... le pago quinientos.

—Está bien. Diez minutos, ni uno más.

No necesitaba más. El operario encendió la rueda y se perdió entre los juegos. Algunas luces del parque comenzaron a apagarse y yo en la rueda, solo, como lo había planeado. La vida me sonreía. La noria subía lenta, muy lenta. La luz del cuarto aún seguía encendida. Mi gata ahora estaba de espaldas mientras el ratón sacudía su cuerpo como si quisiera desarmarla. Ella apoyaba sus manos sobre un tocador y soportaba las embestidas tanto como podía. El mueble parecía que fuera a desbaratarse, pero la profe no, ofrecía sus nalgas como si quisiera ser traspasada por completo. La noria descendía. Mi cuerpo era una caldera y la cremallera del jean comenzaba a estorbarme. Deseaba salir corriendo de la rueda, subir hasta la habitación del hotel y decirle al ratón que la profe lucía espléndida desde la noria, invitarlo a mirarla, mientras yo continuaba haciendo su faena.

Nuevamente volvía a la cima, presa de un escalofrío que tensionaba todo mi cuerpo. Ahora la profe estaba de frente a mí, sentada sobre Miguel. Subía y bajaba con fuerza y ritmo. A lo lejos, su rostro tenía un semblante que nunca antes le había observado, era el placer que bullía por su cuerpo y le daba un aspecto de niña asustada. Sus pechos al aire se veían enormes, majestuosos; como dos soles poniéndose al ocaso, y en su boca había un gesto mezcla de dolor y júbilo. Sus movimientos amplificaban el eco de sus gemidos que volaban por el aire frío de la noche y martillaban mis oídos. Era

mi gata que gritaba extasiada, y yo, desde la rueda, no era ajeno a la lujuria que de los tres se había apoderado. Mis manos supieron que hacer. El *Big Bang* debió ser una explosión tan sublime como la mía. ¡Qué sensación tan mágica!, era como si mi cuerpo se hubiera desintegrado en miles de partículas. Temblaba. Ahora conocía los dulces placeres a los que un hombre tiene derecho con su mujer. Ellas eran la mejor obra de la creación.

Y entonces, mientras la profe sin saberlo me convertía en hombre, un apagón cortó el idilio de tajo. La noria apenas había comenzado a descender. La oscuridad fue total. Debían ser las once de la noche. Decidí esperar a que el operario me bajara, ¿pero cómo? Por el tiempo que había pasado dando vueltas deduje que el tipo se había dormido, y ahora, sin luz, no habría ruido que lo perturbara.

—Seguramente el apagón no durará mucho —pensé. El frío era atroz. Decidí gritar.

—¡Auxilio... señor, bájeme por favor!

Nada, el silencio era absoluto.

—¡Ayuda, estoy atrapado en la rueda!

Era inútil, la noria estaba emplazada en el polideportivo y las casas estaban algo retiradas del lugar. —Estúpida profe, usted tiene la culpa —maldecía. Buscaba entretenerme pensando en todo lo que había vivido esa noche, pero el frío comenzaba a entumecerme. Los nudillos de las manos me dolían y las rodillas parecían terrones de hielo. El aire se me hacía pesado, la nariz y las orejas comenzaban a rascarme. Lo último que hice fue sujetarme con la correa desde uno de los ojales del pantalón al barandal del asiento para no caerme. Así me quedé dormido.

Cuando desperté, estaba en el hospital. La rutina del maquinista que todos los días se levantaba a las cinco de la mañana me había salvado. Duré quince días internado en el hospital de la capital. A mi regreso, la noria había sido desmontada y el operario arrestado. Luego de enterarme de que mis notas habían sido un desastre y debía repetir séptimo grado —cosa que la verdad me importó muy poco—, pregunté a mi madre por la profe. Me contó que se había marchado luego de terminar el año escolar. Lo había hecho con Miguel. Una oferta para trabajar como profesora en una universidad de la capital la apartó para siempre de mi vista.

Cada verano, cuando visito San Diego, si alguna ciudad de hierro coincide con mi llegada, me gusta montar en la noria, aunque el panorama hace mucho dejó de ser el mismo.

H

REVOLUCIÓN

Anderson Alarcón

H

Llueve. El viento arrecia. Las copas de los árboles parecen bailar al ritmo que el fuerte vendaval les impone. Las goteras no dan tregua y la vieja no da abasto poniendo trastos debajo de ellas.

El niño llora. Mi hermana María prepara mazamorra. Mi papá duerme como si nada pasara en el único cuarto donde se mete el agua. Los ‘cuchos’ duermen en camas separadas desde hace años.

Mi vieja lo culpa por la miseria en que vivimos. Yo también lo culpo. María lo defiende. El niño sigue llorando.

“Creo que ya olvidé la última vez que comimos tres veces en un día en esta casa”, pienso. Luego me pongo las botas y me voy a la tienda. Ya no llueve, pero hace un frío que me hace doler los huesos.

Sentado en una banca, al fondo, alcanzo a ver a Rubén. Me invita a sentarme con sus amigos. Acepto, aunque no me gusta que me vean con esta gente.

Me dan una cerveza que acepto con agrado. Al beberla, calma en algo el hambre que llevo. Acerco la botella a mi boca, mi bigote, que hasta ahora crece, se humedece un poco. Me siento mejor.

—¿Y qué mijo, ha pensado lo que le dije? —dice Rubén clavándome la mirada.

—Claro que lo he pensado —respondí.

—Decídase. Mire que por haber acabado de salir del ejército usted nos puede ser muy útil. Hoy nos reunimos a las diez donde “el Cojo”. Lo espero —dice Rubén.

Luego paga la cuenta y se marcha.

Es tarde, oscurece. Al llegar a la casa mi papá sigue durmiendo. Mi vieja prende la estufa para hacer el tetero. María lava los platos sucios.

—¿Va a comer?—Pregunta María con una voz inaudible.

—¿Mazamorra otra vez? No, no quiero.

María hace gesto de disgusto. Luego de beberse el tetero, el niño se acomoda en la estera. Me pongo las botas y salgo a cumplir la cita.

Al llegar a la casa del Cojo, se escucha música, parece que hay una fiesta. Entro, saludo a dos o tres conocidos y con la mirada busco a Rubén. Lo encuentro en una esquina alejada de la casa, está sentado con una cerveza en la mano.

—Compañero, pensé que no iba a venir.

Me acerco. Me da un abrazo que me sorprende. No atino a decirle nada, le respondo con una sonrisa. Parece que ahora hago parte del grupo, todos me miran y sonríen. Me siento y espero. Rubén toma la palabra.

—¡Compañeros!, vamos a robar el camión que transporta leche desde Florencia. A cada uno le tocará buena plata y nos quedará algo para armarnos mejor para la revolución.

Por un momento el lugar se llena de júbilo:

—¡Qué viva Rubén!, ¡qué viva el M19!

Rubén retoma:

—Está todo planeado, como siempre, cada quien tendrá su misión —me toma del hombro y me susurra al oído—: usted también Juancho, usted ya es parte del grupo.

—Luego les daré más detalles. Mientras tanto disfruten.

La fiesta continúa. No falta el trago ni la comida. Me emborracho. Bailo con dos o tres viejas.

e

Al despertar, encuentro a la hija del Cojo desnuda entre mis brazos. Me duele la cabeza y tengo un mareo impresionante. Al parecer todos duermen aún.

Salgo sin hacer ruido, o al menos hago el intento. El mundo entero me da vueltas. Al salir, el Cojo me espera en la puerta. Me pone la mano en el hombro y dice con una sonrisa:

—Usted ya es de la familia, chino.

Camino a casa, saludo a algunos conocidos.

Vomito dos veces antes de llegar. Mi vieja me recibe preocupada:

—¿Dónde estaba Juan Carlos? No pude dormir en toda la noche.

Mi hermana me recrimina:

—Aquí su familia muriéndose de hambre y usted por allá tomando y gastándose la plata que no tiene.

—¡No me joda!

Me voy a dormir.

Al despertar son como las cinco de la tarde. Mi mamá me dice que Rubén vino a buscarme hace unos quince minutos. Me echo agua en la cara y me voy a buscarlo.

Mi vieja me mira como si quisiera pegarme. Salgo a buscar a Rubén a la tienda. Cuando me ve, pone una cerveza en mi mano y me lleva al fondo:

—Usted ya está metido en la vuelta compañero: el carro tanque baja mañana a Florencia, lo vamos a interceptar en el Zarzal, cerquita a la casa de la vieja Susana. Mañana les reparto el armamento.

Se despide y me dice susurrando:

—Trate de dormir bien porque lo necesito al cien mañana. Paso a recogerlo.

Antes de irse, Rubén me da un fajo de billetes no muy grande, pero parece buena plata. Le agradezco y me voy.

Encuentro a mi vieja llorando en la cocina, no hay nada que comer. Cuando le pongo el fajo de billetes entre las manos, una sonrisa le ilumina su envejecida cara, y dice:

—Gracias mijo, ojalá no se esté metiendo en problemas por esto. Le pido la bendición.

No puedo dormir. La “vuelta” se mete entre mis parpados y no me deja cerrarlos. Pienso en mi vieja, en lo feliz que la hizo tener plata para poder comprar comida, en mi hermana María, en el niño. Ya tiene tres años.

Rubén dijo que el ejército no iba a aparecer, eso me tranquiliza. Ya son las seis. Me levanto y me tomo el café. Rubén me recoge.

Hay seis hombres en la camioneta de estacas. Me subo atrás rápidamente. Nadie dice una sola palabra. Todos parecen estar nerviosos como yo. Antes de llegar al zarzal nos bajamos de la camioneta y seguimos a pie por aquella carretera que desprende un polvo amarillo oscuro desagradable.

Distribuyen las armas: Dos viejas escopetas, un changón hechizo, un viejo Smith & Wesson, aunque a mí me dejan lo mejor, un fusil ruso y una granada.

Rubén hace un mapa con una ramita:

—El camión llega por aquí —dice señalando una línea que representa la trocha. —Yo salgo primero, detengo y encañono al conductor del camión. Juancho va a estar atrás vigilando que nadie pase. El resto se va a esconder en la maleza previniendo una emboscada. Bueno, pues ¡a sus posiciones compañeros!

Todo está muy claro, las manos me sudan, el cuerpo entero me suda. Pensativo me dirijo a mi posición.

A cien metros del lugar donde interceptan el camión parece estar todo bien. Una niebla espesa cubre todo. Creo ver que bajan al conductor y lo hacen arrodillarse a orilla de la carretera.

El sonido de un disparo me hace paralizar. Se oye un quejido desgarrador, nada de eso estaba dentro del plan. Me acerco corriendo hacia el camión.

Se escuchan ráfagas de fusil. ¡Mierda, nos cayó el ejército!, grito. Veo cómo uno a uno caen los hombres que me acompañaban. Todos menos Rubén que está bien atrincherado tras el camión.

Arrastrándome me acerco muy lento. Llego a estar a unos cinco metros de Rubén, mientras él se va hacia un lado e intenta disparar su escopeta. Recibe un disparo que le da en el pecho, me mira con los ojos opacos.

Ahora estoy solo en esto. De mi fusil no ha salido ni un solo tiro y en mi mano izquierda tengo una granada.

AGONÍA

Carlos Alberto Sierra Limas

H

¿Qué es el hombre dentro de la naturaleza?

Nada con respecto al infinito.

Todo con respecto a la nada.

Un intermedio entre la nada y el todo.

BLAISE PASCAL

El dolor, aunque leve al comienzo, se volvió insoportable con el paso de las horas. Sentí la picadura arriba de la pantorrilla. Instintivamente di un salto hacia atrás y logré ver la alimaña que zigzagueando se alejaba entre las matas de maíz, después de inocular su mortal veneno en mi cuerpo. Sin duda, era una mapanare de agua, por el color marrón de sus escamas, y aunque estaba acostumbrada a los peligros del llano y no era mujer que me atemorizara fácil, el saber que estaba sola en la inmensidad de la nada, que acababa de ser mordida por una serpiente venenosa, fue suficiente para que un

escalofrío recorriera todo mi cuerpo y por primera vez en mi vida, sintiera temor de morir.

Temblando rompí una manga de la camisa y me hice un torniquete a la altura de la rodilla, sabía que no tenía más de seis horas para recibir ayuda médica, antes de empezar a tener convulsiones, señal inequívoca del principio del fin.

Mientras me dirigía a la casa, mi mente galopaba por las polvorientas sabanas de la indecisión. No sabía qué hacer, el pueblo quedaba a seis horas en caballo y mi vecino más cercano, el Nano Cipriano, a dos. Vivía allá en el centro de la montaña, galopando hacia el lado contrario del pueblo ¿A dónde ir?

La pierna se me había hinchado y enrojecido de una manera sorprendente. El dolor agudo y lacerante no me permitía tener mucha movilidad; sentía una sed espantosa. Me acordé entonces de que al Nano también lo había picado una culebra el año anterior y supe que era allí donde tenía que dirigirme.

Los hijos crecen y se van, eso pasó con los míos, quedé sola con mi viejo, que hace tres meses se marchó. Los años lo apabullaron y lograron doblegar el roble grande que tanta sombra dio en la sabana. La oscuridad eterna lo sorprendió en una noche de verano y nunca más volvió a despertarse.

Mis hijos quisieron que me fuera con ellos, pero no, yo no podía abandonar el legado del viejo, y contra la voluntad de todos, decidí quedarme hasta cuando las fuerzas me permitieran vivir.

No puedo decir que me olvidaron, pues, religiosamente, cada semana llegaba de imprevisto alguno de ellos con provisiones, herramientas de labranza y ante todo a insistir que me fuera con ellos. Una y otra vez me dijeron que era un peligro para una mujer vivir en un sitio tan aislado, que nadie sobrevivía solo mucho tiempo en el llano, pues este estaba plagado de fieras y animales salvajes, pero me hice la que no era conmigo y simplemente les grité: “¡Aquí me entierran con él!”. Ahora estaba terminando de recoger la cosecha de maíz, la última cosecha que sembró el viejo, con sus manos callosas y temblorosas.

El caballo avanzaba con lentitud y el dolor era insoportable, no podía mover la pierna, simplemente me dejaba llevar por la bestia sin desesperarme, pues sabía que esto era lo peor en estos casos.

Las imágenes de mi vida pasaban rápidamente ante mis ojos, como esas películas viejas que de niña veía con agrado. Allí estaba yo con mi uniforme azul del colegio de las monjas, corriendo agitada por el jardín, dejándome alcanzar de Pedro, ¡oh que locuras habíamos hecho los dos! Fue mi primer novio, nos escapábamos de clases para besarnos a escondidas y por supuesto, un día terminamos haciendo el amor, perdiendo mi virginidad en el jardín de cayenas y rosas rojas.

La película siguió y nuevamente estaba debajo de un hombre, era Sergio, el profesor. A él lo busqué y me le entregué porque me gustaba demasiado, inclusive lo metía de noche por la ventana de mi habitación, hasta que mis padres lo descubrieron. No lo mataron porque esa misma noche, con lo poco o nada que llevaba puesto, cruzó el río para nunca más volver. A mí me mandaron pa' la finca a que aprendiera cómo era que se ganaba la vida, ¡y vaya que aprendí! Furiosa con el mundo y especialmente con mis padres, busqué refugio en el trabajo. Me volví una experta en montar potros salvajes y en jornallear. Conocí cómo es el trabajo de llano y supe ganarme el respeto de todos. Nunca más quise volver al pueblo.

Nano Cipriano me ayudó a bajar del caballo como pudo, era un viejo alto y encorvado como un tres, y hoy lo veía más viejo y acabado que de costumbre. El pobre hombre, antes de mi llegada, estaba en cama, enfermo de paperas y casi no podía hablar, pues tenía su cara tan hinchada como la ubre de una vaca recién parida. Envuelto de pies a cabeza, en una sábana, salió ante los ladridos insistentes de los perros. No pudo musitar palabra. Con mis ojos le indiqué la pierna hinchada, roja como una morcilla y en el centro de la pantorrilla los dos funestos orificios que ya empezaban a cubrirse de pus.

Aflojó un poco el torniquete e hizo una incisión en cruz sobre la herida, donde aplicó un poco de petróleo. Me dio agua en una totuma. Tomé a pequeños sorbos, ya que el deglutir era una acción muy dolorosa en ese momento. Me alcanzó luego la botella de petróleo indicándome que debía beberla toda, pues así era que él se había curado de la picadura de una temible talla x. No pude hacer que tan siquiera el primer trago pasara por el guargüero, era un líquido demasiado espeso y mi organismo se negó a recibirlo. El

terror me invadió de nuevo: sabía que estaba desechando una de las pocas oportunidades que tenía de salvarme.

El pobre hombre era viudo como yo, también vivía solo, pues la violencia le había arrebatado a su familia. Sembraba tabaco y maíz, sólo bajaba al pueblo a vender su cosecha y a traer mercado, cada dos meses. Ahora estaba postrado gracias a una enfermedad no mortal, pero que sí podía volverse muy peligrosa si no guardaba quietud; no podía reírse o recibir el más mínimo rayo de sol. Así estaría por lo menos tres días. Definitivamente mis hijos tenían razón: era muy difícil para una persona sola sobrevivir en el llano.

Me aconsejó inmediatamente regresar y tratar de llegar al pueblo. Me quedaban poco más de cuatro horas de vida. El caballo no se veía cansado. Si seguía sin desesperarme resistiría y tal vez encontraría a alguien que pudiera auxiliarme, aunque los dos sabíamos que eso era bastante improbable.

El dolor aumentaba hasta límites insospechados. Estuve tentada a cortarme la pierna de un machetazo, pero sería inútil, pues el veneno ya corría por mis venas y así como estaba, era muy difícil contener una hemorragia. Sentía puntadas en la cabeza. El vértigo y el mareo eran constantes. La boca se me había reseco tanto que sentía la lengua trapesa, pesada. El menor esfuerzo de pasar saliva provocaba que mi garganta se resintiera terriblemente. Habían pasado tres horas desde mi salida de la casa del Nano y no me topé con absolutamente nadie, sólo me acompañaba el canto triste de un chiriguare, que al igual que yo sentía rondar la muerte cerca, muy cerca.

Por supuesto que hubo más hombres en mi vida, pero a mí no me cogía el que quería sino el que podía, ya que jamás me gustaron los bonitos, prefería los más valientes, los que dominaban al llano, machos de pelo en pecho, hombres de verdad. Y allí apareció el viejo, mi pobre viejo, el más llanero de todos, con el que me fui a vivir después de la primera noche que pasamos juntos. Con él compartí treinta años de mi vida domesticando esta montaña a punta de hacha y machete, pero sobretodo con amor y verraquera.

Hace rato que me caí del caballo, no sé cuánto tiempo llevo en el suelo. El pobre bruto revolotea nervioso, no sabe si devolverse o esperar a que me levante. Me arrastro buscándolo. El sol naranja

de la tarde me hiere los ojos y las puntadas y escalofríos son ahora constantes en todo mi cuerpo. Dios mío, siempre pensé que moriría rodeada de mis hijos y mis nietos, no así de esta forma tan absurda, tirada en medio de un camino. Tan siquiera tendría un entierro digno, pues sería devorada por los animales que no tardarían en llegar, ya que desde hace rato un zamuro solitario sigue mi rastro y ya se le unieron otros que pacientemente esperaban en los árboles cercanos. Quise gritar y espantarlos, decirles que yo no era carroña, pero mis palabras no salían. Mi boca no obedecía a mis pensamientos. Intenté llorar, pero la sangre comenzó a salir por mi nariz.

De nuevo las náuseas me invaden y me ahogo con una bocanada de sangre, ahora sólo veo puntos rojos y todo me da vueltas, el dolor es lacerante, penetra hasta mis huesos y quisiera morirme de una vez. Todo mi cuerpo tiembla, estoy convulsionando y siento una algarabía de monos que danzan a mi alrededor, mientras que docenas de grandes pájaros negros revolotean sobre mi cabeza.

Ya no veo nada. No siento la pierna, no siento dolor. Ahora sólo está él, el viejo, cuya mano, aunque callosa, ya no tiembla, simplemente la tiende y me ayuda a levantar. Me guía a través del campo hacia la montaña, hacia nuestra finca que nunca más volverá a estar sola.

H

LOS NUESTROS

Bladimir Francisco Díaz Ravelo

H

“Sucedee que los asesinos (...) nos enseñan a punta de plomo el país que no conocemos ni en los libros de texto ni en los catálogos de turismo.”

ALBERTO SALCEDO RAMOS

Después de unos minutos de silencios y de rezos, Fátima arremetió contra la hija con la misma carga de reproches y preguntas:

—Tú sabías que no era cierto Tina —dijo Fátima con severidad.

—¡Pero si yo lo vi en el noticiero del mediodía mamá! —respondió Tina abanicando las manos.

—No Tina, tú lo sabías.

—De verdad mamá, yo lo vi. Lo dijo en la televisión el Presidente, acompañado por el Arzobispo, mamá.

—¿El Presidente? —Fátima entonó la pregunta como si fuera la primera vez que la hiciera.

—Sí mamá, el propio Presidente dijo que las tierras serían devueltas a los desplazados.

Tina hizo una pausa justificada. La madre, que estaba sentada en un montículo de tierra, entrecerró los ojos grises ante el insulto de que les llamaran desplazados. Sabía de sobra que apenas les quitaran la investidura de campesinos, podría sucederles cualquier cosa.

—¡No me mires así mamá! —se excusó Tina con severidad y ratificó—: él lo dijo ‘clarítico’, desplazados, como si fuéramos peste. ¡Presidente insolente! —exclamó empuñando las manos—. ¿Y ahora mamá, qué hacemos? —interrogó en tono de esperanza.

—No sé Tina —respondió la madre encogiéndose de hombros—. No sé. Rezar. Rezaremos por tu hermano desaparecido y por tu papá degollado en la cancha de la iglesia.

—¿Otra vez mamá? ¿Rezar?

—Y qué otro remedio nos queda. Menos mal nos detuvimos aquí en la loma y no seguimos bajando con los otros hasta al caserío. Yo te lo he dicho siempre hija, tú tienes oído de tísica como tu difunto padre, y por gracia de Dios nos corrimos arribita del camino antes de que nos vieran. ¿Los viste cómo pasaron? Parecían la mala hora.

Ambas mujeres habían visto pasar una a una, como en una pesadilla interminable, las cinco camionetas blancas del viejo Lisímaco Vélez abarrotadas de hombres con uniformes militares. Iban apretrechados con fusiles y granadas en el cuerpo, con pañoletas negras atadas a la cabeza y con machetas de cachas negras metidas al cinto. En una de ellas, iban dos motosierras en el platón como un par de bestias heridas.

—Claro mamá —respondió Tina entrelazando las manos. Entonces suspiró—. A buen momento se te acalambieron las piernas. Y ojalá que ni el hijo bobo de Doña Petra nos haya visto detenernos, porque ahí si nos lleva el que nos trajo.

—No te fíes hija. ¿Viste los brazaletes?

—Qué importa mamá... Son los mismos.

Tina se puso de pie soltándose las manos y se paró en la pendiente, ocultada tras la enramada de los árboles. De pronto escuchó unos golpes de tambora que subían desde el caserío con la algarabía del canto. ¿La Tora en fiesta?, se preguntó en silencio, pero

no alcanzó a responderse porque casi sin pensarlo, a borbotones, la música le empujó el recuerdo trágico de la masacre tres años atrás, cuando los asesinos festejaban la muerte con tambores y gaita, con sangre y motosierra durante tres días y tres noches en la única cancha de microfútbol que había en el centro del caserío y frente a los escalones de la iglesia. Intentó agarrar de nuevo en el aire vacío del pasado al hermano menor de doce años, mientras tres hombres de manos gruesas y con vozarrones de buque, se lo disputaron a golpes y a madrazos. Vio al padre amarrado en uno de los horizontales de los arcos de la cancha del caserío durante esas noches sin luna y sin brisa, junto a otros hombres y mujeres implorando la muerte antes de que le pusieran por enésima vez la ponchera de lumbre ardiente en los pies. Y recordó contra su voluntad, la sarna de la sangre en las manos y en la ropa, ese olor seco y agrio que la perseguía hasta en la tranquilidad de la cama. Tina sintió bajar, por la cara interna de los muslos, el chorrito caliente y serpenteante del orín que empapaba sus medias blancas de colegiala y anegaba sus botas de caucho. La piel se le encrespó mientras los ojos se le llenaban de espanto, y agachándose de nuevo, le dijo a la madre cerca al oído, como susurrando:

—Es mejor que nos devolvamos a la ciudad, mamá.

—¿Por qué? —dijo la madre de Tina interrumpiendo el rezo.

Apenas entonces abrió los ojos. La claridad de la luna llena le affigió el espíritu, y la brisa de la noche con los grillos alrededor, le devolvió la nostalgia del campo. Pero su tranquilidad duró poco porque alcanzó a oler el pavor de Tina en el sudor. Se levantó y miró a lo lejos cómo se iba haciendo un resplandor de hoguera en el caserío. Luego oyó la pólvora y vio las luces de pirotecnia que alumbraban el cielo de la noche. Sin poderlo impedir siquiera, oyó desde sus adentros los gritos de terror de años atrás, el llanto desesperado de los niños agarrados a las piernas de sus parientes; los tiros de revólver en la frente inocente de los perros; los brincos de los hombres corriendo por los patios, saltando empalizadas y marranos, y luego el cráter negro de las balas de fusil en sus espaldas; el alarido de pánico de su hijo menor cuando lo montaron al platón de la camioneta blanca con la ceja partida y las muñecas rotas; el motor encendido de la motosierra en el fondo del monte atemorizando el

silencio, y el adiós imaginario del marido campesino que le decía en la angustia de los sueños: que te largues de una vez por todas a donde nadie te conozca; que te lleves a Faustina y empiecen de cero; que tienes mi permiso para que se cambien los nombres; que no le creas al presidente, ni a los noticieros ni a los obispos. Que no seas carona Fátima, que no le reclames al viejo Lisímaco, porque él es el aliado del gobierno; que te olvides de la tierrita, de la cría de gallinas y de ordeñar el ganado; que te olvides de mí Fátima y procura buscarle a Faustina un futuro mejor en la ciudad. Que no sé qué y que no sé dónde, que si recogiste mis abarcas debajo de la cama, que si quemaste la escritura de la parcela; que por qué no lo hiciste, que por eso me mataron; que para qué carajos volviste, que para qué Fátima, para qué.

—Ay hija, nos estaban esperando los muy desgraciados — respondió lamentándose Fátima, mientras las piernas se le aflojaban.

Tina la tomó del brazo para que se recostara con cuidado en el montículo bermejo y la escuchó murmurar un rezo inentendible.

—¿Crees que nos estén buscando? —dijo Tina quitándose un par de hormigas negras del antebrazo.

—No creo, hija —dijo Fátima alzando la mirada—. Menos mal, ninguno de ellos sabe que nos hemos quedado aquí y ninguno lo dirá.

—Ay mamá... —dijo Tina reprochándole con ternura—. Tú sabes que los obligarán a decirles quiénes venían en el retorno.

—Dios nos guarde, hija —dijo persignándose Fátima—. Pero tú crees que ellos serán tan salvajes...

La madre miró a la hija que movía la cabeza en señal afirmativa. El pánico se le agrupó como una culebra en la garganta. Lo que le provocó el encrespamiento de la piel desde los tobillos hasta el cuello y pasar en ráfagas de calambre hasta el cuero cabelludo. Se pasó la palma de la mano por el pómulo y dijo:

—Y qué más da, Tina. Dime... qué sentido tiene volver a la ciudad. Tú dices “volvamos”, como si fuera una puñetera idea mía reclamar con las escrituras en mano nuestra tierrita; pero cuando estuvimos como mendigas en la capital. Mírame Faustina que te ando hablando, cuando estuvimos allá, se te veía que el alma no te cabía en el cuerpo, se te veía el miedo de los difuntos en los pasos.

¿Volver? ¿A qué por Dios Santo? Si ya hemos perdido todo. Hasta la dignidad por estar aquí escondidas y no allá abajo con los nuestros. De todos modos amanecerán mañana con el chu...

—Shhhhhhh... Se acerca alguien por el camino mamá —dijo Tina acurrucándose.

Fátima apretó con sus dedos frágiles la cruz del Rosario y con la otra mano atrajo hasta su pecho a Faustina.

En el camino vieron aparecer la silueta de varios hombres con focos en las manos, vestidos de camuflado y al hijo bobo de Doña Petra señalándoles con el índice extendido hacia la enramada donde ellas se encontraban.

H

AERISTRA

Oriana Russo

H

La turbulenta ola de aguaceros que a mediados de junio bañó Mamatoco no hizo más que alargar la mala racha del tradicional *Stylos*. Los relámpagos, profetas quizás de la malaventura que la arrasaría, hicieron de cirios en el funeral que le dio la tormenta durante toda aquella semana.

Había adquirido por ese entonces más aire de casa fantasma que de peluquería. Todos sus años convertidos en ladrillos se alzaban deteriorados, y sus columnas, otrora esbeltas, yacían ahora moribundas por la erosión. La clientela se había evaporado casi como por arte de magia, sin sus propietarias poder hacer nada para evitarlo, y las deudas eran cada vez más gruesas, cada vez más insuperables.

Para Matti, esos días tampoco fueron nada buenos. Había permanecido toda la tarde del lunes con las manos enterradas en cráneos macilentos, mientras sus ojos se derretían en lágrimas al rastrillar liendres en el lavadero. Se cansó de rogarle al cielo que la curase de la alergia para volver a su oficio de barrer los pelos del piso, pero de lo que nunca se cansó fue de decirle a su mamá que

el palo desgastado de la escoba la maltrataba moralmente menos. Gracias a Dios el miércoles por fin había logrado volver a la escoba, y también había vuelto a su mente el enigma del cuarto oscuro del final de pasillo.

Más que la alergia que en ese momento crucificaba a Matti con violentos estornudos, era aquel cuarto-sótano lo que realmente hacía temblar a su madre. Y, bueno, Matti tenía que admitir que lo que sea que se escondiese allá abajo la intrigaba sobremanera, pero estando allá nunca se atrevió a bajar más de dos escalones. Sin embargo, para el jueves ya aquel asunto la tenía sin cuidado, y así lo comunicaba su sonrisa mientras barría con parsimonia los pelos por debajo de los muebles. Ni siquiera dejó de sonreír cuando una repentina serie de estornudos le recordó que la alergia todavía seguía pegada a sus narices. Con vergüenza, vio una lluvia de mocos aterrizar en las canillas huesudas de una clienta, la única de todo *Stylos* aquella tarde.

En la radio anunciaron las cinco y cuarenta y cinco, hora en que Matti recogía los pelos, estornudaba una vez más, anudaba la bolsa y se incorporaba. Su madre la vio luego arrastrar la bolsa por todo el pasillo hasta desaparecer en la oscuridad, y con cierta preocupación regresó su atención a las uñas de la clienta.

El aguacero retumbaba sin tregua contra el tejado. Unos endebles rayos de sol, la única iluminación de todo el pasillo, mostraron a Matti aterrizando con lentitud ante la puerta del sótano, si es que a eso todavía podía llamarse puerta. La humedad se había encargado de macularla, y por sus bisagras corría la vena deprimente del comején. Después de dudarlos unos segundos, la empujó con suavidad, y la atmósfera polvorienta de aquel cuarto la hizo estornudar dos veces. Haciendo de tripas corazón, se adentró en la lobrete y bajó seis de los ocho escalones que dividían el nivel del pasillo con el del sótano.

Matti muchas veces se preguntó por qué no simplemente sacaban la basura a la calle, como la gente normal. Solo Dios sabía por qué tenían que tirar los pelos en ese cuartucho apestoso a... a... a quién sabe qué. Tal vez era otra cosa que solo Dios sabía, porque Matti no sintió el hedor del sebo ácido, el hedor que despiden los pelos. Sintió, en cambio, el tufo de la humedad mezclada con azufre, un

hedor como a animal muerto. Frunciendo el ceño, sacó del bolsillo de su delantal el celular, y usando su linterna alumbró las paredes de aquella habitación. Descubrió en un rincón unas escobas deshechas y unos trapos roídos colgando de sus palos. Luego subió la vista y divisó una pequeña ventana muy pegada al techo, cuyo vidrio sobresalía de entre mil y un tuberías agrietadas por el sarro y mostraba el horizonte distorsionado por el aguacero. Abajo, el piso vacío relucía con una brillantez encantadora, pero antes de que pudiera ver algo más, la luz del celular se apagó, dejando a Matti otra vez a merced de la oscuridad. Soltó un suspiro de rabia al ver que el aparato no reaccionó por falta de batería, y decidida bajó el último escalón.

De pronto, todos los vellos del cuerpo se le erizaron con ímpetu al tocar el piso con la suela de su zapato. Una superficie irregular, voluminosa, de una textura bastante diferente de la cal perfecta que había visto con la luz del celular se retorció ahí, debajo de sus pies. Con un ligero temblor en las piernas, Matti se agachó y estiró los dedos. Lo que sintió a continuación la dejó estupefacta.

Muchos pelos, ¡pelos! ¡Era pelo sin duda alguna lo que estaba ahí, revolcándose en el piso! Matti palpó con terror una, dos, tres, muchas hebras de cabello, todas gruesas y muy enmarañadas, como si en vez de pelo fuesen gigantescos chorizos. Sin más se levantó y corrió escaleras arriba y comenzó a palpar en busca de algún interruptor de luz. Cuando estuvo muy cerca de la puerta, una cadena que provenía del techo le golpeó el rostro. Al tirar de ella, una luz muy mortecina y fosforescente alumbró a sus espaldas un espectáculo que Matti hubiese preferido no ver.

Allá abajo, reptando desde detrás de una blandengue pared de ladrillo, emergía más y más pelo. Brotaban del piso, de los rincones, de las tuberías... Matti se llevó las manos a la boca. ¡Aquello era un gran y asqueroso maremoto de pelo! Por allá navegaba la lavadora partida a la mitad, a su lado flotaban las escobas y más arriba burbujaban los trapos apolillados. Después contempló con horror lo que había en el centro del océano de pelo. ¡El rostro de una mujer! Un horrible rostro de cuencas oculares enormes, de piel pálida ennegrecida por unas horrosas ojeras, le distorsionaba las comisuras de sus labios en una espantosa sonrisa.

Matti gritó cuando aquellos ojos enormes se abrieron. Luego escuchó lo que parecía la voz de aquella cosa, y llegó a sus oídos como si estuviesen hablando muchas personas al mismo tiempo. Cada palabra chirriante heló sin piedad toda la sangre de sus venas.

—Acércate, linda... déjame sentirte.

Matti se arrodilló sobre aquella masa de cabellos, con cada tendón del cuerpo gobernado por una fuerza sobrenatural. Sin saber cómo o por qué, estiró los dedos, y justo cuando su anular rozó los enormes labios, las pupilas de la cosa, ahora doblemente agigantadas, la miraron fijamente. Matti se sintió luego inmersa en una profunda somnolencia, de la cual no salió hasta que sintió un imprevisto ardor punzante sacudirle de pies a cabeza.

La mitad de su dedo índice... ¡Ya no estaba!

La criatura todavía la miraba cuando la vio sonreírle con unos dientes tan filosos y puntiagudos como los de un tiburón. Incorporándose de un salto, con el rostro completamente desencajado por el miedo, Matti se arrastró con torpeza por las escaleras, y antes de que todo volviera a quedar en penumbras por la repentina explosión del bombillo, volvió a mirar hacia abajo. Lo último que vio antes de cerrar de un golpe la puerta fue la siniestra sonrisa del rostro del piso.

Matti respiraba con dificultad y sudaba chorros y chorros de agua congelante. Las lágrimas que lloraba en silencio se conjugaban con la sangre, cuyo trazo endeble embadurnó todo el piso que componía el camino del sótano hasta el baño.

Marlene había comenzado a preocuparse por la demora de su hija, y con el ceño fruncido se dirigió al pasillo. Grande fue el pánico al ver el desastre del pasillo.

—¡Matti! ¡Marta Liliana, hija! ¡Ábreme la puerta!

El silencio que se coló después encrespó más los nervios de Marlene.

—Matti, mi amor, tú... ¿la viste? —sollozó adivinando la expresión del rostro de su hija—. Hija, ella no puede salir de ahí, ella permanece ahí... *Aeristra* no te hará nada mientras siga...

—¿Cómo puedes estar tan segura?! —farfulló Matti de pronto—. Por Dios santo, mamá... ¡Tú sabías que esa cosa estaba ahí y no fuiste capaz de decirme una mierda!

—¡Tenía que hacerlo! —los sollozos no dejaban hablar a la madre—. ¡Ella está aquí desde mucho antes que nosotros, hija! ¡Esta casa es de ella!

—¡Ella?! —aulló Matti con ira—. ¡Esa vaina me arrancó el dedo!

Matti sintió a su corazón patearle las costillas mientras cabeceaba ahí apoyada a la puerta. Escuchó luego a la preocupada clienta abandonada en la tormenta por Marlene con evasivas y excusas. Entrecerrando los ojos, Matti arrancó un pedazo de su delantal y lo anudó alrededor de su dedo sangrante. Con la otra mano se acarició la cara, los brazos y, por último, la cabeza. Al sentir que se le desprendieron un par de cabellos, Matti no dudó en pegarlos en la pared, como acostumbraba a hacerlo.

Al cabo de unos minutos escuchó un extraño ruido, como de algo deslizándose. Matti frunció el ceño y su horror fue grande cuando vio los cabellos de la pared resbalar hasta llegar al sifón y formar una bruma asquerosa de pelos. Se sostuvo como pudo del inodoro para no caerse al ver cómo la pelambrea alrededor del sifón iba incrementando su volumen hasta inundar todo el piso de la ducha. Surgieron entonces de en medio de las hebras trenzadas los ojos endemoniadamente gigantes de Aeristra. Matti gritó con total espanto y con tropezones logró salir del baño.

—Criaturita bella, criaturita preciosa... —escuchó a sus espaldas—. Déjame lamer tu cabello, déjame vivir, hermosa...

Matti interrumpió los balbuceos de su madre con un grito, y la empujó fuera de *Stylos*, cuyas paredes pertenecían a ese pedazo de Mamatoco que se debatía inmerso en una inundación majestuosa.

Ambas mujeres comenzaron a agitar los brazos en un intento por parar un taxi, y por fortuna, se detuvo uno justo encima de una rejilla del desagüe. Matti sintió de pronto algo treparle por los tobillos, y antes de que se pudiera embarcar en el vehículo, un tentáculo peludo surgió por debajo del carro y apretó sus tobillos con fiereza. Marlene trató en vano de agarrar las manos de Matti, y la madre vio con horror cómo Aeristra arrastraba a su hija hacia adentro de la casa. Otro tentáculo se estrelló contra el parabrisas del taxi, cuyo conductor, completamente aterrado, aceleró y emprendió la marcha hasta desaparecer bajo la tormenta.

El olor a caspa se le metió a Matti hasta el cerebro y se enredó con su alergia. Gritaba por la ayuda de su mamá en los intervalos en que podía respirar, pero Marlene no podía alcanzarla pese al sobrehumano intento que hacía por correr al paso del tentáculo. Sobre sus cabezas se retorcían las tuberías... ¡de todas ellas colgaban más y más trenzas de Aeristra! Trató luego de zafarse usando manos y dientes, pero al no lograr ni siquiera debilitarlo, comenzó a gritar descontroladamente.

Pero entonces por su mente cruzó una descabellada idea.

—¡Demonio! ¡Espera un momento!

Aeristra detuvo los tentáculos y sostuvo a Matti en el aire, con su cuerpo de cabeza.

—Te daré todo mi cabello —gimió Matti—. ¡Te lo daré todo!, pero por favor... no lastimes a mi madre...

Marlene la miraba con el maquillaje cuarteado por las lágrimas. Matti también lloraba, y sin pensarlo más agarró un pedazo de vidrio que flotaba a su lado. A punto estuvo de volarse la primera hebra de su cabello cuando la criatura habló:

—Bien debes saber que en el pacto que hicimos está involucrado *todo* tu cabello...

Matti tragó saliva en seco y miró a su madre por última vez. Un trueno armonizó con el golpeteo del agua contra el tejado.

—El hombre —continuó el demonio—, con todo y su vanagloriada superioridad para con sus hermanos animales, nunca ha de poder olvidar aquellos rasgos que aún lo entrelazan con ellos...

Un relámpago iluminó los ojos de Aeristra y sus mil y un tentáculos de pelo.

—En otras palabras..., ustedes, bestias bípedas, de una sorprendente e imperceptible manera, están tan peludas como un tierno minino.

Los vellos de Matti volvieron a erizarse, y llevándose un brazo a la altura de los ojos los vio.

La innumerable cantidad de pelos minúsculos, erectos y duros como alfileres, le apuntaban a la cara, tal como apuntaría un juez a un reo.

Matti finalmente comprendió.

Había hecho un pacto con el más terrible de los demonios.

Aeristra comenzó entonces a arrastrar a las mujeres hasta su boca de dientes resplandecientes. Marlene extendió los brazos y, soltando un grito desgarrador, aferró como pudo las manos de su hija. Pero un nuevo tentáculo de pelos que emergió del piso estrechó con mayor fuerza las piernas y caderas de Matti, y madre e hija lloraron desconsoladas bajo el destino peludo y terrorífico, un destino criado en los innumerables años de pelo acumulado en tuberías que se les venía encima.

La tormenta, por fin, concluyó... y con ella el funeral de *Stylos*.

La silueta espantosa de Aeristra a contraluz terminó de engullir los cuerpos de Matti y de Marlene, y su rostro sobresalió después con los rayos de luz. La sonrisa maquiavélica, cuyas esquinas se arqueaban deformando los ojos bien abiertos y dilatados, fue finalmente devorada por la oscuridad.

H

LUCHO EL MALO

Alejandro Metaute

H

Soy hijo de Lucho el Malo. Amado por putas y bestias, temido por curas y apostadores. Famoso porque nunca perdió a las cartas, ni cuando apostó al diablo un trago de ron para el desayuno.

Comenzó a trabajar a los cinco años limpiando potreros, a los diez ya había ganado título de timador. Fue payaso, policía, abogado, culebrero, jornalero, contador, brujo y, en un pueblo vecino, cura, hasta que fue pillado comiendo ostias en un burdel. Se afeitaba tres veces al día, con una navaja que encontró enterrada en un muerto.

—Mijo, no vaya a ser como yo, a no ser que quiera pasar bueno. El único consejo que me dio en vida.

De niño lo odiaba, mi madre no dejaba de llorar por él, pero cuando me hice viejo, y mi mujer empezó a llorar, lo entendí. De los quince hijos que le conocí, solo yo lo acompañaba. Los domingos, después de misa, invitaba a un par de vecinos a seguirle el paso. Nos reuníamos en una cantina en la plaza y bebíamos hasta la madrugada. A nosotros, hombres pasados de los cuarenta, mi padre nos miraba como si fuéramos críos de teta, porque después de unas botellas de aguardiente, empezábamos a hablar raro y a caminar

chueco. En cambio él, seguía bebiendo y contando sus fechorías, nunca repitió historia.

Uno de esos domingos tomó un trago, dejó caer con fuerza la copa sobre la mesa y no se volvió a mover. Mi padre murió como un árbol, tieso, quieto, sentado y mirando al frente, sosteniendo su copa, reclamando su último trago. Al primer grito de ¡Don Lucho está muerto!, el cantinero rompió en llanto, no paró en toda la noche, se había quebrado.

Al entierro asistieron más mujeres que hombres, todas ahogadas en pesares. Mi madre, al verlas, susurraba, «desgraciadas, puercas, ¡perras!». Eran monjas, maestras y esposas de conocidos, todas seducidas por don Lucho.

Como despedida, cavé solo. Cinco horas y mucho ron. En su ataúd puse su viejo naípe y dos botellas de aguardiente, cortesía del cantinero. Mi madre tiró un escapulario, «muérgano, vas a necesitar ayuda», dijo, como regañando a mi padre.

El pueblo iba pa' tranquilo y aburrido, pero a las dos semanas comenzaron a llegar gentes de muchas partes. Buscaban a Lucho el Malo: Que lo encontré en el camino y le presté plata, que se robó cinco gallinas, que hizo trampa a las cartas. Todo el que llegó con un cuento, lo espanté a bala. Cada vez llegaban más. A la semana siguiente en mi casa tenía a cien fulanos preguntando, acusando, pidiendo ver el cuerpo. Me negué hasta que unos buitres me dieron una muenda.

Cavé, sin ron y maldiciendo al diablo, todo lo que le ayudó mi padre pa' no venir a defenderlo.

Al desentierro asistió todo el pueblo, los niños se subieron a los árboles y las señoras se reunieron con sus rosarios.

Llegué al ataúd; mientras lo destapaba, todos abrieron los ojos como si les ardieran. Ahí estaba mi padre, tieso.

—Malparidos, qué más quieren— grité.

Comenzaron a irse rezando y persignándose. Mi madre fue la última:

—Su papá no aprende, botó el escapulario.

Lo empecé a esculcar, tenía razón. No estaba el escapulario, en cambio tenía un anillo nuevo, el naípe en un bolsillo diferente, las botellas de aguardiente, vacías; una de ron medio empezada; olía a

magnolia, estaba recién afeitado y con un cigarrillo en la boca; lo encendí, di una bocanada, se lo devolví y floré.

Desde ese día, todos los domingos después de misa, compro una botella de aguardiente y paso en vela en el cementerio.

—Ahí está el hijo de Lucho el Malo —dicen los que pasan—. Ese hijo, es lo único que hizo bueno.

H

EL ÁRBOL DE LOS MUERTOS

Juan Camilo Lara Giraldo

H

“Cuando uno camina en ese rastrojo, los tambores se sienten en el pecho, como pisadas del miedo que hacen temblar el corazón. Y es que antes de llegar al clarito, antes de ver las primeras casas de madera todavía verde, uno puede sentir que el pueblo le está llegando a uno, como que se le mete entre el cuero, por la misma sangre que allá adentro ya ni es roja sino color pantano, porque es que allá la tierra jala distinto mi señor, allá la tierra está viva, y esa gente, pues quién sabe.” Así le respondió el compadre Ovidio al comando Pedro cuando le preguntó por Niarara. Pedro lo miraba a la cara mientras lo escuchaba, se le veía cansado, los ojos atrás de las arrugas, como corozos pisados. Estaba atento, se imaginaba cómo sería la gente de allá, mientras agarraba el fierro entre los pantalones, una Smith & Wesson M&P con la cacha gastada, que le había regalado su abuelo cuando cumplió los dieciocho.

El bloque Sebastián Beltrán anda por estas trochas hace más de seis meses, viene de recoger gente, por eso la tropa es joven. Cuando los camiones del ejército abrieron las puertas, y dejaron tocar piso a los treinta hombres, estos apenas se podían formar, cayeron como

hoja de pataba, pesada y triste, borrachos de tanta curva en carretera. Son tipos grandes, la piel se les hace agua, así es aquí, el agua sale de todas partes, hasta de la gente.

—Permiso para hablar Comando.

—Dígame —Pedro se pasa la mano por la frente, lo mira a los ojos, oscuros, casi negros.

—La tropa ya vio el pueblo, está allá atrás, pasando la montaña, nos les podemos meter por el pico de la izquierda.

—¿Cuántos son?

—La gente nos dice que no hay más de veinte hombres, algunos armados, con petostes viejos, pa matar tigres.

—Si mata tigres también mata hijueputas, no te dejes pillar Jaime.

Pedro sonrío viendo la cara huesuda de Jaime arrugarse por el sol, tiene las cejas pobladas, el cabello que empieza a crecer deja ver pequeños remolinos castaños, la nariz es larga y delgada, aplastada en la punta, el cráneo redondeado se apoya sobre un cuello corto y ancho, lo que hace ver su cara un poco más grande, aun para aquel cuerpo de metro ochenta y seis, y noventa kilogramos de peso.

—Yo no me dejen ver comando, además vamos a cubrir bien todo, como si tuvieran cincuenta negros bien armados, la vuelta es de noche, toca agarrarlos durmiendo, pa' no tener que peinar más tarde.

Están ahí hablando entre el monte, mueven las manos mostrando los caminos, que no se ven porque las matas allá hacen paredes, atrás están los demás muchachos, sentadotes en los troncos, limpiando los fusiles, que ya se empiezan a ver llenos de moho, como vejistorios de otra guerra, aunque estén nuevecitos, recién sacados del batallón.

—Vea Jaime —le dice Pedro agarrándose la cabeza, con ese ademán que tienen las gentes de la costa cuando algo no les gusta—, usted sabe que pa' eso es que nos mandaron acá a chupar calor.

Da un paso al frente, puede oler la peste a mango podrido que sale de la nariz de Jaime, la huele con la boca sintiendo ese gusto blando y viscoso del aliento.

—A mí me vale una puta verga si toca peinar, puyar, tumbar todo este malparido monte, la vaina es que encuentre a esa gente y

me la saque de aquí, viva, muerta, lo que sea. Yo necesito es tener ese pueblo limpio pa' Noviembre, que ningún negro de esos me venga a reclamar después ninguna güevonada, ni que se consiga un cachaco abogado de mierda, métale miedo, échele fuego a las casas, juégueles con la navaja que pa' eso lo tengo aquí. Eso sí Jaime, te saco la madre si me llego a dar cuenta de que quedaron con ganas de volver, si después llega el tío, la prima, el hijo de puta que llegue a reclamar, te saco la madre.

—Ni un negro se nos salva Comando —Jaime no dice nada que no tenga que decir, las palabras le salen solo cuando el arrumace de silencios se las empujan, y entonces la boca se le abre, casi hasta el extremo de las comisuras, proyectando una sonrisa falsa que aumenta la peste a mango. La boca le huele a podrido desde hace más de ocho años, cuando un tiro le destrozó el paladar y los dientes. La bala se quedó atrapada en una muela del juicio que nunca se quiso sacar, así se salvó de que no le terminara atravesando el cuello.

Atrás de la montaña, mientras Jaime está apuntando con la mano, Niara está en fiesta. En el pueblo hay treinta casas, regadas entre el monte, y un único clarito que quiere ser plaza, pero no alcanza

—Oíste Maicol, ¿dónde está Chamba?

—Ese negro se metió allá.

—Decíle que nos vamos.

—Eso le dije, pero es terco, el negro nació aquí, y dice que en entierro de niño nadie se va, que porque el alma se camina detrás de uno.

—Pues a mí me da pena con la Josefa, pero yo no quiero bailarle a ese árbol que parece el mismito diablo, todo atragantado de huesos que se le salen hasta por las hojas.

Jacinto apunta con los miedos al centro del pueblo, ahí crece un árbol gordo, lleno de nudos y huesos, que se le ven como ramas, pero uno los distingue porque se sabe que no hay rama blanca, y tampoco hay rama que mire, como miran esas caras que le salen por todas partes. Alrededor del árbol las mujeres bañan, zangolotean los vestidos de arriba a abajo, y pisan fuerte con los pies descalzos. Los hombres se acomodan en un círculo más grande, jincados de

rodillas tocan los cununos, las marimbas y los guazas. El pueblo entero se mueve, los niños corretean persiguiendo a las mamas, que blanquean el ojo cuando acarician los huesitos que asoman del tronco.

En el centro del baile está Fabián Carabalí, agachadito dándole besos a las raíces del árbol, las lame despacio y va subiendo, mueve la boca pa' hablar, pero le sale palabra rara, palabra de árbol que no entiende persona viva "un buté a cuaro, mijinísimo o hendé, canama e iminte, dusrusucu beinó". Mientras canta recoge el cuerpo del niño que está en el piso, envuelto en hojas de anturio, lo levanta y lo besa con los mismos labios mohosos que lamían las raíces, entonces Fabián alza la mirada y le ofrece a las calaveras del árbol ese cuerpito tierno, antes de enterrarlo entre la horqueta de una raíz hembra. El tronco del árbol es grueso y las ramas llenitas de hojas, los huesos salen en desorden, como si le hubiesen explotado al árbol por dentro, y sobre ellos están colgados unos amarradijos de colores, con fotos de la gente del pueblo pidiendo milagros. Como no todos tienen fotos, también le cuelgan dibujitos, a veces los niños se quedan la mañana antes del baile dibujando con un colorcito, que se turnan, y si no, con tierra mojada, que allá es buena pa' pintar, mejor que el achiote escupido.

A las tres de la mañana en Niara no hay persona que haga bulla, se acuestan tarde, pero nunca después de las tres, a esa hora el monte come gente. Las palmas están sonando, la lluvia, que viene del mar, está tapando el cielo, y los goterones empiezan a caer, se aplastan contra los techos como escarabajos muertos.

—Ami, Amita, me dio miedo amita.

—Eche ahí mijo, trague pensadera y cierre el ojo que esta no es hora.

Josefa se deja ir al rincón, no quiere estar despierta después del entierro de su sobrino, sabe que él también le puede pedir cobija pa' no irse al mundo de los muertos. Le abre un campito al niño, que se acueste como siempre, todo encurumido, con la cabeza entre las rodillas. Afuera llueve más fuerte, las gotas caen en los techitos de zinc, tanta bulla hacen, que las ranas y las chicharras tienen que cantar más duro, a esa hora Niara es un grito en la selva, no hay rincón del monte donde no se escuche. Los hombres del Sebastián

Beltrán lo notan, se acercan en triadas cerrando el cerco que venían planeando desde la mañana. En el pico del oriente han apostado una vieja ametralladora Browning M1919, apuntando al río, la única salida del pueblo.

—Venga Jaime —dice Pedro mientras se agacha—. Usted encárguese de las casas de ese lado, yo me ocupo de las del otro.

La punta redondita de los Galíl refleja la luz plateada de la luna, se notan entre las flores acorazonadas de los anturios que rodean las casas, de las que sale el calorcito de la gente durmiendo, adentro se escucha a Peté diciéndole a Josefa que tiene miedo, tan clarito que Jaime aprieta la boca para que el olor no lo delate, al tiempo que tira una granada por la ventana, vuela en curva hasta golpear con la mesita de guayacán tallado, y rebota debajo de la cama, un segundo después estalla, y Peté no dice más nada.

Las balas entran a las casas de todas partes, alumbran fuerte los disparos, como fogatas regadas por el monte. Adentro la gente cae mientras les entran las balas. La Browning M1919 traquetea también, con el primer golpe del plomo las comadres que se habían quedado durmiendo al lado del árbol, se levantan para deslizarse por entre el río, van agachaditas con el agua acariciando sus senos, pero se encuentran de frente las balas punto 30 de la Browning, como una pared de abejas, hasta que las pisadas ya no avanzan, y el río las devuelve a las casas.

Pedro se ha puesto de pie, esperaba respuesta de los cazadores del pueblo, pero nada, ni un tiro sale, todos entran y se quedan ahí guardados, así que da el primer paso, justo al lado del árbol, va pisando los charcos, pero no le gusta esa bulla tan tranquila, es que nunca en todas las matanzas que había organizado, la gente se quedaba así de callada muriéndose. A ese pueblo le faltan los gritos burbujeantes del que muere a tiros, o los gritos de súplica, los niños que quieren despertar a los taitas muertos pa' correr. Pero no, en cambio se mata la gente como durmiéndose en un piso de sangre espesa. Los tiros se detienen, Pedro escucha atento al tiempo que manda la mano al fierro. Atrás huele a Jaime, que se va acercando al trote. Al frente se oye un canto, suavcito, casi un murmullo.

—Cogimos a cinco comando, eso es lo que quedó.

—Cállate Jaime.

Hace trescientos años, Congo Carabalí salió del escondite, a escasitos cien metros de donde ahora estaba Pedro, sabía que lo venían persiguiendo porque los perros ladraban con hambre detrás de él. La mujer estaba al frente, cansada, ya habían corrido más de 30 kilómetros por entre el monte. Se dio un golpecito en la nuca, y entonces los tres negros que estaban entre los mangles fueron saliendo, lo mismo hicieron las negras, que se arrastraron en la oscuridad de la medianoche, casi como panteras, pero sin el amarillento de los ojos. Congo miró un clarito al frente, pasando el río, sabía que el clarito era mal lugar para correrle a los perros, pero también sabía que hacia allá el monte se hace más espeso, tan espeso que solo entra la piel del negro, y los españoles con todo y su caparazón de hierro forjado tendrían que devolverse, escupiendo hambre de negro que no pudieron cazar.

—¿Qué pasa comando?

—Están cantando ahí, detrás de ese palo e' mierda —Jaime se acerca despacito, lleva el cañón del fusil por delante, aguanta aliento hasta que da la curva y ve sentado a Fabián—. Párate negro

—No me puedo parar.

—¡Párate rápido negro marica!

Ese asqueroso vaho salió nuevamente de su boca, hasta cubrir todo cuanto tocó el grito. Fabián se inclinó, quedó viendo la corteza rugosa del árbol como si Jaime no existiera, y siguió cantando. Entonces Jaime bajó el fusil, lo puso en la espalda desnuda de Fabián. Atrás llegaba Pedro con su Smith & Wesson.

Congo miró hacia atrás, los perros estaban tan cerca que ya se escuchaban las hojas quebrarse bajo sus patas. Así que dio un salto, largo, casi como si tuviese alas, y los demás lo siguieron, Kenia Carabalí estaba a su lado, los hermosos ojos redondos dejaban caer pequeñas lágrimas que se deslizaban hasta sus pechos. El cabello apretado en trenzas se desenmarañaba con las ramas de los árboles, que le golpeaban la cara en medio de aquella oscuridad de ojo de buey, que no dejaba ver más que los propios pensamientos. Las semillas que iban apretujadas en el pelo también se deshacían, como si fuese una de esas bolsas de mercado baratas que se rompen en medio del camino, pero el pelo de Kenia era fuerte, y si las semillas

se caían era porque las ramas eran tan cortantes, que bien podían romper de un tajo la escama de un corroncho.

—Yo lo mato.

Pedro tenía que utilizar esa Smith & Wesson cada que terminaba una operación, era un fetiche, una abominación mundana, como caminar por las aceras sin pisar las liniesitas del pavimento. Pero Pedro no le huía a esa maldición terrible de las líneas, él en cambio buscaba ese golpecito seco del disparo entre su palma, ese estirón eléctrico que comenzaba en la base del pulgar y se iba como un rayo hasta el estómago, así se acordaba de su abuelo.

Kenia siguió corriendo, los perros ahora jadeaban a no más de siete metros. Ya habían atravesado el río, y la luna iluminaba lo suficiente el claro, como para que Congo y Kenia se pudiesen ver las caras, los ojos ahora sin forma, desorbitados por el miedo, las bocas abiertas llenándose las tripas de aire. El primer perro agarró a Congo por el talón, lo mandó al piso de un golpe, él le apretó el pescuezo con las manos, grandes y fuertes, como le habían explicado se cogían los leones, pero los perros de los españoles son más peligrosos, les gusta la carne de negro desde chiquitos, cuando los alimentan con los muertos del tifus que no sobreviven en las embarcaciones. Los siete perros ya estaban encima de Congo, Kenia y cuatro esclavos más. Les empezaron mordiendo las gargantas, para después bajar por el camino de la sangre a las costillas. Entre los gruñidos de los animales encarnizados se alcanzaba a oír aún la voz de Kenia, suave, como un suspiro, llamando a Congo, los animales se acomodaron en círculo frente a los cuerpos ya muertos, se comieron lo que pudieron, y dejaron los huesos de los pechos casi limpios, mientras el capitán Cortés les sobaba las orejas. Eran unos Dogos formidables, con esa característica cabeza rectangular y los brillosos y pequeños ojos marrones, iban a comerse lo que quedaba de Kenia, aquella cabellera hermosa y apretada, llena de semillas, pero el disparo seco de una Smith & Wesson los sacó corriendo.

H

ESTE LADO ARRIBA

Ricardo Llinás

H

—¿Qué tienes por ahí?

—Una bomba —dijo One, sacando un libro de la mochila.

—Muestra para ver —dijo Lía—. ¡Qué título más raro!

—Sí, pero me gusta.

—Lo estoy releendo, apenas me lo termine se los paso.

—¿De qué se trata?

—Es la historia de un hombre que queda atrapado en una cueva. El personaje es un alpinista que escala una montaña cuando un derrumbe de nieve... tienen que leer esa descripción de la nieve cayendo... cuando un derrumbe lo arrastra y, no se sabe cómo, termina en una cueva, y ahí pasa como cinco días hasta que empieza a confundirse. Ya ha hecho un montón de cosas para distraerse, poemas, cartas, dibujitos, de todo. Pero en una de esas siente ganas de matársela, pero no sabe si debe o no, pues aunque tiene muchas ganas, sabe que si lo hace quedará sin fuerzas y bueno..., finalmente lo hace, y esta es otra descripción que tienen que leer. El semen se congela sobre la nieve y el personaje empieza a jugar con los hielitos y a alucinar y de todo.

- ¡Qué puerco! —dijo Lía.
—No es puerco —dijo José Manuel—, ¿te imaginas quedar atrapado así?, uno juega hasta con la mierda.
—No es nada que yo se los cuente, si lo leen es otra cosa.
—¿Y eso sí se les pone duro con tanto frío?
—Yo creo que no, hasta se le quemaría, pero novela es novela.
Además, el personaje está muy acostumbrado.
—Entrega el poder —dijo José Manuel, quitándole la botella.
—Yo quiero un cigarro —dijo Lía.
—Deja ver si tengo monedas.
—Ven, yo los compro —dijo ella.
—Dale. Cuidado te caes.
—¿Y qué vamos a hacer con esta vieja?
—No sé, podemos llevárnosla para mi casa, yo estoy solo ahora.
Allá le hacemos la avioneta si es caso.
—Y ¿esa cuál es?
—¿Cuál más? Con los dos brazos estirados, la ponemos a que nos haga la paja al mismo tiempo.
—Dale, perverso.
—¿Cómo?
—Nada, que te habla Lía.
—¿Que qué compro?
—Compra Kent.
—¿Entonces?
—Bien, nos vamos para tu casa.
—Te puedes quedar a dormir si quieres y te vas mañana.
—Bien.
—A ver si son colombianos.
—No, son venezolanos.
—Mejor.
—Ven —pidió One—, yo los prendo.
—Muestra, a ver si les están poniendo los cachos sus novias
—dijo Lía.
—¿Cómo es la cosa?
—Mira, si el cigarro no se quema parejo y deja una punta es que te los están poniendo.
—Yo estoy bien.

—Yo también —dijo One—, a la que se los están poniendo es a otra.

Lía aspiró fuerte el cigarrillo, que brilló intensamente iluminándole la cara.

—Ya no —dijo.

—¿Cuál es tu pintura favorita, One?

—*Joven virgen sodomizada por los cuernos de su propia castidad.*

—dijo One, pensando en la Lía que intuía detrás de la tela.

—¿Y la tuya? —le preguntó a José Manuel.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes!, la mía es *Perro semihundido*.

—¿Esa cuál es?

—Un perrito asoma la cabeza en la parte de abajo del cuadro, es como una marea marrón.

—¿De quién es?

—De Goya.

—Todo el mundo debe tener una pintura favorita Joselo. Si no, no es inteligente.

—Pues yo no tengo.

—Entonces, estás mal.

—Además, yo no voy a ser pintor.

—Eso qué tiene que ver, es por cultura, bobo. Sirve otro.

—Yo sé, pero no me importa. Además..., gracias... Además, yo lo que quiero es ser escritor..., ...Casi no me echas.

—¿Y tu teoría científica favorita? Antes de que me digas, la mía es la teoría sintética de la evolución. Me gusta cómo suena. “Sintética” es una bonita palabra. ¿Y qué tal la teoría del gen egoísta? Son unos poetas esos señores.

—La mía —dijo One— es la teoría de la mente como un cubo.

—Y eso ¿de qué se trata?

—Es la afirmación de que no tienes nada en el coco. O sea, la teoría se llama en colombiano, la mente como un balde, pero balde no pega, por eso lo dejan como dicen los españoles, como un cubo, y así queda perfecta. También me gusta la teoría de las ventanas rotas, esta es de psicología. Es que si algo está maltratado las personas lo siguen maltratando, si un edificio tiene una ventana

rota la gente le partirá las demás ventanas. La verdad es que es pura literatura.

—¿Y tú?

—Yo ya dije que lo que quiero es ser escritor.

—Bueno, fíjate que los científicos sí saben de eso. Y además, ser escritor es muy fácil —dijo One.

—¿Por qué?

—Pues sólo te tienes que aprender los trucos y ya.

—Otra teoría —dijo One— es esta de las neuronas espejo, sobre las neuronas que nos permiten reconocernos en los otros, las neuronas por las que se pegan los bostezos y la risa y el llanto. Los espejos también son muy literarios.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los escritores los usan y porque la palabra me gusta, y combinada así, “neuronas espejo”, suena bien.

—No, ¿por qué dices lo otro?

—¿Qué cosa?

—Que escribir es fácil.

—Pues porque es muy fácil. Dame otro trago y te explico.

—¿Qué vamos a hacer cuando se termine esta botella?

—Yo me voy apenas se acabe.

—Entonces ya no habrá avioneta.

—¿Avioneta?

—No, nada.

—Toma el vaso. Las palabras están ahí, tú sólo tienes que juntarlas para que sean literatura.

—Ya te cogió el vino.

—Déjalo hablar.

—Cuando las sabes juntar todo se vuelve sencillo. Te aprendes los trucos y ahí está. Por ejemplo, para un título sólo tienes que agregar la frase “y otros cuentos”.

—¿Cómo así?

—Como los títulos de los libros de cuentos. Dime cualquier palabra. O frase. Cualquiera, que veas por ahí.

Lía miró la botella.

—“Vence el 25 de abril” —dijo.

—Entonces queda *Vence el 25 de abril y otros cuentos*. Otra.

—“Registro sanitario 525”.

—*Registro sanitario 525 y otros cuentos*. Y así funciona para todo. *Inodoro y otros cuentos*; *Mendigo y otros cuentos*; *La esquivia Lía Ramírez y otros cuentos* (Lía rió); *Zapatos talla 41 y otros cuentos*; *Sandalias y otros cuentos*; *Colillas de cigarrillo y otros cuentos*; *Muchacha que se va antes de tiempo y otros cuentos*; *Ya no habrá avioneta y otros cuentos* (esta vez rió José Manuel); *Dos imbéciles y otros cuentos*; *Conjunto residencial y otros cuentos*; *Luces apagadas y otros cuentos*; *Calle 26f y otros cuentos*; *Olor a podrido y otros cuentos*; *Lechuza y otros cuentos*; *Lata apacharrada y otros cuentos*; *Perra flaca y otros cuentos*, *Ganas de mear y otros cuentos*; y así con cualquier cosa.

—*Cualquier cosa y otros cuentos* —dijo Lía.

—Aprendes rápido.

—Me volvió la sed.

—*Ya casi se acaba y otros cuentos*.

One tomó el vaso de un sorbo, y se fue a aliviar en un palo que estaba a la vuelta, en el oscuro. Cuando regresó, José Manuel repitió el recorrido.

—Cuando un colombiano mea, todos los colombianos mean —dijo One.

—A ustedes les queda fácil, pero una no se va a estar agachando por ahí.

—Sería muy bacano caminar por la calle y que las mujeres se agacharan a orinar como si nada.

—Eso sería en otro planeta.

José Manuel regresó en eso.

—Mira —dijo Lía señalando con el brazo.

—¿Qué?

—*Taxi y otros cuentos*.

El carro pasó a toda velocidad.

—También puedes tomar las palabras que andan por ahí y ponerlas solitas. Los avisos que están en la calle son perfectos. Por ejemplo, *Prohibido botar basura* sería una novela experimental, *Alta tensión* sería un libro de cuentos policíacos, *Escuela de danza* sería un libro de poemas simbolistas, *Adidas* sería una novela hiperealista, *No siga sin ser autorizado* sería un volumen de aforismos suicidas, *50% off* sería una novela pospoética, *Se hacen viajes* sería

una novela corta surrealista, *Se alquilan lavadoras* sería una antología de crónicas bizarras, *Carne de res*, por su parte, sería una novela naturalista, *Favor guardar silencio*, un ensayo existencialista, *Carga pesada* sería una novela histórica sobre la influencia de la iglesia en la educación en Colombia, y *Carga larga* un manual de ingeniería civil con estilo, *Cocteles dos por uno* sería una antología de relatos porno, *Prohibido fijar avisos* sería un tratado sobre paradojas de la lógica formal, y *Salida de emergencia* sería una obra de teatro punk.

—¡Payaso!— dijo Lía.

One tomó la botella y repartió vino, mientras que Lía se levantó para estirarse y se sacudió el polvo del trasero. La imagen le produjo una irrigación a One entre las piernas.

—Cuando nos vayamos tienen que esperar que coja el taxi.

Oye, ¿cómo es que se llama la novela del alpinista?

Se puso un dedo en los labios y se quedó pensativa.

—No me digas —dijo.

H

NUESTRO SECRETO

Yadira Rosa Vidal

H

—¿Te acuerdas de nuestro secreto? —preguntó mi hermano.

A pesar de los años que han pasado, aún lo recuerdo vívidamente. Eran tiempos de cosecha, los árboles se destacaban en el cielo con sus verdes imponentes bajo la caricia del sol, mientras el viento los mecía como reyes centenarios. Cerca de la casa abundaban árboles de aguacate, de los cuales cogíamos algunos frutos y tumbados en el piso los comíamos con un poco de sal que hurtábamos de la alacena. Mi madre decía que nos indigestaríamos, pero sus presagios nunca se cumplieron; no recuerdo haber enfermado por más que nos atiborráramos de cuanto fruto encontráramos en el campo.

Un día, llegaron a la casa unos elegantes señores, con zapatos muy limpios y trajes costosos, pidiendo hablar con mi padre. Como era la costumbre nos hicieron retirar de la sala. Estaba prohibido que los menores escucharan la conversación de los adultos, era signo de mala educación. Bastaba una mirada de mamá y el mensaje era comprendido sin chistar.

Sin embargo, mi hermano mayor, siempre curioso y un tanto desobediente, decidió quedarse cerca de la puerta a escuchar el misterioso diálogo.

—Caballero —dijo uno de los señores a mi padre—. Queremos alquilar parte de la casa. Nos han dicho que su propiedad es la más adecuada para la empresa que queremos montar.

—¿Y de qué empresa estaríamos hablando? —preguntó mi papá.

—De una fábrica de chicles.

—Se los juro —dijo mi hermano—, eso fue lo que escuché. Papá va a alquilar la parte de atrás de la casa para montar una fábrica de chicles.

El evento no podía ser más importante. La noticia corrió por los alrededores y en el colegio fue el tema de la semana.

Muy pronto empezaron a llegar diversos materiales a la casa: latas, calderas, poleas, varillas y un sinnúmero de materiales con los cuales se hizo el montaje de la fábrica.

El día de la apertura, medio pueblo estuvo presente y un olor a menta reemplazó al de café con canela que mamá acostumbraba preparar para los empleados de la finca. Enormes calderos hirviendo en una mezcla de chicle y menta eran un dulce espectáculo al olfato y al paladar. Por las escotillas de madera contemplábamos grandes burbujas que al contacto con el aire explotaban festivas.

Los días pasaron y lo que era novedad llegó a ser rutina. Ya muy pocas personas visitaban la casa y los demás niños volvieron a sus habituales aventuras.

Entonces mi hermano mayor tuvo una gran idea: probaríamos el chicle mientras se cocinaba. Estábamos acostumbrados a que saliera convertido en golosina y esa oportunidad de probarlo, directamente de la caldera hirviente, no la podíamos desaprovechar.

Como la parte de la casa donde estaban las calderas era un poco más baja, alzaríamos al más pequeño y delgado del grupo, quien introduciría por las escotillas de madera una vara que tendría atado al extremo un tenedor, y debería hacer girar en el recipiente hirviente hasta formar una gran bola.

Luego de considerar a los diferentes candidatos se me encargó la tarea de extraer el dulce. Sobre la espalda de uno de los muchachos

y entre la madera logré obtener una gran bola de chicle que depositamos en uno de los platos de mamá. Caminamos hacia los aguacates y, sentados sobre el verde tapiz, empezamos a mascar una y otra vez hasta que el dulce sabor desaparecía de la goma. Las mandíbulas se cansaban a tal punto de tener que apoyarlas sobre las muñecas para no desfallecer de tal empresa. Eran largas horas en las que las palabras sobraban y las carcajadas abundaban entre masticadas.

—¡Muchachos! —dijo mamá—, ya no coman más aguacates.

Lo que ella no sabía era que ese día debió gritar otra cosa.

Se volvió costumbre luego de la escuela sentarnos a la sombra de los árboles y comer la goma hasta cansarnos. Recuerdo con agrado aquellos tiempos.

Mamá decía:

—¡No robarás! Los principios son la base de la educación.

Esas palabras jamás las olvidamos. Por eso, luego de extraer el dulce del chicle, volvíamos a pegar la goma al tenedor y devolverlo a la caldera, para verlo salir convertido de nuevo en golosina.

—¿Nuestro secreto? —le digo a mi hermano—. Claro que lo recuerdo.

H

CATARSIS

William López Durango

H

Lo que trataba Simón de descifrar esa noche, era si el recuerdo del papá apretándole las sienes con unas tenazas de doblar acero, era de él, o un recuerdo inconsciente del personaje. Se comió un dulce. Fue al baño, se lavó la cara con abundante agua y jabón de avena. Roció el ambientador que tenía olores relajantes de clavitos y canelas. Volvió a la habitación y se comió otro dulce de goma. Era lo que siempre hacía después de una jornada de trabajo en el teatro. Pero aquella noche había ingerido demasiados para controlar los ataques de nervios, heredados de Frank, su nuevo personaje.

Agarró el álbum familiar y vio a su padre en una de las fotos, posando orgulloso al lado de unos esqueletos de carros, sosteniendo en una de sus manos una enorme tenaza de doblar metal. Simón quedó urdido. Buscó en las gavetas del nochero el libreto de la obra, donde vivía el personaje que lo estaba torturando. Lo volvió a leer una vez más. A la mitad del texto, reafirmó que en efecto el personaje había estado en un centro psiquiátrico por hipofobia, había matado a su esposa, y metido el cadáver en el vientre de un

caballo. Pero no encontraba nada referente a las tenazas. No tuvo otro remedio que volver a llamar al director:

—Aló, Fernando, es que tengo las tripas de mi cabeza ingiriendo ideas raras.

—No te preocupes, ya te lo he dicho; es el personaje que se está muriendo en ti. Se llama catarsis.

—Me estoy comiendo los dulces que me recomendaste, pero no me hacen efecto.

—No comas tantos, no es aconsejable.

—Gracias. Salúdame a Mónica y dile que se regrese pronto.

Se comió otro dulce y después otro, y otro. No paró. Dedujo que el azúcar lo haría dormir, pero pasó todo lo contrario, quedó inmune al sueño. Se acostó, dando bamboleos en la cama. Sentía el apretón de las tenazas en las sienes. Se fue a la cocina, desprendió una pastilla para el dolor e hirvió leche con canela y se la tomó. Comió más dulces. Se fue al baño y abrió la llave de la tina hasta que se llenó por completo, se metió en ella sin quitarse la ropa. Quedó con el cuerpo aboyado y con la mirada hacia arriba para que el agua le cayera en la cara. Se puso las manos en forma de tenaza en las sienes, hasta que decidió pararse. Se acostó en la cama con la ropa empapada, se hizo una oruga con la sábana. Avanzó con cuidado sobre las escaleras de humo que conducen al otro lado del sueño, descansó por un momento, pero lo sacó de golpe el sonido del teléfono.

—¿Aló? —contestó Simón.

—Simón... ¿Mónica está contigo?

—No... Ustedes me han dejado solo.

—Te he enviado con ella unas pastillas para conciliar el sueño, para que descanses por lo menos esta noche.

—No aguanto más las tenazas en mi cabeza, a veces pienso que el autor me conoce y escribió con base en mi recuerdo ese maldito personaje.

—Pero Simón, en el texto no hay ninguna parte que hable de las tenazas.

—Sí, hay una parte que yo deduje inteligentemente. Él las utilizó para abrir el vientre del caballo y meter a su esposa. Son las mismas que tiene mi padre en la fotografía.

—El autor vivió en otro país, y murió hace mucho rato. No es contemporáneo contigo ni con tu padre. Cómete otro dulce hasta que llegue Mónica con los medicamentos.

Simón colgó el teléfono y volvió a meterse en el bandullo de la cama. Se tapó nuevamente los oídos perturbado. Sacó una mano entre las sábanas y agarró un puñado de dulces. Se los atragantó, y cuidadosamente se fue resbalando hasta caer nuevamente en la neblina de los sueños y una sensación de hielo le congelaba el cráneo, borrándole por completo el dolor. Descansó en un estado como el que produce la anestesia, sintiendo la cabeza grande y pesada.

En un movimiento inconsciente del brazo, sintió algo pesado y enorme al lado de su cama. Se despertó. Apartó las sábanas de su rostro y vio un caballo acostado al lado suyo. Se pellizcó para cerciorarse de si estaba dormido o despierto. Concluyó que estaba despierto. Se levantó exaltado. Tropezó la caja de dulces que cayó regada en el piso. Agarró algo pesado que estaba detrás de la puerta. Se fue a donde estaba el caballo. Levantó con fuerza los brazos y lanzó un golpe en el cráneo del animal. Le dio otro más fuerte en las costillas. El caballo no respondió. Estaba quieto como un costal lleno de huesos. Le dio otro golpe en el hocico.

Simón no tuvo control y descargó un último golpe en el cráneo que lo salpicó de sangre. Se detuvo exhausto. Volvió a pellizcarse con la ilusión de que en realidad estuviera soñando. Pero no, era en realidad un caballo lo que estaba matando. Sonó nuevamente el teléfono, todavía tenía la esperanza que todo fuera un sueño.

—¡Aló? —Contestó nervioso.

No pudo sostener el teléfono. Escuchó lo que Fernando le decía y lo dejó caer contra el piso ajedrezado. A través de la bocina se escuchó la voz del director:

—Mónica está contigo hace cuatro horas.

Simón volvió al cuarto corriendo asustado, y a primera vista observó que la caja de dulces no eran dulces, eran hongos alucinantes y que el cuerpo lánguido de Mónica, estaba dentro del equino, descubrió aturdido el objeto con que había golpeado al animal. Eran las tenazas, las mismas de la fotografía.

DISCRETA SEMBLANZA DE UNA PERRA VESTIDA DE SEDA

Jesús Villán

H

Desde temprano, Silvia estaba despierta, sentada junto a la ventana en meros cucos, fumando un cigarrillo mientras esperaba al conejo. No había podido conciliar el sueño. El cadáver de su esposo yacía masacrado en la única cama de la habitación.

Su vida marital no fue la mejor. Los años habían pasado siempre de la misma manera. Odiaba cuando su esposo se le insinuaba. Aquel hombre se había convertido en un ser tan ajeno a sus deseos, ya no lo amaba. A veces, cuando estaba sola, se masturbaba. Pero cuando no era suficiente, llamaba a José, el primo del muerto, y lo hacían rápido, antes de que él volviera a casa. Al llegar del trabajo, algunas veces leía un libro y en otras escribía mucho, pero nunca se sentía a gusto con los resultados. Podía sentirse atrapada en medio de aquellos márgenes vacíos, menester de encontrar algo, o más bien algo que la encontrara a ella.

Mientras miraba perdida por la ventana, el teléfono sonó.

—Pensé que ya no llamaría. Me tenía preocupada.

—Tranquila perra, que ya estoy aquí —respondió la voz al otro lado.

—¿Cómo dice? —preguntó ella extrañada. Miró a través de la ventana, pero no vio a nadie.

—¡Bien hecho, perra! —dijo el conejo, pero esta vez la voz no salió de la bocina. Detrás de ella, sentado al borde de la cama, se encontraba un conejo, llevaba un moño rojo en su oreja izquierda y era de un blanco tan perfecto como la heroína—: ¡Ahora terminemos esto rápido!

Ella volteó atónita. Lentamente bajó la bocina del teléfono y observó sin pestañear al conejo.

—¡Estúpido! Estuve cagada del susto toda la noche!

—No se preocupe, perra. Terminemos rápido —respondió el conejo tan tranquilo, que a ella le pareció hipócrita. Aquel animal había llegado un día a su casa, no logró saber cómo, pero aun así, se acostumbró a su presencia. Solía fumar hachís en las tardes, antes de acostarse con José, y aunque drogada, jamás creyó que el conejo era producto de su imaginación. Siempre lo acarició y lo alimentó. Solía pasar las tardes viendo cómo el animal llegaba a su casa y le acompañaba. Siempre se imaginaba de dónde podría venir. Era una manera de pasar el tiempo en esas tardes inconclusas. Lo extraño fue que cada día que pasaba empezaba a sentirse más a gusto con el animal. Y una tarde, en medio de la soledad, el humo y la poca ropa, el conejo le sonrió, y ella por poco se desvanece. Pero no llegó hasta ahí, el maldito animal le habló. Para su sorpresa, lo hacía con mucha confianza. “Relájese, perra, que yo soy real”, le decía. Con el tiempo, se hicieron amigos. Pero el conejo, fue sembrando poco a poco una macabra idea en su inconsciente. Y ahora esta idea se había materializado.

—Ahora quema la casa y vámonos de aquí.

—Conejo embustero —le gritó ella—. ¿No ve lo que acabo de hacer? ¿Cómo puede llegar tan tranquilo y decirme que queme mi casa?

—Tranquila, perra...

—¡No me diga perra!

—Está bien, Silvia. Pero tiene que calmarse. Ya hizo la parte más difícil.

—¿Qué?! —respondió ella. El conejo le señaló el bolso.

—Fúmesese otro cigarrillo y recupérese —ella hizo lo que el conejo le pidió sin protestar—. Abajo, dentro del armario encontrará un bidón de gasolina. ¡Queme la casa y cumpla su sueño de ser una escritora!

Silvia abrió el armario. Efectivamente allí estaba un pequeño bidón de gasolina. Lo sacó y miró al conejo. Al instante lo supo, el conejo había estado allí toda la noche, presenciando el espectáculo. Sintió miedo por lo que el conejo pudiera hacerle si se negaba, así que obedeció.

Para cuando Silvia había esparcido la gasolina por toda la habitación, el conejo ya se había marchado. Sacó del armario un vestido de seda rojo y se vistió con él. Tomó su bolso y unas zapatillas y se detuvo en la puerta. Volteó, prendió su encendedor y lo arrojó en la habitación. Al instante todo estaba en llamas.

Salió de la casa y subió al carro del difunto esposo. Por las ventanas de la casa ya salía el humo. Oía un poco a madera, un poco a sabanas quemadas, un poco a miedo. Anduvo unas cuantas calles sin un rumbo fijo y, de momento, se detuvo para pensar a dónde iría. No tenía idea. Quería huir, contar su crimen y culpar al maldito conejo. Pero ¿quién le iba creer cuando dijera que un conejo la había obligado a matar a su esposo? ¿Era mejor dirigirse al hospital y evadir el castigo?

Al instante, del asiento de trasero salió el conejo, acompañado por un simio. Al verlos se aterró. El simio no dijo palabra alguna y sin rodeos tomó el volante del carro. Entre sus pies, sintió un pelaje que la acariciaba. Era un gato amarillo con manchas café que se encargó de los pedales del auto. El conejo se posó sobre sus hombros tensos y le dijo al oído “Tranquila, perra”. Ella gritó.

El simio, el gato y el conejo, llevaron a Silvia por la ciudad hasta un callejón. Una vez aparcado el carro, el silencio adentro se tornó incómodo.

—Baje del auto. Ya llegamos, perra —le ordenó el conejo.

Silvia no bajó del auto. Todavía estaba asustada. En el callejón había basura por todas partes, varios perros, palomas, gatos y otros animales a los que no prestó atención.

—¿A dónde me trajeron? —preguntó aferrándose al asiento.

—Salga, le vamos a dar la bienvenida. Ya tiene una historia que contarle —dijo el conejo—, y quítese ese vestido rojo. Ya no lo necesitará.

Su cuerpo lo sentía ligero, pero no podía quedarse allí, y ver cómo perdía la razón. No entendía nada aún. Pensó en salir corriendo cuando bajara del auto, escapar de ese desquiciado lugar, así que estiró la mano para tomar el bolso y huir, pero una pata de perra salió en su lugar. Silvia asustada, vio su cuerpo desfigurado al de un animal. Dominada por el pánico, saltó por la ventana usando sus cuatro patas y se perdió de vista por el callejón.

—Esa niña está loca —comentó el gato, divertido al ver aquel animal correr con un vestido de seda rojo.

—Una más que no logra adaptarse —afirmó el conejo—: ya no podemos hacer más por ella.

—Pero le dio un buen tema —dijo el simio—: ¡Un asesinato es un buen pretexto!

—Sí, es un buen tema.

—Otra potencial escritora que perdemos.

—¿La seguimos? —preguntó el gato.

—No. Ya se fue, pero tarde o temprano reconocerá que es una perra traicionera, no una escritora —respondió el conejo.

Todos los demás asintieron.

H

¿POR QUÉ NO TRES?

Gloria Inés Hoyos Cortínez

H

En sus veinte años de casados, habían perdido la cuenta de cuántas veces decían: “¡Ya no más!, la única solución es separarnos”.

Aquel sábado, para salir de la rutina, Juan y Silvia decidieron que irían al bar del barrio a tomar licor hasta embriagarse y como en otras ocasiones, la tercera invitada sería Rosa, la mejor amiga de Silvia.

Horas antes, al llegar la tarde, las dos amigas planearon la salida:

—Quiero que esta noche te veas diferente —dijo Silvia—, arreglé para ti uno de mis vestidos favoritos, le subí el dobladillo y, como es de lycra, estira. Lo de la estatura lo mejoramos con estas plataformas y, por favor, desempolva, aunque sea por esta noche, tus lentes de contacto. Así te quitas diez años.

—Tú, siempre pensando en mí. Eres tan bonita. Cómo me gustaría tener tu cara y tu figura. Tienes tanta suerte con los hombres...

—No se hable más del asunto. Encárgate de tu cabello y aplícate mi perfume. Te he traído un poco. Esta noche dejas de ser soltera.

El bar “Eclipse” era famoso porque las luces de la zona bailable, no siempre permanecían apagadas, sino que después de escuchar varias canciones, éstas eran encendidas y los asistentes podían verse claramente. También, se hablaba de las excelentes combinaciones de licor que hacía el barman en sus cocteles. La música era variada; y por esto, su pequeña pista se llenaba en cada cambio de ritmo. Así que la diversión estaba asegurada para Silvia, Rosa y Juan, quienes bailaron y bebieron hasta que llegó el momento del cierre del establecimiento.

—Amor, como es muy tarde, lo mejor es que Rosa se quede en nuestra casa, en el cuarto de huéspedes —dijo Silvia.

—Sí, me siento tan mal que no podré subir las escaleras de mi apartamento —contestó Rosa, con la voz apagada al levantarse de la mesa y arreglarse el cabello.

De regreso a casa, Rosa entró en la habitación que estaba dispuesta para ella y sin ni siquiera quitarse la ropa, se tiró en la cama a dormir. Mientras que a pocos pasos de allí, los esposos, hacían el mismo amor desabrido, rutinario y el coito sin pasión de siempre; apagaban las luces, se desvestían, se daban un par de besos, unas cuantas caricias y caían en la simple unión de sus cuerpos.

Pero, esa madrugada, cuando Juan empezaba a dormirse, su mujer pensó que era el momento adecuado para darle gusto a su esposo e ir en contra de sus principios. Hacer un trío. Continuó besándolo, lo hizo levantarse de la cama, lo tomó de la mano y lo condujo hasta el cuarto donde se encontraba Rosa.

—Mírala amor, cierto que hoy está cambiadísima, hasta se ve bonita —dijo Silvia.

—Sí, debe ser el maquillaje; pero, regresemos a la cama. Y diciendo esto, el hombre halaba a su esposa del brazo.

Silvia tomó el otro brazo de su esposo y juntando sus manos con las de él, las llevó hacia sus pechos e hizo que él los tocara con firmeza, al tiempo que le susurraba:

—Obsérvala. Parece un ángel. Mira su piel. ¿Quieres tocarla?

—¿De qué hablas?

—De esa propuesta que muchas veces me has hecho.

—¡Explícate!

—No te hagas el tonto. Eso de... ¿por qué no tres? —dijo ella— y agregó con pena. Será nuestro secreto.

—Pero, Rosa es tu mejor amiga.

—Por eso, quiero que sea ella. Ven. Démosle un giro a nuestra relación. Hoy te quiero complacer.

Ya en la cama los tres, Silvia tomó las manos de Juan e hizo que se deslizaran por el rostro de Rosa, quien hacía que dormía. En la intimidad se encendió el fuego y se juntaron tres cuerpos como si fueran sólo uno, era como un alimento al deseo. Caricias y sexo para tres. El trío amoroso que había sido la fantasía sexual de Juan durante mucho tiempo.

De regreso en su cama, y aún envueltos en esa atmósfera de licor y placer del disfrute de aquella nueva experiencia para ambos, Juan se atrevió a decirle:

—Sé que ambos hemos disfrutado. Espero me vuelvas a complacer con una mujer diferente.

—No, ahora deseo que tú me complazcas a mí y, para eso, el tercero debe ser uno de tus amigos.

—¡Ni se te ocurra! Yo no te comparto con nadie y mucho menos con uno de mis amigos.

—¡Ah! O sea, que si fuera un desconocido, entonces sí. Sería sólo una vez.

—Duérmete, no dañes el momento.

A la mañana siguiente, la pareja se despertó, pasaron por el cuarto de huéspedes y se encontraron con la puerta abierta, la cama tendida, como si nadie hubiera dormido en ella. Silvia empezó a llamar:

—Rosa, Rosa. —Un sentimiento de culpa los envolvía.

—Debe estar apenada con nosotros, sobretudo contigo, amor —dijo Silvia.

—Sí. Demos tiempo para que ella asimile las cosas. Tienes cara para un funeral. Linda, gracias. Sé que lo hiciste, porque creías que si no accedías te iba a dejar.

Así pasaron los días, el resto de esa semana y la otra y la otra... Entre tanto, de Rosa no se sabía nada. Era como si se la hubiese tragado la tierra. Durante el tiempo que siguió, no fue mencionado el nombre de la amiga; ella, no llamaba por teléfono y mucho menos

los visitaba. La pareja hacía grandes esfuerzos por comportarse de forma normal, sin lograrlo.

Dos meses después, la pareja fue al supermercado. De regreso a casa, tomaron una ruta diferente, se detuvieron en un parque a descansar: entonces la melodía de:

*“Fui tu gran amor, tu eco, tu voz,
Tu amanecer, el compañero de tu ayer
Te di, mi alma y mi hogar,
Mi juventud, mi soledad,
Amé tu cuerpo, tu sonrisa,
Tus defectos y caricias y ahora. . .”*

Los invitaba a ser parte de ese grupo de parejas que bailaban siguiendo los pasos de él. Una figura que por el color de piel y estatura contrastaba con el resto de los participantes. Era el instructor de aeróbicos.

— Soy Alex — dijo —. Bienvenidos, bailen, déjense llevar por la melodía, es una salsa romántica.

Alex se acercó a los recién llegados:

— Permítame bailar con su señora. Le mostraré lo sencillo que es.

— Bien, yo no soy bueno para esto, luego ella puede enseñarme — dijo Juan tratando de ocultar su irritación.

En ese momento sonaba el estribillo:

*“Otro ocupa mi lugar,
Otro, duerme junto a ti,
Él se lleva lo que amé
Sin pensar que mi camino se acababa...”*

Al terminar la canción, ellos se despidieron de Alex y del resto del grupo.

Alex dijo:

— Vuelvan el domingo. Siempre bailamos a esta misma hora.

Por la noche, en la terraza de su casa, Silvia rompió el silencio:

— Cariño, Alex podría ser el tercero.

— De nuevo con eso. ¡Te dije que no!

— Será como con Rosa — añadió Silvia —, es feo y no lo conocemos.

Juan estaba sorprendido de dejarse convencer por Silvia de proponerle al instructor el hacer un trío con ellos.

Allí estaban ese domingo bailando con los asistentes al grupo de aeróbicos. Al terminar la rutina de baile, la pareja invitó a Alex a su casa, y entre una copa y otra, fue precisamente Juan quien hizo la propuesta al invitado, quien no dudó en aceptar.

La mañana del lunes, Alex ya no estaba. Silvia no lograba borrar de su mente esa negra piel, esa figura corpulenta que al desnudo resultaba hermosa. Y fue entonces, cuando una mezcla de remordimiento y placer la acompañaron. Sólo pensaba en que el tiempo trascurriera rápido y de nuevo fuera domingo. Así que llegado ese día, Alex le preguntó por su esposo y ella respondió:

—Él no vino. Ya nunca más vendrá.

H

CIBERNAUTAS

Luz Katherine Castellanos Gil

H

Comenzaré mi columna semanal “Punto Crítico” lanzando al lector despreocupado un vago cuestionamiento: cuando se trata de captar la atención del público con fines comerciales, ¿cuál es el límite?, ¿hasta dónde está permitido explotar las necesidades, los gustos y las emociones del consumidor? Dicho de otro modo, ¿creen que todo se vale con tal de satisfacer el hambre de lucro? Para aquellos que se adelantaron a responder, será mejor que esperen a escuchar la historia de los “Cibernautas”, ocurrida el mes pasado aquí en la ciudad de Bogotá, porque seguramente los hará replantearse cuál es la realidad en que vivimos.

[...] Eran las 10:00 p.m y como de costumbre se da inicio a un programa radial llamado “Inzomnia” en una reconocida emisora juvenil, que por ahora conservará el anonimato con las siglas “L.C.P”. Después de la cortina musical habitual, el locutor abre el espacio de debate utilizando una temática bastante gastada: ¿qué locuras ha cometido usted por despecho? De manera convencional inaugura la discusión trayendo a colación algunas de sus experiencias personales, narra de manera jocosa la traición de la que fue

víctima en una de sus primeras relaciones, utilizando ese tono caricaturesco y obsceno que tanto atrae a los jóvenes. Luego habilita las líneas telefónicas para que los oyentes empiecen a participar con sus anécdotas callejeras y sus historias de perreo.

Después de varios folletines rosa, algunas vulgaridades y muchas carcajadas, un oyente llama especialmente la atención, por el rencor que refleja en sus palabras y la determinación de poner en marcha el plan que tiene trazado para vengarse de su novia, “—aunque tenga que sacrificar mi propia vida para conseguirlo”, —afirmó de manera contundente desde el principio de su relato.

—Llamar a la emisora fue el primer paso.

—El locutor en medio de risas intenta disuadirlo, sin estar muy convencido si se trata de una broma o del capricho de un neurótico obsesivo que se niega a ser abandonado.

—No te lo tomes tan a pecho, mujeres hay muchas, mañana ni te acordarás de esta traga maluca, te lo aseguro.

—Ya no hay marcha atrás, nuestra relación hasta hoy se mantuvo en la clandestinidad, pero voy a revelarlo todo, ya no me importan las consecuencias. Todo aquel que quiera conocer nuestra historia puede leerla en mi página de Facebook, mi nombre es Camilo Zuluaga... Recuerden bien ese nombre.

—Y colgó dejando en el más profundo desconcierto al locutor y a los oyentes, quienes empezaron a llamar frenéticamente a la emisora para expresar sus opiniones de rechazo o apoyo a la quijotada que había emprendido este despechado cibernauta.

Efectivamente como prometió frente a millones de oyentes, publicó una extensa diatriba dirigida a las iniciales: “L.C.P”, recriminándole su actitud cobarde para defender su relación de los comentarios malintencionados de la gente. Además de citar algunas infidencias de pareja como medio de provocación, la carta me sorprendió bastante por su estilo conmovedor y hasta cursi, muy lejano del tono sensacionalista que pronosticaba este tipo de historia, que sin lugar a dudas capturó la imaginación de los fanáticos de la red. A continuación transcribo un fragmento de la carta que fue publicada en el famoso portal de amigos “Facebook” por un amante furtivo llamado Camilo:

—Sé perfectamente que hago parte de tu historia secreta y tal vez por eso no resistí la tentación de escribirte en un raptó de inspiración suicida. Primero pensé en enviarlo directamente a tu correo electrónico, pero luego creí que sería más original publicarlo como carta abierta... ¡Puedo imaginar el enorme signo de exclamación que se dibuja en tu boca en este momento! No quiero que pienses que se trata de una vulgar venganza, ¡nooo!, ni más faltaba, o una serie de injurias sin fundamento con consecuencias nefastas, ya que “alguien” podría llegar a adivinarte a partir de “deducciones erradas y falsas conjeturas”, desatando “chismes y calumnias”. Para ser completamente franco, la idea de que toda la facultad pudiera conocer de primera mano detalles de nuestros encuentros furtivos, acabó por seducirme, y sé que puede sonar un poco morboso, pero como tú misma podrás confirmar una buena dosis de egoísmo es bastante conveniente para la salud.

Para empezar, quisiera acariciarte con el filo de mis palabras y aprisionarte fuertemente en ellas del mismo modo en que tocaste mi vida y la rasgaste para siempre. ¡Qué bello es recordarte, pero más bello es tener la lucidez para admitir que hay personas que son mejores como recuerdo!

¿A qué estuvimos jugando todo este tiempo?, ¿cuáles son las reglas de tu juego? Me lo he preguntado millones de veces desde la última vez que hablamos y aún no logro llegar a ninguna conclusión; tal parece que he pasado de ser el caballero andante a la doncella afligida, víctima del hechizo de una bruja malvada. Yo que no creía en sortilegios, ni en pócimas mágicas, y tampoco en brujas hasta que conocí los demonios del amor. ¡Cuándo el silencio se vuelve aterrador!, cuando se convierte en un silencio lleno de palabras, -como el que ahora compartimos tú y yo-, un silencio que duele porque no se atreve a confesarse a sí mismo lo que esconde.

No creo en tus arrepentimientos cobardes, en darle la razón a las circunstancias para no admitir que el qué dirán te importa más que nuestra relación. ¡El silencio también es una forma de amar? A veces se hace difícil aprender a descifrar el lenguaje del alma del otro, sobre todo si utilizas la razón y esperas que te amen en tus propios términos. ¡Qué estúpido!, eso pensaba cuando te conocí, ahora veo que sólo intentaba disuadirme con argumentos falsos

para no reconocer que en tu vida había una frontera invisible, que yo no podía cruzar.

Te halagaría saber que después de ti me convertí en la persona más práctica del mundo, es por eso que ahora lo encuentro todo perfectamente inútil. Trato de reflexionar y me repito que la única forma de protegerse contra la incertidumbre del futuro es apostarle al presente, y realmente quisiera entregarme sin reservas a vivir el aquí y el ahora, pero es difícil tomar la decisión de ser feliz, sobre todo cuando en lo más profundo estás convencido de que no lo mereces. Me duele no sentirme digno de luchar por lo que quiero, saber que no fui hecho a la medida de mis sueños.

Tal parece que para vivir no existen métodos, ni fórmulas, ni consejos que aplicar dependiendo de la ocasión, ese sentido que nos señala cuál es el camino correcto sólo se descubre en el acto mismo de vivir, tropezando, cayendo. Es inútil encasillar las emociones con pretextos y justificaciones, cuando el impulso más auténtico nos puede dar la felicidad, porque nos hace libres. El miedo a sufrir es peor que el propio sufrimiento, es como morir mil veces, reinventando futuros posibles basados en pasados que aún nos atormentan. ¿Cómo voy a continuar sin ti? No somos dueños del tiempo, ni siquiera de la vida, pero sí de nuestras decisiones, y algunas veces hasta esclavos de ellas.

Hace algunas semanas vi una película francesa, y una canción en particular me impactó mucho, se llama: “No me arrepiento de nada”, parafraseando algunos trozos, dice: “no me arrepiento de nada, ni del bien ni del mal, del mal que pude haber hecho o que me hicieron, no me arrepiento del placer ni del dolor, muchas veces quise diferenciar el blanco del negro y aprendí que son un mismo color, no me arrepiento de nada, porque gracias a eso soy quien soy...” Es cierto que no decides de quién te vas a enamorar, pero una vez desatado ese sentimiento puedes tomar la decisión de vivir o no ese amor. ¿Cómo quisiera decir que no me arrepiento!

A veces este silencio se viste de ausencia, a veces me dueles... A pesar de todo confieso que tengo ganas de ti, con todas las dudas que me generas, con la incertidumbre, con todo y la historia que llevas a cuestas. Parece una ironía, pero amar es aceptar a todas esas personas y situaciones que de alguna manera dejaron su huella en el

otro, porque por más terribles que hayan sido te ayudaron a convertirte en lo que eres. Sólo aquel que es capaz de aceptarte tal y como eres puede darte la felicidad que buscas... Cuando amamos, ¿a quién amamos?, ¿a ese ser íntimo que se esconde detrás de las apariencias o a la versión que más nos conviene creer de la otra persona?

Cuanto más intento olvidarte más te recuerdo, bien dicen que la presencia del ausente es la peor de todas. Esa es la gran paradoja del amor, abandonar la felicidad de sentirnos plenos para abrazar la soledad de vivir extrañando esa misma felicidad recreada en el deseo por el otro, y aprender a nutrirse de ausencias. Amar es como estar ebrio en ayunas, saciado en el deseo, acumulando los apetitos de una tentación. Amar es coleccionar ansiedades. Cuando te encontré, conocí una nueva soledad, y asumí el desafío de aprender a identificarla con la alegría.

Me gusta cuando jugamos a ser dos extraños y volvemos a escondernos detrás de un simple trato de cordialidad, un pacto sin palabras, sólo entre tú y yo. Y pensar que una ordinaria aula de clases fue el escenario perfecto para nuestro idilio, con la complicidad de numerosos testigos, un espectáculo que por estar expuesto a la vista de todos se conservaba como un secreto a voces.

Ante las constantes recriminaciones de mi familia, y las burlas de mis amigos, que me veían sólo como un juguete al capricho de una mujer mayor, -una primiparada más de un estúpido estudiante de filosofía-, yo me aferraba ciegamente a tus promesas hasta el punto de quedarme solo contra el mundo, finalmente ellos tenían razón. ¿Acaso ese maldito del Cárdenas era el siguiente en tu lista?, ¿ese nerdo te satisface más que yo?, ¿sabe usar mejor la lengua?, o ¿te volviste sofisticada y cambiaste el pollo por el cangrejo?

No te preocupes, no voy a rogarte más, esta vez soy yo quien dicta las reglas y vamos a vernos en la siguiente dirección: Calle 81 # 13-05, este sábado 21 de julio a las 6:00 p.m.". ¡Ni se te ocurra faltar o te juro por Dios que toda la universidad y el mundo entero va a conocer otros ángulos de tu perfil profesional!

Juzguen ustedes mismos, estos son algunos mensajes que recibió Camilo en su cuenta de Facebook:

—*Ese cuentico de la profe veterana y el alumno inexperto está muy trillado, trata de ser más original... por lo menos a mí no me funcionó.*

Cupidosolitario

—Simplemente quieres llamar la atención... lo peor de todo es que lo estás consiguiendo, ya tienes una admiradora.

Tigrillagazapada

—Deje tanta berreadera marica... mire que esa vieja h.p ya le debe haber mostrado el módulo introductorio a toda la facultad.

Elpapadelospollitos

—Ojalá alguien hiciera lo mismo por mí, porque hasta ahorita lo único que he conseguido con los hombres es ampliar mi licencia de maternidad.

Cansadadebesarsapos

—*¡Camilo mijo eres tú...?*

Renatavasquez

El día tan esperado había una multitud expectante que acechaba fuera y dentro de las instalaciones de un reconocido centro comercial de la zona rosa de Bogotá llamado Atlantis (*¿...?*), un momento, *¿Centro Comercial Atlantis?, ¡síííí!*, como lo oyen, esperando que sucediera “algo inusual” que delatara la identidad de los desafortunados amantes en cuestión, para conocer al fin el desenlace de esta historia.

Los chismosos de la red deambulaban por los pasillos del bulevar mirando desprevenidamente las vitrinas, mientras observaban minuciosamente los rostros de los transeúntes para descubrir entre ellos a Camilo. Al cabo de una hora parecían decepcionados y francamente enojados por tener que admitir la razón que los había congregado allí: la curiosidad por un asunto tan banal, que seguramente debía ser una broma ociosa. De pronto estalló con estridencia una pista de música electrónica y una valla gigantesca se desplegó desde el último piso, con la foto sonriente de Camilo y una leyenda que decía: “Prepárense para conocer a L.C.P”. La gente se

volcó frenética sobre la baranda de los corredores. Acto seguido, un objeto similar a una cápsula espacial comenzó a emerger en el *hall* de la entrada del edificio, cuando se abrió en medio del humo y las luces de discoteca, apareció una modelo diciendo con la usual pantomima cinematográfica: “—Bienvenidos al lanzamiento de la revista LOS CUARENTA PRINCIPALES, edición Latinoamérica”.

H

COSMONAUTA

Jorge Romero Polanco

H

¿Qué es el mundo? Te lo diré: es el ojo de un cíclope en atenta observación del vacío espacial. Siempre medio cerrado por un párpado de noche, mientras el sol quema el otro hemisferio. Irritado de polvo de estrellas, afectado por glaucomas de nubes y smog, cansado y viejo, como corresponde al ojo de un cíclope de tanta edad, ahora casi ciego, como si no fuese suficiente mala suerte el ser tuerto de nacimiento.

¿Puedes verlo? Claro que sí, mamá dice que ahora tú estás en el cielo; y no sabes cómo te envidio: yo anclado a este trozo de tierra mientras tú navegas en las constelaciones. Allí Orión, un cazador borracho que se va de bruces al tropezar en los peldaños de unas escaleras. Allí Sagitario, el mejor jinete del universo, salta cinturones de asteroides, esquiva anillos filosos y nebulosas de gas, como si estuviera en una peligrosa carrera de obstáculos. El espacio está lleno de seres increíbles, héroes, guerreros, dioses, todos chispeando en la oscuridad como una instalación navideña. Mira ese grupo de estrellas, tienen forma de cepillo, como tu cabeza. Creo que podríamos llamarlas Cara-de-David.

—¡Pacho! —grita mamá. Es mi señal: debo moverme rápido, entrar por la ventana y fingir que estoy haciendo cualquier cosa—. ¡Pachito!

Descuelgo una pierna, luego la otra, me balanceo, me estiro al máximo y me suelto. Paso por la ventana y caigo casi de puntillas, doy un par de zancadas hacia el baño y entonces la escucho, Francisco... cuántas veces le tengo que decir que no me gusta que se encarama en el tejado.

Giro y veo a mamá sentada en la silla del computador.

—¿No se da cuenta que se puede caer? Y no me diga que a usted no le va a pasar nada, porque todo mundo piensa lo mismo, que las cosas malas siempre le pasan es a otros.

Ella tiene aquella mirada híbrida entre la angustia y la decepción. Se levanta, se acerca, me toma de los hombros y olfatea mi aliento.

—Pacho, ¿otra vez fumando?

—¿Y qué? —digo, apartándome de su nariz detectivesca—. Papá también fuma.

—¿Alguna vez vio a David fumando? ¿No, cierto?

—No, ma, David nunca hacía nada malo, era como el puto Superman.

—¡Francisco!

—Lo siento, ma.

—Lávese las manos y baje a comer —dice, y se dirige muy despacio hacia la puerta, como si la sombra se le hubiese aferrado a los pies y tuviera que arrastrarla.

—De verdad, lo siento.

e

—¿Qué, otra vez lentejas? —dice papá, con la cara agría.

Y mamá: —Disculpe, es que como usted no ha sido capaz de hacer el mercado.

—Ya le he dicho que he estado muy ocupado.

—Sí, claro, ocupadísimo.

Intento distraerlos, meto la cucharada y digo que las lentejas están buenas.

—¡No se meta, David! —grita papá.

Y el agujero que mamá tiene en el pecho, se expande un poquito. A veces las palabras lastiman como navajas. Entonces mamá tiene que correr al botiquín para sanar sus heridas.

Quedamos atrapados en una especie de burbuja de aire denso, la gravedad aumentada pesa sobre los hombros de papá y lo encorva sobre el plato.

—Francisco, cómase su comida —dice él—; está muy flaco.

—Ya no tengo ganas de comerme esta mierda.

—¡Qué es esa forma de hablar! —dice, y hace el amague de quitarse la correa.

—¿Qué? —digo, mirándolo a los ojos— ¿Se va a empijamar tan temprano?

Antes de salir para su sesión de terapia de grupo, mi madre tiene que aplicarme compresas frías en las piernas. Lave los platos, acuéstese temprano, dice ella al despedirse. Los veo alejarse despacio por la calle, hundirse en la oscuridad en su pequeño coche, como Neil Armstrong y Buzz Aldrin en el Apolo 11, necesitan enfrentar el vacío antes de regresar sanos y salvos a casa.

Pongo música a todo volumen y me dirijo al cuarto de David. Abro la puerta. Mamá mantiene todo ordenado, la cama tendida, la colección de aviones a escala desempolvada. En la repisa una legión de guerreros comandados por Ares, me dirigen miradas furiosas. Como si los hubiese interrumpido en medio del asalto a una de las maquetas que hizo mi hermano: un castillo medieval con atalayas guarnecidas por catapultas hechas de palitos de paleta, puente levadizo y un foso de papel de estaño. ¿Y dónde está su rey ahora? ¿Vendrá en la mañana? Pero el día nunca llega, ¿verdad? Me acuesto en la cama de David a escuchar la pirotecnia de la batería y el corazón del bajo: el rock te hace desear mover la cabeza, te aumenta el ritmo cardíaco. ¡Pum!, ¡pum!, retumban los latidos, como si te estuvieran golpeando la cabeza con un bate; ¡pum!, ¡pum!, como si te sacaran el aire de un golpe en el estómago; ¡pum!, ¡pum!, como si te dispararan en el centro del pecho y sintieras cómo se te va la vida a borbotones mientras yaces en un frío callejón; ¡pum!, ¡pum!, como si unos

policías llamaran a la puerta a las cuatro y treinta de la madrugada; ¡pum!, ¡pum!, como si mamá gritara y papá golpeará la pared hasta abrirse los nudillos.

Creo que es hora de asaltar el botiquín y aprovisionarme con las llaves del universo, los hoyos de gusano que te conducen por el espacio sideral hasta el centro de una supernova, con todos sus intensos colores explotando en la cara de los agujeros negros. Cuando tomé una de esas maravillas, descifré el misterio de por qué mamá las usa: en su pecho hay un agujero negro con forma de David.

e

—Pacho, despierte, Pachito...

—Lo siento ma, me quedé dormido.

Ella intenta contener un sollozo, pero falla. Yo también lo extraño, dice, mientras me abraza.

—¿Y papá?

Silencio, ojos esquivos, manos como ratones que se esconden en los pliegues del vestido.

—¿Se volvió a encerrar en el sótano, verdad?

Ratones inquietos, ratones acongojados, ratones a los que se les comió la lengua el gato, vaya suba a su cuarto y acuéstese. Beso en la frente, en cada una de las mejillas, mamá me santigua la cara, me despeina aun más y me manda a dormir. Pacho, mañana le corto el pelo. Bueno ma.

Y la dejo ahí, en la oscuridad, como perdida en una ciudad de otro mundo: castillos medievales asediados por un ejército de figuras de acción, parques sin ríos pero con puentes y soldados de goma en lugar de niños, un rascacielos de cristal en cuya azotea aterriza un avión de la Segunda Guerra Mundial, David Bermúdez, estudiante de arquitectura, proyecto final de semestre.

e

—¿Corto o largo?

—Anoche estuvieron peleando otra vez, casi no me dejan dormir.

—¿Lo despunto o le paso la máquina con la número 3?

—Mamá...

—Bueno, entonces sólo lo despunto.

Tijeretazo aquí, tijeretazo allá, no mueva la cabeza que de pronto le corto una oreja. Me miro en el espejo y grito: ¡mamá!

—¿Qué?

Ahora tiene esa otra mirada, la de muñeco de peluche, la de niño cuando escucha la campanita del carro de los helados.

—Nada, ma, nada, es que me jaló muy duro.

—Listo, ya acabamos.

—Bueno, gracias. Me voy a bañar.

Entro al baño y me empiezo a desvestir; mamá llama a la puerta.

A ver...

—No se le olvide que hoy es sábado y regreso tarde del trabajo. En la nevera dejé la comida, caliente la suya y la de su papá.

—Fresca, ma. Y cuando vuelva tráigame una pizza, con coca-cola.

—Bueno, veré si puedo.

Desde que a papá lo despidieron de la fábrica de zapatos, mamá ha tenido que doblar sus turnos en el salón de belleza. Y eso está bien, así ya no la tengo encima diciéndome que el techo es para los gatos y que el cigarrillo quema los pulmones. Hago unos cuantos intentos de peinarme como de costumbre, pero es inútil, mamá me dejó el pelo como lo usaba mi hermano: corto y tieso, igual que un puercoespín. Muy bien, David, ahora ya somos dos 'caradecepillo'.

e

—¿Todo bien? —dice papá, cuando me ve en la entrada del sótano.

—Sí, le traje la comida.

—Déjela ahí y pase, pase —dice, indicándome una silla.

Entro, dejo la bandeja sobre una mesa y me siento. Papá está acomodado en su trono reclinable, a su lado una botella, en su mano sostiene el universo; o bueno, en realidad es un viejo disco de vinilo.

—¿Sabe que nada suena igual a estos? —dice, y enciende el tocadiscos.

Él levanta un vaso y propone un brindis, pero espere, vaya traiga otro vaso, mijo, y acompáñeme un rato.

Cuando me levanto y me dispongo a ir a la cocina, él me detiene:

—Mejor beba del mío que yo tomo de la botella.

Él sorbe, yo lo imito; es extraño: el whisky tiene el aspecto de una bebida dulce (¿Ginger ale? ¿Miel? ¿Jugo de mango?), pero te quema la garganta.

—Mire eso —dice papá.

—¿Qué?

—Los zapatos —bebe—. Antes se podía conocer quién era quién por el tipo de calzado que usaba. Ahora sólo usan esas cosas que fabrican en China —bebe; bebo—. Puras porquerías de mala costura, imitación de cuero y suelas de... de... —bebe.

A través de las ventanillas del sótano —básicamente es un hueco bajo la casa, una madriguera, como dice mamá—, se puede ver un desfile de piernas con sus respectivos zapatos —tenis, tacones, botas de goma—, y papá hace un análisis de cada uno, de su pésima calidad, del mal gusto, de esto y aquello, ya verán cuando llegue el invierno...

—Papá, mejor subo a mi cuarto.

—No, David, no, venga le sirvo otro.

—Papá, yo no soy...

—No me diga que usted no toma en la universidad, con sus compañeros. —Pone cara de malicia, da otro sorbo largo y dice—: ¿Y la novia?, todavía no me ha contado de ella.

—Bueno, pa, pero primero regáleme un cigarrillo.

Papá enciende un cigarrillo para él y me pasa la cajetilla y el encendedor.

—Cómo pasa el tiempo —dice—, parece que fue ayer cuando me tocaba cucharearle la comida, mijo, y ahora mírese, todo un hombre hecho y derecho, y ya casi a punto de terminar la universidad, ¡sí señor!

¿En qué se parecen papá y mamá? Pues en esa mirada común que a veces me dirigen, la de muñeco de peluche, la de niño cuando escucha el tilín-tilín del carrito de los helados.

Expelemos humo como un dragón al que se le ha acabado la gasolina pero aún tiene las entrañas calientes. Papá bebe directo de la botella, como si quisiera fundirse el corazón. Y yo también bebo de esta maravilla que parece una mezcla de aserrín disuelto en un vaso de lava. El disco llega al final y un sonido de estática llena la madriguera. Papá le da la vuelta y después se hunde en el sillón y cierra los ojos. Al poco rato ya está roncando y babeando. Lo arpo con una frazada de lana y salgo del sótano, no sin antes apropiarme de una botella nueva.

Subir las escaleras mareado es un poco difícil, una caminata espacial sobre un asteroide con la señal de alerta indicando que el oxígeno se agota. Pero logro llegar, abrir las ventanas y tenderme en la cama. A contraluz, las maquetas parecen la silueta de una ciudad sobre la faz de la luna, y las estrellas son ojivas de misiles en curso de impacto. Pero eso no importa, la ciudadela lunar fue abandonada hace tiempo, los lunáticos miraron el horizonte sin fin y añoraron estar allí, asomarse por el borde de la Vía Láctea, flotar en la inmensidad como los dientes de león en la cancha del colegio.

Diez, nueve, ocho... Las escotillas se abren igual que flores bajo el peso de la lluvia, la temperatura del espacio es neutra, el sol brilla y parece una fisura en la esquina de la escafandra... siete, seis, cinco... Mamá está perdida en la ciudad de la luna, las estrellas queman sus ojos y ella deambula encorvada como si le hubiese caído un fardo de tristeza desde la azotea de una maqueta de cristal... cuatro, tres, dos... Ahora todo el universo se mueve, planetas, quásar, el agua del sanitario, siempre en órbita a través del acetato oscuro, con papá gravitando en el centro de esa música que huele a polvo... uno, cero, ¡ignición! La nave asciende verticalmente, consume los tres depósitos de combustible en pugna por liberarse del campo gravitacional; los depósitos se desprenden y caen como botellas vacías. Con el último impulso logro romper la barrera de la casa y salgo disparado a bordo de una cápsula de Prozac, rumbo a galaxias muy, muy distantes.

NIGHT HOUSE

Astrid Martínez Fernández

H

*Yo no puedo pedir un aro de Saturno para mi delgado puño
ni una cinta de agua para amarrar tristezas.
En cambio, sí puedo ofrecer la excitante abertura
que centra mis labios.*

Clemencia Tariffa

La primera vez que la vi, me sentí atraída por ella. Era un día frío y la lluvia golpeaba la ciudad. La casa tomaba un aspecto descolorido, una casa azul, que desprendía olor a menta y sudor, una casa de apariencia normal durante el día, pero conforme a la oscuridad se iba transformando, alzándose con los avisos de neón para los que buscaban consuelo. Un consuelo efímero y placentero.

Aquella casa no superaba las cuatro plantas, era profunda. En la entrada se observaba una barra llena de licores, donde hombres viejos y algunos jóvenes desgraciados gastaban la mísera quincena en compañía de jóvenes voluptuosas. En el centro, una pista de

baile, en medio dos tubos de *pole dance* donde danzaban las más expertas, alrededor sillas y mesas para los clientes. En cada planta había extensos corredores, cuadros de desnudos hechos en óleo, los pisos estaban elaborados en un material semejante al mármol y las paredes lucían un color verde manzana, lo que daba una sensación de tranquilidad. Un pequeño *hall* de espera con muebles forrados en cuero negro y ocho habitaciones enormes, cada una con una confortable cama, adornadas vistosamente por la dueña de la casa. En el último piso, las habitaciones donde se alojaban las jovencitas.

Fui contratada para embellecer a esas pequeñas putas que no superaban los veinticinco años. No podía decir que no, como ellas no pudieron decir no, un no equidistante al vacío y al sufrimiento, como al hombre que no le dan a elegir entre la luz y la oscuridad y nace para permanecer ciego, de esta manera llegué a habitar esta casa.

Era sábado cuando Salomé llegó de vacaciones. Traía una enorme maleta y un abrigo colgando de su brazo. Estaba mojada, temblando del frío, el cabello desparramado, semejante a una niña que ha jugado por horas debajo de la lluvia, brincando sobre los charcos que iba encontrando a su paso. Su rostro se adornó con una sonrisa algo infantil. Las saludó a todas. Por último, la dueña de la casa me presentó rápidamente como la nueva estilista. Ella sostuvo su sonrisa y me saludó como si nos conociéramos de toda la vida.

Los días trascurrieron y yo arreglaba uñas, cabellos quemados, resquebrajados por el uso y el tiempo. Allí éramos dos las estilistas, así nos repartíamos las labores; entre todas las mujeres Salomé era poco exigente. Su rostro angelical la eximía de tanto maquillaje burdo y grotesco que solían usar las más usadas, las más amargas. Era fácil entrar en su mundo, en sus gustos sencillos y aun ingenuos. Fueron pocas las veces que hablaba de lo que le solicitaban los clientes o de su vida, tal vez buscando la manera de evadir esos instantes que se iban transformando en recuerdos que parecían mortificarla, no era mucho lo que ganaba, pero era lo suficiente para sobrevivir en una ciudad pesada, envidiosa, pequeña e ignorante, un pueblo con ínfulas de ciudad.

En ocasiones, me miraba con un aire de complicidad y solía desnudarse sin ningún tipo de pudor, la observaba frágil, sensual

mientras se acercaba con pasos lentos como un felino acechando a su presa, podía jurar que lo hacía de manera intencional, que disfrutaba verme ruborizada, intentando salir de la habitación apresuradamente. Luego de esos episodios, solía llamarme como si nada hubiera pasado, para que continuara con el ritual de belleza riendo disimuladamente.

Muchas veces pensé en renunciar. Desde que ella llegó, los días dejaron de ser iguales. Las noches se hicieron largas y un pensamiento no dejó de rondar mi mente, cómo no recordarla blanca, sensual, apetecida por muchos, más aún por su corta edad, sus ojos claros, delgada, esbelta, tendida en el diván rojo de la enorme habitación, y esa excitante abertura de los labios, sus pequeños senos, blanquísimos como ella. En esos instantes me hubiera gustado lanzarme entre esos pechos, mordisquear sus labios húmedos, enroscarme en esa cintura tan breve como la noche, noches perdidas cuando vendía su cuerpo al mejor postor. Esas noches alucinantes por el alcohol y la cocaína que solía consumir antes de entregarse a su oficio.

Muchas noches soñé enredándome en ese cabello que desprendía un olor a almendras, apretando su cuerpo junto al mío y convenciéndola de que era mejor estar lejos de esta agreste ciudad que nada ofrecía, de esos hombres fofos y gordos llenos de billete y totalmente desgraciados, pero yo que era una cobarde, hija de padres conservadores, educada bajo principios católicos, me remordía la idea de haber descubierto que Salomé taladraba en mis pensamientos.

Un viernes, como era usual, le arreglé el cabello, las uñas y luego la maquillé. Un silencio grave rodeaba la habitación. Esta vez no pronunció palabra. Al cabo de un tiempo un suspiro hondo y triste emergió de ella, me fijé en su rostro. Pensé en su soledad, en su trágica belleza que la condujo a ese lugar. Al terminar recogí los elementos, me aproximé a la puerta para salir de la habitación. De repente, ella rompió ese mismo silencio, se levantó brusca y rápidamente de la silla dirigiéndose a la puerta y puso el seguro, se quitó la bata que ocultaba su desnudez, tomó mi rostro con las dos manos y lo acercó al suyo, cerré los ojos queriendo omitir su imagen, para no hundirme en sus ojos llenos de soledad, sentí su aliento fresco respirando en mi rostro, y la humedad de sus labios en los míos.

Siguió besándome hasta dirigirme al borde de la cama, hábilmente me quitó cada prenda y en par de segundos estuve desnuda. Se volcó sobre mi cuerpo tembloroso y torpe, sus manos sostuvieron las mías y recorrieron aquel cuerpo impregnado de lluvia y melancolía. Algo en mí estaba cambiando, seguí recorriéndola sin ayuda, sentí su humedad, el sabor a noche, a lágrimas pesadas, a licor barato. Me enrosqué en ella, tan trasnochada, en ese cuerpo profanado muchas veces, lamí sus pezones blandos y rozados, y su olor, ese olor a almendras salpicó toda la habitación, ese olor, que por un instante compartimos.

Un sueño pesado me arrastró a lo hondo de la cama, un sueño que no logro recordar. Cuando desperté, ella no estaba. No sé cuánto tiempo pasó, era tarde, recorrí la habitación intentando revivir cada detalle, pero faltaban cosas. Las pertenencias de Salomé no estaban. Me detuve en la ventana. Ella estaba ahí como la primera vez, su maleta y el mismo abrigo con el que la vi llegar también la acompañaban. Minutos después, un hombre corpulento vestido de negro llegó en una camioneta. El mismo hombre subió el equipaje y abrió la puerta. Salomé observó la ventana, vi en sus ojos un adiós sin regreso. La vi partir.

Desde entonces, no he sabido lo que es fundirme en otro cuerpo que no tenga ese mismo sabor a lluvia y a melancolía. Decidí embriagarme de licor barato, de lágrimas pesadas, de sudor, de cuerpos trasnochados, decidí ser odiada, ser excomulgada y venderme cada tarde y cada noche, a quien lleve tacones y minifalda.

H

UNA NOCHE ESPANTOSA

Sam Cuming

H

Fue una noche cualquiera para mí. Salí del trabajo en el centro a las seis y media como siempre y seguí caminando por la Gran Vía hacia mi apartamento, pensando en mis vacaciones que emprende dentro de tres semanas.

Era un viernes e iba a salir por la noche a una discoteca que se llama *Mamacita* a ver si podía conquistar algún churro por allá. Entonces me iba poner los *hotpants* multicolores con una camiseta exótica y mis tacones altísimos. ¡Qué aventura! Ya hacía tiempo que no me divertía desde que Miguel me abandonó.

Apenas llegué al cruce de la iglesia San Bartolomé tuve muchas ganas de orinar, algo extraño para mí, pero tenía un afán que no me dejaba esperar.

¡Qué cosa tan insólita! No había nadie alrededor, entonces me acucillé dentro de un arbusto lleno de flores suculentas, cuando sentí gotas de algo mojado cayendo encima de mi cabeza. Levanté mis ojos arriba y relumbrando de la luz de un foco de la iglesia rodeado por la oscuridad, la vi.

Colgada de una rama larguísima encima mío había un espanto en forma de un juguete —una muñeca cubierta de sangre que se escurría encima mío, gota por gota.

Claro que sí, ¡qué aventura! Me levanté corriendo, mojada, tacones rotos, ¡hombre asustada!

H

LA VIDA ES UN CUENTO

Clara Inés Ochoa de Baiz

H

Ese día le iban a adjudicar a mi hermana la casa de vivienda social, ubicada cerca de la mía. Quedamos de encontrarnos en la tienda de Don Pacho. Tenía una mesa en la calle con libros usados. Algo o alguien me impulsó a coger uno muy viejo de pasta negra que tenía en el centro la imagen de una luna hueca como queriéndome tragar. No tenía título ni nombre de autor. Lo compré y muy ansiosa me senté a leerlo mientras mi hermana llegaba. El índice eran trece cuentos sin título y numerados en desorden, y unas instrucciones de lectura donde solo debían leerse tres de ellos, en días diferentes y escogidos al azar. Escogí por impulso el cuento número once. Era un cuento corto, tonto y sin final. Lo ilustraba una carta de naipes con un signo de interrogación y el punto quedaba afuera. Un estruendo me sacudió del estado de shock en que me dejó el cuento y la ilustración. En segundos vi un taxi y una moto estrellados y mi hermana tirada en la esquina de la tienda. Recogí como una autómatas su bolso. La enterré al día siguiente. Llorando en una tristeza y soledad absolutas, caí rendida en mi cama por dos días. Solo recuerdo que desperté, cogí el libro, el bolso, y fui a la tienda de don Pacho a

tomarme un café. Abrí el libro en el cuento uno. Era parecido al canto infantil de la Rueda Rueda. “A la rueda rueda de luz y candela, coge la cartera y vete para afuera, si no quieres ir, acuéstate a morir”, y la ilustración de un duende con un morral lleno de bisutería de donde se caían pulseras y anillos con piedras en forma de estrellas. Me levanté de un brinco a pagar el café y me dí cuenta de que había cogido el bolso de mi hermana donde solo llevaba un billete de lotería. Era de la lotería del Cauca. El número 1952 correspondía a mi año de nacimiento y la serie 918 al mes y día de mi cumpleaños. Jugó el día del accidente de mi hermana. Temblando y muy nerviosa le pasé la lotería a Don Pacho para que me confirmara el resultado. Todo fue en segundos, vi la imagen de la carta del signo de interrogación con el punto en su sitio. Sabía que no era ganadora. Le arrebaté el billete a Don Pacho sin esperar oír su respuesta y me fui corriendo a mi casa en busca del libro. Lo abrí en el cuento siete. La página estaba en blanco. Quemé el libro. Y todas las noches escribo mi propio cuento, el cuento de mi día a día.

H

EN ALGÚN LUGAR DE LOS SUEÑOS

María Antonia López Bravo

H

Descubrí entonces que puedo amar en forma de unicornio, nunca serás mío, nunca seré tuya: siempre seremos uno, nos pertenecemos en nuestros recuerdos, en algún momento del día, en algún lugar de los sueños.

Juega a las posibilidades, al destino, al azar; en el fondo ella sabe que ya todo está escrito y aunque lo intente mil veces, en esta vida no coincidirán jamás. Se conforma con quererlo en secreto, gasta horas imaginando posibles canciones que nunca dedicará, cartas que romperá, palabras que jamás saldrán de su boca, y habitarán entre su cabeza y corazón. Siente alivio al asegurarse que aquel caballerito la cree lejana, independiente, ausente; entonces se da cuenta de que su orgullo le gana al amor. Lo ama a su manera, es un amor apacible y resignado; lo olvidará algún día.

A veces cree que lo quiere, otras que lo olvida y otras que lo vuelve a querer. Tenían un idioma secreto, un universo de códigos amables y por supuesto una digna banda sonora, las canciones de los

dos serán intocables, prohibidas y cuando llegue la amable melancolía no dejará de escucharlas una y otra vez.

Lo peor ya pasó, lo mejor vendrá. La mayoría del tiempo trataba de hacer un balance positivo de la situación y se consolaba con saber que cierto caballero la creía otra. Qué triste amor era este: no se podía gritar, ni sentir ni vivir. ¿Qué sentido tenía? Se supone que las maneras del amor siempre conducen a la felicidad, entonces ¿qué era lo que pasaba?, ¿tenía un nombre?, ¿existía?, ¿era premio o castigo? Llegaba así la afable nostalgia y sabía que esas letras, colores, percepciones y coincidencias de los días de oro eran dignas de un sueño de verano, de un amor de verano tal vez. Luego se preguntaba cómo serían los amores de primavera, y de inmediato recordaba su sueño de vivir un amor de otoño en Nueva York.

En ocasiones se sentía agotada, frustrada, enojada. Su amor se convertía en hastío, le pedía intervención al universo; pero no sabía qué pedir, le daba miedo que apareciera o desapareciera, no sabía qué hacer con él, mucho menos sin él. Aquel caballero era un deseo de esos que da miedo ver cumplido, pues se ve mejor como deseo que como realidad, ¿Qué era aquello? , una guerra sin contrincante, silenciosa y autodestructiva. Es increíble lo que puede llegar a hacer ese estado mental llamado amor. Los días oscuros la dejaban atrapada en la torre, no hablaba, no comía, no se bañaba.

Los días claros llegaban llenos de aire fresco, pensaba en lo bien que marchaban las cosas; era más de ella, menos de él. Era dueña de su universo y lo olvidaba. Se entretenía con nuevas propuestas, la inundaba una sensación de haber hecho lo correcto, se aplaudía por haberse mostrado de hierro, un hierro que el caballero hubiese podido fundir en cualquier momento. En un acto de rebeldía, jugaba a enamorarse de otros, abriendo la puerta a ciertos amores fugaces que la convertían en la mala de la historia, en la princesa imposible de algunos cautivos que la encontraban fascinante, como una sirena que vivía en las aguas prometidas. Todos la querían en sus vidas, pero ella, en secreto, sólo a él le pertenecía. Luego se instalaba la melancolía, estando convencida de no mover un dedo por traerlo de vuelta; lo veía mezquino y borroso, por eso jugaba a olvidarlo.

De repente, el ego del caballero detectaba el olvido y todo volvía a empezar; aparecía con una magistral canción, poesía, idea,

o un sueño de los dos, le decía que la recordaba, le volvía a llenar el corazón para que lo quisiera desde lejos, sin compromisos. Ella caía en la trampa, recuperaba un poco la fe y autoestima destrozadas. Al final, esos sentimientos eran pasajeros, las cosas ocurrían de manera sincronizada, él le permitía olvidarlo, pero también hacía que lo volviera a soñar; manejaba su amor como una campaña publicitaria, apostándole a la vigencia, sin exasperar al consumidor.

Él se alimentaba de su amor, o como se llame ese sentimiento que te invade desde la médula del alma, que tenía el don de la invisibilidad y de la imbecilidad. Sí, porque ella todo el tiempo supo, hasta cuando jugaba a quererlo que era una completa imbécil, él no merecía tanto espacio en sus pensamientos, ella era invisible para él, no le interesaba tenerla en su mundo, era un amor triste, no correspondido. Un amor suicida. Un amor de las legiones imposibles. Un amor egoísta. Un amor cobarde.

Él era un caballero tierra, nació pesimista, todo en su mundo costaba más de lo que debería, su espíritu derrotista lo acompañaba hace muchas vidas, era una especie de causa perdida que encantaba a las mujeres como ella, bienqueridas, con historias de *Disney* en su cabeza, era el típico caso de personaje de cuento de hadas al que le devuelven la fe con un beso, eso enloquece a cualquier mujer que quiera jugar de princesa salvadora.

Su realidad era otra, había sido malquerido, no conocía otra manera de amar que a las malas, su vida estaba llena de amores impuestos, cotidianos, conformistas. Cuando el destino caprichoso los reunió, él se encontraba más que cansado, amarrado a la rutina de un amor acostumbrado, de esos que son una tortura a cuentagotas, que te hacen fantasear con dejarlo todo un día y construir una nueva identidad en otro país, muy lejos de ahí. El consabido problema con ese tipo de amores es que terminan permeando el alma y cuando menos te das cuenta, estás envuelto en un ciclo de amores y odios, de pasiones y agresiones, que te hacen creer indigno de algo bello y diferente.

Ella llegó a su vida en forma de huracán, con olor a naranja y menta; refrescó su alma, le compartió su fe, le enseñó una vida posible, le contó historias bonitas al atardecer, se proclamó suya, sus nombres rimaban y sonaban a victoria, todo era música, amor,

imágenes, poesía, letras; los días de oro. El amor atemporal, suspendido en el instante infinito, en el momento perfecto. Después de volar un poco, la tierra lo llamó, aterrizó y pensó que ella no podía ser real, era un espejismo, una fantasía, un problema, un sueño prohibido. Entonces jugó a no quererla, a darle una lección, ajusticiarla por cuentas de vidas pasadas y dejó al caballero para abrirle paso al verdugo. Todo era vacío, silencio, daño, excesos, furia. Los días cobrizos.

Con el tiempo, el verdugo se dio cuenta de que el huracán había dejado estragos, en cualquier momento del día se encontraba deseando saber de aquella mujer problema, la bienquerida que él había malquerido. Tal vez estos sentimientos se agudizaban cuando ella vivía los días claros y optaba por olvidarlo. Se sentía como un verdadero idiota, le había roto el corazón a una sirena, y le iba a salir muy caro. Su soberbia se apartaba y empezaba con desespero a recoger los pedazos que quedaban, soñaba con ella, la quería de vuelta, la amaba a su manera, veía sus fotos, escuchaba sus canciones, deseaba dejarlo todo atrás y volver a las aguas prometidas.

La buscaba con medida, cuando ya no soportaba saberla en otras camas, lo hacía con enojo, la odiaba por la misma razón que la amaba; le enfermaba su alma buena. Y entonces llegaba la lógica patrocinada por su rebelde corazón, y pensaba que prefería las tierras conocidas que salir a conquistar las aguas prometidas. Se arrepentía de haberla buscado, pero era demasiado tarde, le había alimentado el corazón y volvían a conectarse por poco tiempo, pero el suficiente para permitirles vibrar de sur a norte. Aseguraban tres días con sus noches, los días paraíso.

Ella exorcizaba los demonios, no dormía, la lastimaban en las noches, se encontraba en un limbo que visto desde fuera parecía una historia de terror; pero no les temía, asumía que combatir a los monstruos que vivían debajo de su cama hacía parte de su propósito en la vida. Él quería vomitar, lo descomponía esa actitud luchadora, prefería el cómodo lugar de la derrota, no esperaba lo mejor de nada y el tiempo era su enemigo, sabía que un día moriría con una interminable lista de cosas por hacer, dejando atrás una larga fila de mujeres sirena, colibrí y mariposa echadas a perder, con un bulto de amigos y hermanos traicionados, de mierda, mucha mierda.

Él la odiaba, quería partirle el corazón y pegárselo con canciones, quería hacerle daño y remediarlo, no permitiría que nadie más encontrara su tesoro, a su mujer problema; quería destruirla y crearla de nuevo; jugaba a quererla, jugaba a olvidarla.

Así se debatieron hasta el final de los días, se amaron en secreto por cortas temporadas, nunca dejaron de reconocerse en poemas y canciones, se alcanzaban en instantes imaginarios; en la realidad se desconocían, eran dos sombras lejanas soñando los hijos que no llegaron, la casa que no construyeron y el amor cotidiano que nunca apareció. Hubo amores extensos, cortos y raros; se traicionaron más de mil noches y se extrañaron dos mil; hubo largas ausencias confundidas con olvido; hubo amores de invierno, otoño y primavera. Otras figuras más constantes se ganaron su amor, obtuvieron el trofeo. Los dos perdieron la batalla: ella, ante una mujer pausada, inteligente, bella y paciente; a él lo derrotó un ciudadano del mundo que no conocía la palabra miedo y llegó a cambiar toda la historia.

H

MALDITA FLOR

Isabel Rentería de Gutiérrez

H

Amaneció cansada, tres veces le había tocado cambiarle la pijama empapada en el sudor rancio que le producía el cáncer de huesos. Le pasó la mano sobre la frente y le dijo "... te voy a afeitar, y te daré un baño de gato". Con toallita y agua tibia lo limpió y le ayudó a vestirse. Lo besó y le susurró al oído: "...cuando caliente el sol, te daré un baño..."

Trece meses llevaba Daniel prisionero en la celda íntima de su propio cuerpo, inmóvil, cercado por un cáncer que lo había deformado, y le había hecho perder veinte centímetros de estatura. Su cuello había desaparecido, daba la impresión de que la cabeza le hubiera crecido y le saliera de los hombros, toda armonía entre tronco, brazos y piernas, había desaparecido para siempre. Mónica era sus pies, sus manos, su fuerza, su amor, su todo.

Un día el milagro se produjo, Daniel no solo se puso de pie, sino que caminó y logró bajar las escaleras. Fue el día en que Mónica organizó la bienvenida a Flor, la antigua novia de Daniel, a la que no conocía, porque vivía desde hacía muchos años en España. Recorrió

8.174 kilómetros de distancia y treinta años, para asistir a los últimos días de Daniel.

Pasados algunos días de la llegada de Flor, Mónica percibió que algo le pasaba. Supo, por la empleada, que Daniel ahora pasaba horas enteras hablando por teléfono.

—Daniel, anoche te oí decir al teléfono, cuando salga de terapia, subo a verte... ¿con quién hablabas?, ¿a qué te referías?

—No te preocupes...

—Oí que decías...por ti subo los cuatro pisos... ¿Con quién hablabas?

—No es nada, un compromiso...

—Pero no es solo eso, te he notado diferente, ausente, dime la verdad ¿te pasa algo?

—No, no me pasa nada...

—Daniel ¿no será por la llegada de Flor? puedes decirme...

—No fregués por favor Mónica ¿qué es eso?

Llena de dudas, escuchó una verdad, dolorosa pero verdad. En esos días, siguiendo la rutina diaria, llegó su gran amigo el enano Jaramillo, lo saludó y entre muelas le dijo:

—Hermano, pilas, se te nota que no la olvidaste, qué verraquera después de tantos años... y ahora... ¿qué?

—Cállate enano no sabes, cómo están aquí las cosas de jodidas...

Se hizo la boba, se calló, como si no hubiera escuchado nada, pero sentía rabia, sus sentimientos parecían un yo-yo, pasaba de la ira, con ganas de acabarlo, a la lástima, en ese estado se culpaba y se arrepentía, pobre, yo debo imaginarme cosas que seguro no están pasando, él es incapaz, se consolaba.

En ese tobogán de emociones, pensaba si los apodos de la noche de la bendita fiesta serían sólo bromas o algo más, a ella le decían “la Niña de Piendamó por el milagro de pararlo”, y a él, “El novio del año”.

Mónica sintió ganas de gritarle, pero se calló, lo dejó descansar, como todos los días, lo bañó y lo arregló, pero antes de salir, le puso el tema

—Ve Daniel, vos me crees boba o ¿qué? Lo que estoy pensando y sintiendo sí es verdad.

—¿De qué carajos estás hablando? ¿Otra vez con la misma joda?

—¿De qué carajos? Tú sabes muy bien de qué carajos hablo, tras de ladrón bufón, pendejo, crees que anoche no oí al estúpido del enano Jaramillo cuando te dijo....

No la dejó terminar, la interrumpió, y con un grito la calló...

—Definitivamente estás loca, sí, muy loca, lárgate y déjame en paz, infame calumniadora. Mírame cómo estoy, me estoy muriendo.

—Pobrecito, el calumniado, me vas a hacer creer que me lo estoy inventando, ¡ay... vida mía! Con esta bruja que se imagina y te inventa cosas... que horror

—Estás loca, celosa, ¿qué tal?

—En estos días lo que estoy viviendo... y a ti se te da por imaginar estupideces.

Mónica se fue sin una respuesta, no le contestó las preguntas, y quizás con un poco de culpa, terminó saliendo apresurada al trabajo. En el primer semáforo, a pocas cuadras de la casa, se dio cuenta que había olvidado su agenda, se quejó en voz alta, y muy molesta con ella misma, regresó a casa.

Abrió la puerta y en la mesa del teléfono vio la agenda, así que levantó el teléfono para informarle a la secretaria que llegaría un poco más tarde. Al levantar el auricular, escuchó en la extensión:

—Amor ¿Como amaneció mi muñeca? No sabes la falta que me haces, ¿nos vemos por la tarde?

—Claro que sí... ahí estaré muñeco, te amo, te amo, te amo... oye mi amor no escuchaste como si hubieran levantado el teléfono...

—No mi amor fresca, Mónica salió para el trabajo, y mandé lejos a la muchacha, para poderme quedar solo.

—¡Es que me da pavor!

—Bobita... mi niña linda... nunca dejé de amarte, nunca pude olvidarte.

—Daniel, eres un amor, no sé cómo pude vivir sin ti...

—... y yo sin ti...

—Qué felicidad, mi amor, después de treinta años poder estar juntos, es un sueño...

—¿Sabes linda?, he pensado tanto sobre esto que nos está pasando, siento que nuestro amor nunca concluyó... que la vida nos está dando el derecho, que nos había quitado...

—Mi amor... el pasado se nos vino encima y se volvió presente... por Dios esto es como un premio que la vida nos debía. ¿No crees?

Una tercera voz brutalmente descompuesta interrumpió el dulce diálogo.

—Miserable, canalla... descarado, seguí negándolo, sin duda me estoy imaginando cosas, debo estar loca, o estoy siendo víctima de mi imaginación, y tú desgraciada a eso viniste, gran puta...

Mónica sintió que le arrancaban la piel, temblaba, un hielo recorrió su espalda, se le secó la boca, palabras, palabras: “nunca te olvidé”... “nunca te olvidé”, “el derecho a expresarlo”, mentiroso, desgraciado... imágenes... comentarios... advertencias..., “Daniel nunca olvidó a Flor”, “el milagro de pararlo”, y “el novio del año”.

Mónica quedó paralizada, se repetía, qué bruta... ¿Cómo pude ser tan ciega?, ese maldito fantasma al que por años temí, está aquí, me escupe la cara y me roba, lo único que creí que era mío, mis recuerdos, ella siempre va a estar allí, metida entre los dos.

—¡Lo que faltaba!, se acostaron... ¿cómo pudo este desgraciado hacerlo con Flor?, llevaba más de un año sin tocarla, sintió deseos de matarlo, giró... dio la vuelta..., un ruido fuerte..., seco..., algo se cayó...el portarretratos de las niñas, sus hijas, se quebró el vidrio en los mismos mil pedazos en que se le partió su alma, y con ese sentimiento desapareció la ira... el deseo de matarlo, sintió miedo de lo que había sido capaz de pensar... lloró...

De dos zancadas se subió al segundo piso, sin color en las mejillas ahogada por el llanto, y ciega de rabia se paró en la puerta, en la cama Daniel, aún con el teléfono en la mano, la miró como un niño desconcertado.

—Eres un malnacido, una porquería, un malagradecido, infeliz, no solo caminaste por ella, ahora entiendo lo del milagrito, sí... no solo te paraste, también te lo paró, y yo, estúpida, compadeciendo y respetando tu impotencia, qué ternura, canceroso para mí y apasionado para ella, desgraciado.

Y sin pensarlo mucho, tomó lo primero que encontró, un voluminoso directorio telefónico que estaba sobre la mesa, y lo

disparó certero a la inmensa cabeza de Daniel. Desde ese mismo instante el dolor quedó en su alma, tan profundo y largo como el grito, salió de la casa y se prolongó por las calles en dirección a la avenida: ¡maldita Flor!

H

RELANCINA

Holguer Alfredo Cruz Bueno

H

Maldita sea, juega otra vez el seis de espadas...

El rostro pálido, tres gotas de sudor aparecen por los alrededores de la nariz. La mano izquierda, huesuda y fría, sostiene apretado el manajo de cartas, mientras la otra, temblorosa, rasca la nuca del vendedor marcadamente entristecido, desesperanzado por dentro y por fuera.

Juega otra vez el seis de espadas —piensa. Echa a las nubes la suplicante mirada mientras de reojo observa el cajón para comprobar que el escaso surtido sigue ahí.

El ruido del motor de cada bus es como una alarma que automáticamente detecta sus oídos: siempre pendiente, siempre atento, esperando a que algún conductor le haga la seña para correr a vender un cigarrillo o una menta.

¡Maldita sea!, juega otra vez el seis de espadas...

Miguel Sánchez sabe que volverá a perder, no hay cómo echarse para atrás, la apuesta ya se hizo, no hay escapatoria, tiene la baraja entre las manos; como sea debe enfrentar el juego.

Los ojos de Miguel Sánchez se entierran casi derritiéndose en la figura de la sota de copas que yace sobre el pedazo de cartón que tantas y tantas veces han utilizado como mesa de juego. Le parece la más bella. La ha tenido cientos de veces entre sus manos y jamás lo ha defraudado. Ahí está, desmaquillada por el sudor de los jugadores, mil veces manoseada por todos, achatada y arrugada en las puntas —como las otras treinta y nueve—. Para Miguel Sánchez es la más hermosa, la misma sota de copas que nombran en la canción ranchera. Es su amuleto, si no la tiene, entonces puede perder la jugada.

Cada vez que lanza una de las cartas, repite la misma rutina: una mirada al cielo, otra al cajón, luego envuelve las cartas con su mano izquierda, mientras con la derecha se rasca la nuca, al tiempo que aprieta con sus dientes la colilla del cigarrillo y sin retirarla de la boca, escupe lanzando con potencia un disparo de baba amarillenta que amenaza con pegarse a la bota del pantalón antes de chocar contra el piso.

Ahora que el juego le ha salido tan malo, Miguel Sánchez mira las nubes, deja escurrir sus ojos hasta el cajón donde exhibe un par de cajetillas de cigarrillos pegadas con un pedazo de caucho flácido y sucio. Sobre la base del cajón permanecen huérfanos y casi olvidados, algunos caramelos de café y de menta. Una pequeña bolsa plástica arrugada y polvorienta deja ver en el fondo la última barrita de *supercoco*; son deliciosos, pero cuando se dejan mucho tiempo, saben como a baúl, como a cuarto húmedo, como a lágrimas de madrugada porque las lágrimas de madrugada saben diferente. Cerca del compartimiento donde se supone deben ir las monedas, hay una estampa del sagrado corazón descolorida por el tiempo y laminada con la mugre y el sudor de las manos que tantas veces la han tocado implorando ayuda.

El caballo de copas, aunque supera la sota, no le alcanzará para hacerse con la mano, pero se arriesga a jugarlo, al fin y al cabo da lo mismo lanzar cualquier carta. Está resignado a perder. Desde que vio el seis de espadas en su juego, tuvo un presentimiento que lo desequilibró por completo.

Antes de relanzar su próxima carta, le viene a la mente el recuerdo Carmen Solano, su hembra. Aquella que durante los

últimos treinta y cinco años compartió alegrías y angustias; la misma que llevó hace tres meses, con la plata que le prestó su compadre Rosendo, al cementerio de Pueblo Nuevo. Ella misma había pedido que la enterraran en su pueblo natal, esa era tal vez la única manera de regresar a la tierra de donde salió un quince de agosto después de la primera comunión de su hermana menor. Desde entonces nunca volvió a ver a su familia; desde entonces, nadie en Pueblo Nuevo supo de ella.

Tenía los cabellos largos y brillantes, siempre recogidos, enrollados hacia atrás, colgados casi en desorden y haciéndole marco a ese rostro hermoso, suave, fresco que tiene las mujeres campesinas. Su piel dorada como las tejas de barro cocido, sus piernas perfectas, largas y delicadas como un par de cigarrillos finos y sus caderas que se mojaban redondas y completas cada vez que sacudía alguna prenda contra la piedra de lavar.

Carmen Solano era un espectáculo gratuito para jóvenes y viejos, quienes con algún pretexto se arrimaban a la orilla del camino para verla desde el puente lavando ropas ajenas. Era una mágica fusión de paisaje y mujer.

Miguel Sánchez jugó casi mecánicamente dejando el seis de espadas para el final. Vivía con la mente fija en el recuerdo de su hembra. Estos amigos, aquellos esporádicos y temporales compañeros de juego que con el paso de los años, y desde cuando en el año ochenta y cuatro, Miguel Sánchez había montado la ‘ventorrilla’ de caramelos y cigarrillos, venían de paso a jugar unas cuantas partidas de relancina, no tienen idea de que en el fondo de aquel hombrecillo, ahora en el ocaso, se esconde un enjambre de pasiones; todas ellas vividas con su Carmen. La Carmen Solano que ya no está con él. La que hace algunos días y con el dinero que le prestó el compadre Rosendo Mantilla, tuvo que quedarse en el cementerio de Pueblo Nuevo.

Un día le dijo que se vino a la ciudad porque quería estudiar y viajar. Era lo que escuchaba que los Orellana le decían a sus hijos: “Estudien para que algún día sirvan pa’ algo”.

Cuando la conoció estaba de permiso porque el Sargento Peñuela lo había premiado por sapo. Le tocó denunciar a Cáceres por haberse robado los casetes del carro del Sargento.

Carmen Solano se bajó del bus y se lo encontró de frente. Traía los ojos llorosos, estaba muy asustada; con rabia, pero asustada. Danilo, el hijo del dueño de la lonchería, había estado acosándola desde hacía rato y no sólo se lo pedía con descaro, sino que últimamente le había dado por mandarle la mano para tocarle las nalgas. Le dijo a Elsa que se fuera a limpiar las vitrinas de adentro para que los dejara solos. Le puso la mano en el pecho y la empujó hacia el cuarto donde guardaban las cajas de envase. Le metió la mano por debajo de la falda. Debió sentir la suavidad de su piel entre las piernas y la fabulosa carnosidad que bordeaba su sexo. Debió sentirla porque alcanzó a romperle las pantaletas. Carmen Solano sacó fuerza desde el alma y le pegó un botellazo en la cabeza. Luego le gritó a Elsa que la ayudara, mientras terminaba de acomodarse el vestido. El gordo Danilo se tocó la herida y con la mano ensangrentada se apuró a guardar el pene que comenzaba a ponerse rígido.

—¡Yo no me aguanto más a este hijueputa!, podrá ser su hijo o lo que sea, pero si me vuelve a tocar: o lo mato o le echo la policía. ¡Pero a mí me respeta! —le gritó Carmen Solano a Don Rogelio, antes de salir corriendo decidida a quedarse sin trabajo, pero con su dignidad.

Miguel Sánchez fue, ahí, como un paréntesis en la vida de Carmen Solano. Desde el momento del incidente, era el primer uniforme de cualquier autoridad que veía. La vestimenta de soldado le inspiró confianza y le proporcionó una extraña sensación de seguridad. Miguel Sánchez no era más que un recluta y estaba desarmado, pero Carmen Solano se sintió respaldada por todo un batallón.

El pensionado jugó su última carta. Era el dos de espadas, una carta que nadie esperaba porque cualquiera le podría ganar, incluso el seis de espadas. Miguel Sánchez miró las nubes, repasó su vista por el cajón fijándose en el sagrado corazón y esperó a que jugaran el loco y el taxista. Su mano izquierda apretó el seis de espadas con la misma fuerza que había apretado la mano de Carmen Solano aquel primer día. El mismo día que prometió cuidarla para toda la vida.

Cuando salió del cuartel, el mismo Sargento Peñuela lo recomendó con Don Jorge, un viejo comerciante que le dio trabajo como vigilante de día, con el compromiso de que estudiara de noche. Recibió el trabajo, pero no estudió.

La primera noche que pasó junto a Carmen Solano fue como una de esas escenas que se escriben al final de un cuento de hadas. Ese día Miguel Sánchez cambió de religión. Se dedicó a leer diariamente la Biblia de su espalda y construyó un altar en sus pezones. Cada vez que quería, ella le permitía recorrer la sacristía de su cintura y encerrarse en el confesionario de sus piernas.

Carmen Solano no había podido estudiar como los Orellana le insistían a los hijos; pero sabía que ya era alguien, que significaba mucho para alguien. Al fin y al cabo era todo para Miguel Sánchez.

El loco lanzó con rabia el cinco de copas, haciendo saltar las cartas. El caballo se corrió y dejó ver la sota de copas sobre el cartón. Ya estaba jugada, pero estaba igual de hermosa. Sucia y ajada, pero Miguel Sánchez la veía preciosa.

Carmen Solano se parecía a la sota de copas. Sus piernas habrían podido salvar a Miguel Sánchez de momentos como el que estaba a punto de vivir. Sus delicados quejidos y sus jadeos quedaron grabados en las paredes de los aposentos de las casas de inquilinato donde compartieron noches de pasión, mañanas y tardes de locura. Ella sabía cómo agradecer cada jornada de trabajo y él no se hacía rogar para llenarla de gracia. Después de treinta y cinco años, con su piel ya no tan suave, su cintura desmoldada, sus piernas y sus caderas añejas de cansancio, el hombre seguía disfrutándola con la misma pasión. Lo que el desgraciado del Danilo no había podido hacer, se lo gozó Miguel Sánchez hasta el día antes de que la vesícula de Carmen Solano reventara.

Los cuatro médicos que la habían visto decían que eran cólicos normales y que eso era por la menopausia y por un problema que tenía en la matriz. Por lo mismo que no pudo tener hijos. ¡Desgraciados!, pensó en voz alta Miguel Sánchez, lo único que les importaba era que la mujer firmara la planilla de atención de pacientes para poder cobrar la consulta, ninguno quiso ordenar los exámenes que necesitaba. ¡Qué malparidos! Así pasa siempre con la gente pobre, con los ignorantes; como ellos son los estudiados, hacen lo que se les da la gana y le dicen a uno lo que sea con tal de quitárselo de encima.

El taxista soltó una carcajada, mientras dejaba caer sin gracia el as de bastos. Era una carta que sumaba puntos pero no le servía

para esa mano. La mesa que había jugado el pensionado era el dos de espadas y nadie, ni el loco ni él, habían tenido espadas para ganar esa mano. Conservó el as para nada. Su carcajada señalaba lo estúpido del juego. Si nadie tenía espadas superiores al dos, entonces el pensionado se ganaría toda la partida con esa carta tan insignificante.

Miguel Sánchez no podía creerlo, estaba a punto de ganar la mano con el mismo maldito seis de espadas que tantas veces le había hecho perder. Miró nuevamente las nubes, giró hacia el cajón para agradecer con su mirada al sagrado corazón. Con ínfulas de ganador estiró la mano para soltar la carta.

En ese momento, sintió el vaho que llegó antes de la explosión. La bomba estalló en el parqueadero de la fábrica de colchones tumbando muros y portones de lata. Las esquirlas se incrustaron en las costillas y en el rostro de Miguel Sánchez, en el pecho del loco Freddy y en la cabeza del taxista Gustavo Castillo. El pensionado Daniel logró sobrevivir.

El informe policial quedó redactado así:

“N.N. de aproximadamente 63 años de edad, al parecer vendedor ambulante, conocido en el medio como “Sánchez”. Presenta múltiples heridas en la parte frontal de la cabeza con exposición de globo ocular izquierdo, heridas y laceraciones en el tórax y amputación de dos dedos de la mano derecha. Su cuerpo permanece en la morgue local, sin que alguien se haya presentado a reclamarlo.

Freddy Flórez, alias El Loco, natural de El Banco Magdalena, 57 años de edad, antiguo pastor de una iglesia, acusado por abuso sexual en varias menores que asistían a sus rituales, pagó una condena de diecinueve años de prisión en la cárcel modelo de Bucaramanga. Al cumplir la condena se dedicó a las ventas ambulantes en los alrededores de la plaza central. Registró múltiples heridas, especialmente en el rostro, el pecho y los genitales.

Gustavo Castillo, taxista, 49 años de edad, natural de Barbosa, Santander. Ocupó diferentes cargos públicos en la alcaldía y en la gobernación. Trabajó como asistente personal de varios parlamentarios. Fue retenido en varias ocasiones por explotación e inducción de menores a la prostitución. Registró heridas producidas con esquirlas en la parte posterior de la cabeza.

Daniel Beltrán, 62 años de edad, natural de Girón, Santander. Maestro de escuela pensionado. Continúa bajo observación médica”.

Las cajetillas de cigarrillo, las mentas y los caramelos de café quedaron flotando entre charcos de sangre. La sota de copas desapareció con la vida de los tres jugadores de relancina. La mujer que vende café se salvó porque no alcanzó a llegar al sitio; de todas maneras nadie supo cuál de los jugadores perdió los tintos de la apuesta.

H

LA MULATA QUE CANTABA JUNTO AL MAR

John William Archbold

H

La fiesta había terminado, pero el ardor no dejaba de danzar sobre sus dedos. Ella se miraba las manos, hinchadas y coloradas, invadidas por burbujas de piel que se empezaban a llenar de un líquido amarillento. Efigenia se quemó varias veces, mientras cocinaba el banquete para los elegantes invitados, en su mayoría españoles de sangre azul y hacendados criollos con apellidos largos y bonitos. Sin querer, por supuesto, sus palmas tocaron leña al rojo vivo, calderos repletos de agua hirviendo, y en una de sus piernas también salpicó algo de aceite. Estaba realmente adolorida, pero aquello no era excusa para faltar a su presentación del viernes. Por el contrario, quería mojar sus quemaduras con agua del mar; su madre le enseñó que las fuentes marinas eran bendiciones para cualquier herida, pero también que la sal reclama con dolor el precio para secar las cicatrices.

Era el 14 de marzo de 1754. Por esos mismos días había memorizado los meses del calendario gregoriano y aprendió a escribir fechas; aunque todavía se enredaba al distinguir cuáles meses tenían treinta y un días y qué otros sólo treinta. Los veintiocho

amaneceres de febrero no se le olvidarían fácilmente, aunque lo del año bisiesto aún no lograba entenderlo con precisión. A Efigenia se le hizo más complicado aprender los números que las letras; en realidad todo fue difícil, teniendo en cuenta que le enseñaban a escondidas. Sarita, la hija de los patrones, una niña rubia y de ojos azules que apenas contaba unos doce años soñaba con ser monja, y de vez en vez se inmiscuía en las casas de los esclavos y jugaba a ser una maestra de convento. La polluela tenía talento, tres de sus ocho alumnos regulares aprendieron a descifrar las letras y usaron claves por escrito para planear un exitoso escape, eludiendo la maldición de ser esclavos para cometer el delito de convertirse en cimarrones. Efigenia conocía el plan, pero la última noche ni siquiera intentó acompañarlos. Estaba ansiosa, guardaba la ilusión de verle la cara al joven Francisco cuando regresara de España, después de cuatro años de ausencia; pero por otro lado, tampoco tenía deseos de arriesgar la única vida que conocía, de perder sus clases con la niña, de dejar la comodidad de pelar papas en la cocina, de abandonar sus noches de viernes junto a la playa.

Todos los viernes, los esclavos de la hacienda se reunían en el granero que estaba detrás de la casa grande; se congregaban para bailar y también para cantar, tocaban música y comían sobras de manjares que las cocineras sacaban a escondidas. Efigenia nunca departía con ellos, antes de nacer, ya había sido desterrada de aquel espacio. Sin mencionar que mientras los demás coreaban al ritmo de tambores y flautas, de pitos y maracas, ella prefería cantar frente al lamento del mar. Sólo la melodía de las olas era capaz de compensar el dolor en su voz. Así que salió de la hacienda y caminó por los senderos polvorientos y oscuros, al tiempo que bebía una botella de vino que sacó de la fiesta; el viento galopaba con afán, sus quemaduras no dejaban de gritar. Cuando se acercó a la playa, vio que la luna se alzaba sobre el horizonte, alrededor de un halo plateado. Ese arco de luz rociaba con su brillo el lugar donde nacían las olas. Efigenia sonrió, el mar parecía estar alegre de recibirla, y es que en realidad ya empezaba a extrañar sus cantos. Aquella playa estaba acostumbrada a que una voz negra acompañara las olas del viernes desde hace más de noventa años.

La primera en cantarle a la soledad de aquella playa fue su bisabuela. Ella había nacido en su verdadera tierra, su ombligo fue enterrado del otro lado del mar, en su hogar, donde todos la querían y nadie había mencionado nunca la existencia de una sangre limpia, u otra sucia. La bisabuela fue capturada por unos hombres pálidos que se vestían de metal, una tarde que pescaba junto a su madre, cerca de la costa donde desembarcaron aquellos intrusos. La madre de la bisabuela trató de defenderla con rasguños y mordiscos, y por eso los hombres mojaron con su sangre las espadas que cargaban. Se la llevaron a rastras mientras que en el pecho de su madre borbotaban sus últimas gotas de vida. La bisabuela desconsolada lloró por noches enteras, encadenada en las cámaras bajas de un galeón lleno de ratas y pulgas que saltaban de un cuerpo a otro. Lloró sin freno hasta que allí fue a parar su marido, el bisabuelo de Efigenia, a quien secuestraron en otro lugar mientras buscaba a su desaparecida mujer. La bisabuela se reconfortó al encontrarse de nuevo con su hombre, por ello no le importó cuando el barco zarpó y los varones fueron obligados a remar sin descanso. Había pocas mujeres, realmente muy pocas, entre algo menos de un centenar de varones. Fueron meses largos de incertidumbre y sufrimiento para todos, rodeados de suciedad, de hambre, de muerte.

El galeón llegó a su destino, a un puerto levantado frente a una ciudad de rígidas murallas en piedra. La ciudad tenía las ventanas atravesadas por amenazantes cañones de hierro. Aquella fortaleza infundía profundos miedos para los que sólo conocían el cerco de la brisa. Allí los separaron. Al bisabuelo se lo llevaron encadenado en una jaula de madera que había en la parte de atrás de una carreta tirada por mulas, acompañado de otros hombres. La bisabuela fue encerrada en una bodega del puerto con varias personas de piel oscura como ella, pero distintos a los que la acompañaron durante el viaje; tan diferentes, que no hablaban su misma lengua, y tampoco se entendían entre ellos. Un mal día terminó en una hacienda donde blancos y negros hacían lo que querían con ella: de día la obligaban a limpiar pisos y alimentar animales, de noche pagaba las consecuencias de ser la única mujer en un camarote donde dormían nueve hombres.

Una noche la bisabuela huyó. Caminó buscando una salida de aquella tortura y después de mucho correr se encontró de frente con el mar, el mismo mar que sigue allí, retorciéndose una y otra vez, movido por un reclamo constante, alentado por un ánimo sedicioso. La ambición de la bisabuela se desmoronó como si estuviese fabricada con arena de aquella playa. Supo entonces que hasta ese lugar llegarían sus pasos, pero también recordó que por ahí había venido, que era lo más cerca que podía estar de su tierra, del lugar donde su ombligo se unió con el polvo del que veníamos todos, y adonde todos volveríamos a parar. Así que empezó a cantar. Cantó los cantos de muerto que no le pudo recitar a su madre, cantó con el dolor de la mujer a la que le han negado el amor, cantó en su lengua y no en esa otra que querían enseñarle los blancos, le cantó al mar, con él celebró una fiesta triste.

No fue difícil que la atraparan de nuevo. La bisabuela de Efigenia ya estaba embarazada, el vientre había comenzado a pesarle. Para su pena no esperaba un hijo de su hombre; la tomaron tantos que ni siquiera podía imaginar quién era el padre. Mientras la empujaban de regreso a su presidio, la bisabuela sólo pensaba en lo que le diría a ese niño cuando naciera. Resolvió que jamás le contaría la verdad, que lo criaría como el hijo de ese hombre que amó a ambos lados del océano, por el que derramó lágrimas enormes esa tarde en que los separaron para jamás volverse a ver. La bisabuela se salvó del castigo por la misericordia de la señora de la casa, y en un gesto de agradecimiento llamó a su hija por el nombre de la patrona: Teresa. Cuando a Teresa se le cayó el ombligo, la bisabuela lo guardó en una bolsita de cuero de novillo en la que vino un perfume para el patrón. Dejó que se secase, lo mantuvo allí, por siempre, porque aquella no era su tierra, no era el lugar donde lo enterraría. Si algún día regresaba, ese día lo sepultaría, si nunca llegaba a hacerlo, aquello que la unió a esa nueva hija que dio a luz tampoco conocería el suelo.

Teresa contó con suerte; la bautizaron de pequeña, y por ser católica de cuna le regalaban los vestidos que ya no les quedaban a las señoritas de la casa. Ella empezó a trabajar a los quince, y no a los doce como correspondía; era la favorita de la doña, la misma que le regaló el nombre. Desde siempre trabajó en la cocina, no le tocaba

ensuciarse los pies y tenía oportunidad de comer algo distinto a yuca con carne salada. Mientras la patrona tuvo vida, Teresa estuvo bien, pudo aprender a coser, incluso tenía tiempo para coquetear con los esclavos que cargaban bultos en el puerto. Pero en cuanto la doña murió, la tildaron de maleducada y mañosa, y la vendieron a los dueños de una hacienda de ganado. Teresa fue ingrata, no solía visitar a su madre, sólo soñaba con comprar su carta de libertad y convertirse en puta, aunque dejó de importarle todo cuando a la casa llegó de visita un blanco de barba puntiaguda al que le gustaba mirarle las piernas mientras barría; se trataba de un sobrino de los señores, y hablaba más raro que ellos porque era siciliano. La abuela Teresa se enloqueció por él, deseaba beber su sudor, y él se ofreció a calmar su sed. Teresa se dio cuenta que estaba embarazada cuando el siciliano ya había regresado a España para casarse con una marquesa. Fue entonces cuando empezó a visitar el mar en medio de su tristeza, y cada vez que lo hacía se encontraba con su madre, sólo así se veían, sólo los viernes en la noche. Juntas cantaban aquellos mismos versos en honor a sus muertos, a los que ya no estaban en este mundo, y los que sencillamente no tenían vida desde hacía mucho, aunque sus corazones continuaran palpitando. Con el tiempo descubrieron que seguían cantando por el descanso de sus propias almas, que suplicaban al viento algo de sosiego en medio de tan paciente agonía.

Cuando a Teresa le nació una niña casi blanca, de ojos claros y cabello ondulado, se sintió halagada por el destino. Creyó que era el favor de su abuela muerta, de su padre perdido, de su madrina la doña, de Changó, de Oshún, de Elegua y Obatalá; los dioses de la tierra de su madre la escucharon desde las antípodas, Yemayá derramó bendiciones para su vientre. Por ello siguió cantándoles, les cantó para siempre, les cantaba en la iglesia mientras decía venerar a los santos de los blancos, ponía flores y velas para ellos frente al altar de Santa Bárbara y la Virgen de Regla, les rezaba en silencio mientras fingía mover sus labios para honor de los herederos de Cristo. Aunque a su hija no le inculcaría aquello. La abuela Teresa se sabía perdida, pero su niña tenía posibilidades; había que enseñarle cosas de blancos para que algún día pudiera lavar la mugre que aún palpitaba en su sangre.

Pero aquella niña casi blanca fue una rebelde que se resistía a limpiarse la sangre, casi con la misma vehemencia con la que se oponía a ser esclava. La madre de Efigenia decidió vivir diferente, incluso conoció la libertad. De joven se escapó con otros negros a los montes, para reunirse con los que habían huido antes, los que construyeron una esquina de paz en el rincón más inaccesible de la serranía, en medio de un bosque parecido al que habían dejado tan atrás. Allí construían casas de barro sin piedra y vivían con una tranquilidad que algunos no habían conocido. Allí en el monte le tejieron el cabello, un cabello difícil de tejer porque era más blando que el de las negras de sangre totalmente sucia. El entramado en su pelo indicaba el camino que debían seguir los demás para huir, los surcos en sus cabellos serían una guía de libertad para los que quedaron atrás. La madre de Efigenia regresó a la hacienda con la esperanza de que su ausencia hubiese pasado desapercibida, pero la descubrieron. Sus patrones le estamparon once latigazos y le raparon la cabeza, la presionaron para que delatara a los cimarrones, pero ella se negó. De nada sirvió que intentara protegerlos, porque días después unos soldados descubrieron el refugio; la mayoría fueron devueltos a sus dueños, los demás se supone que fueron a parar al infierno. Ella nunca abrió la boca, jamás les faltó, pero todos dijeron que lo había hecho, que los traicionó y se puso de lado de los blancos; que los pobres desertores cometieron un error, que nunca debieron de confiar en una mujer de piel lavada cuyo cabello no se podía tejer. Ella se cansó de intentar convencerlos de lo contrario, no pudo. Ya que fue desterrada de las fiestas de los negros, volvió a los festejos con su madre en la orilla del mar, y mientras más cantaba en la verdadera lengua de su pueblo, más negra se sentía. No le importaba que los demás la señalaran. Antes de nacer ella había estado dentro de un cuerpo totalmente negro, su alma era negra, de un negro transparente e infinito como las noches de luna nueva. Cesó los tormentos a voluntad. Con el tiempo se casó por la iglesia, con un negro puro, procurando asegurarle un futuro a su prole en el que no sufrieran las consecuencias de no tener una sangre lo suficientemente limpia como para ser considerados dignos, pero tampoco lo desgraciadamente sucia para compartir la maldición que Noé lanzó contra su hijo y su nieto, contra un pueblo entero.

Efigenia nació con una piel de cinamón, con labios muy gruesos y un pelo duro que se podía tejer. La abuela Teresa concluyó sus días frente a la playa, cantando y lamentándose de que su hija decidiera volver a ensuciar esa sangre que ella con tanto dolor quiso limpiar.

Ahora era Efigenia quien cantaba, aunque después de tantos años, y de pasar por tantas bocas, ya nadie sabía lo que significaban aquellos versos, sólo lo intuía en su corazón, en el recuerdo de las mujeres que precedieron su escenario. Efigenia no sabía que aquel canto era en honor a su tatarabuela, y a ese hombre cuya sangre no pudo heredar. En ese momento tampoco le importaba, ella sólo quería llorar, llorar por sus dedos quemados, llorar por la ausencia de su abuela, llorar por el joven Francisco, ese hombre que amó desde niño, él que le daba besos nocturnos a escondidas hace unos años, ese hombre que le prometió liberarla en cuanto se convirtiera en dueño y señor de su herencia para casarse con ella y llevársela lejos, a donde nadie los recordara, ni los señalara; un lugar en el que tal vez nadie se fijara en la limpieza de la sangre ¡Qué dolor! Dolor era lo que sentía en sus manos, dolor y pena cuando ese hombre al que tanto quiso, que tanto esperó, no la reconoció inmediatamente al verla, y que luego huía de su mirada con un evidente gesto de vergüenza, la vergüenza de olvidar lo que no se amó con rigor. Ese que vino del brazo de una mujer de cabellos dorados y elegante vestir a la que Efigenia tuvo que ajustarle el corsé de su vestido de novia, aquella que ayudó a ponerse bella para complacer los ojos del hombre que amaba.

Tantos años llevaban ella y las mujeres que la precedieron llorando frente a ese mar, que sufrir no debía parecer sorpresa. Era algo con lo que tenían que aprender a vivir, que sus hijos llevarían consigo por siempre. No era justo —pensó Efigenia—, ni vivir así, ni traer al mundo hijos destinados a padecer.

Siguió cantando con voz fuerte, quería ser escuchada hasta la inmensidad del horizonte, imaginó que allá, en el fondo del panorama, donde sus ojos no eran capaces de ver, estaba la tierra de la que fueron arrancadas, ella y la suyas, sus viejas madres que también olvidaron el significado de los versos con los que intentaban aliviarse el alma. Efigenia se acercó a la orilla y sumergió sus manos en la espuma que dejaban las olas tras agonizar en la arena. Las heridas

ardían en dolor, la sal estaba cobrando sus honorarios. Una lágrima deambuló por su rostro, la luna la iluminaba, de lejos parecía una gota de plata, pero nadie estuvo cerca para verla, ni para consolar sus dolores; tampoco para oírle cantar, ni degustar cómo la amargura de esa lágrima se perdía entre la sal del océano.

H

TIRADOR BAJO LA LLUVIA

Sandra Leal Larrarte

H

La bala atravesó la galería de tiro, tal y como se esperaba. No dio en el blanco. Todos lo miraron con preocupación, después de todo era el campeón nacional y de él dependía que Colombia obtuviera su cuarta medalla olímpica.

Al final, decidió salir por la puerta trasera, cuando ya todos se fueron después del anochecer. Esperaba con ansias que la neblina hubiera bajado también. Quería esconderse del mundo entero, hasta de sí mismo.

Ya no había neblina, pero estaba lloviendo. Una pared de agua lo esperaba al otro lado de la puerta del campo de tiro. Los chorros de lluvia caían sobre él. No intentó escapar del gélido líquido. Como si de un castigo se tratase, caminó despacio, dejando que el frío le enseñara que perder era natural. “Uno siempre está consciente de esa posibilidad, pero realmente nunca está preparado para perder”, se recordó a sí mismo la máxima que siempre daba a sus alumnos. Sin embargo, qué vacía y falsa le resultaba ahora.

La ciudad se inundaba poco a poco, pequeños ríos se iban formando calle abajo. La oscuridad sólo era rota por la luz mortecina

de los postes, que de vez en cuando aparecían e iluminaban las finas corrientes de los arroyuelos en la calle. El único sonido era el de la tempestad, acompañada por sus pasos chapoteando entre los charcos. Alguien pasó corriendo a su lado y le tumbó la tula con las armas, al agacharse a recogerlas, un automóvil dobló por la esquina y lo encandiló por un instante.

Lo comenzó a atormentar la idea de que esa luz significaba algo, que debía seguirla, y olvidando su tula comenzó a correr calle arriba. Un par de minutos después alcanzó a otro señor de saco y corbata, que también corría. De un almacén salió una mujer pasada de kilos y comenzó a correr tras ellos, no los perseguía, sólo llevaba el mismo camino. A ninguno le importaba la lluvia. Al fondo de las calles que cruzaban se veía siempre el borde de una luz.

—¿Usted vio la misma luz que yo? —le preguntó al hombre a su izquierda —¿La del carro?

—Yo sólo vi una luz y sentí que debía alcanzarla.

El agua era tanta y caía tan fuerte que casi no los dejaba hablar, detrás de ellos la robusta señora jadeaba con fuerza. Tres cuadras más allá sintieron piedad y la tomaron por los brazos, casi arrastrándola para que continuara la persecución.

—Y usted, *madame*, por qué viene —quiso saber el hombre de saco y corbata.

—Estaba en mi tienda, sola, cuando una luz de un carro que pasaba me hizo pensar que debía seguirla —contestó en resuellos la mujer.

—Podemos descansar un momento si quiere —sugirió el deportista. Ella se negó.

—Podríamos perder el camino y no saber para dónde se fue la luz.

En la oscuridad todos asintieron. Parecía irracional que tres personas adultas hicieran algo tan irreflexivo y sin sentido. Si se les hubiera preguntado acerca de eso, cada uno habría dicho que era una estupidez. Pero algo en ellos les impedía hablar del tema o aceptar que nada les impedía detenerse.

Al doblar la siguiente esquina, se toparon con otras cinco personas que corrían tras la misteriosa luz. La ropa se les iba descolgando de lo pesadas que estaban, a las mujeres se les corría el

maquillaje, parecían llorar lágrimas negras. Sólo que nadie lloraba, nadie parecía experimentar emoción alguna. Algunos respiraban por la boca tratando de capturar más aire entre los baldados de agua que fluían del cielo.

—¡Un momento! —gritó el señor que iba adelante, en tono alarmado. Se trataba de un hombre alto y canoso que parecía instruido. A su grito, todos se detuvieron— ¡Dónde está la luz, he perdido su rastro! Mis anteojos se han empañado y no veo bien.

—¡Está a cincuenta metros a su izquierda! —respondió una mujer muy guapa, que llevaba un traje de noche. Al verla, muchos se preguntaron cómo podía correr con esos tacones tan altos. Agarró el codo del señor y lo arrastró en la dirección correcta, todos siguieron corriendo con la misma intensidad que antes.

—¿No se han preguntado por qué los edificios y las casas están vacías? —indagó el tirador—. Pareciera que sólo estamos nosotros en la ciudad.

—Sí —jadeó la mujer a su lado, casi al borde del desmayo—. Me dio la sensación de que todos desaparecían unas horas antes de que la luz asomara.

—Todo se tornó silencioso y oscuro, y después de eso la luz llegó —añadió un hombre viejo y fornido, vestido con un enterizo azul oscuro muy raído, que se acercó a ellos. También hablaba con dificultad por la lluvia, o quizá por la carrera.

Miraron al hombre de traje y corbata quien sólo asintió en silencio. Con su mentón señaló al frente. La luz, que antes era blanca y única en esa ciudad oscura, se había subdividido en cientos de luces. El grupo de corredores se encontraba en esos precisos momentos en medio de una monumental plaza, apenas iluminada. Se quedaron pasmados por la sorpresa, por un minuto parecieron robots descontrolados que miraban hacia arriba y se chocaban unos con otros sin saber cuál luz seguir. Hasta que uno de ellos, un hombre relativamente joven vestido de negro, gritó: “¡ahí está, esa es!”, señalando a la esquina de la derecha. Todos al unísono, como accionados por un resorte salieron a correr tras la luz, la única y verdadera, la que el instinto les decía que debían seguir.

—No puedo creer que sigamos con esto —dijo el trabajador de fábrica, que quizás cansado de correr decidió quedarse en esa plaza.

—¡No se quede, siga! —le gritaron todos, pero él con un gesto los despidió.

Ese fue el primer sentimiento que apareció en ellos, el de la pérdida. Sentían que al dejar a ese desconocido dejaban atrás algo importante. La mujer del traje de noche se tapó la cara con las manos, llena de dolor, pero siguió corriendo. Un hombre gordito hizo pucheros, pero la mujer rojiza a la que ayudaban ahora con más esmero se estremeció por el llanto.

—No podemos hacer nada por él, si quiere detenerse es su decisión —le dijo el deportista olímpico.

—Sí, lo sé. Pero es que siento que he dejado atrás cosas y personas importantes... es como si hubiera abandonado a mis hijos.

—Cuántos hijos tiene.

Ella pareció pensarlo un rato.

—Cuatro, creo que tengo cuatro niños.

—Y por qué no está con ellos, dónde los dejó.

—¿Por qué no estoy con ellos? ¿dónde los dejé? —repitió la mujer y luego agregó como hablando con ella misma—. Dónde los dejé. No sé, sólo recuerdo que estoy quebrada, ya no tengo con qué alimentarlos... ¡Oh, dejé abierta la llave del gas!

De un momento a otro corrían más ligero, el deportista y el hombre de traje se miraron uno al otro.

—¿Dónde se ha ido?

—Sólo desapareció —respondió con sequedad el hombre que vestía como ejecutivo.

Continuaron con su carrera, pero tampoco paraban de pensar. “Es una paradoja temporal”, escuchó murmurar al hombre de la chaqueta amarilla, que tenía cara de saber mucho. “Dios mío sálvanos, Dios mío muéstranos la verdad”, musitaba el hombre delgado con traje negro, llevaba algo como una camándula e iba pasando las cuentas mientras seguía la travesía tras aquella luz.

—Usted qué hacía antes de ver la luz —lo interrogó el hombre de traje.

No supo qué decirle de momento. No quería pasar por la vergüenza de anunciarle a desconocidos que había perdido su último chance de ser campeón olímpico.

—Sólo caminaba por la ciudad.

—¿En la lluvia, en medio de la noche?

Se quedó mirándolo, cómo podía saber aquello ese caballero, pensó y luego recordó al hombre que lo empujó y le tumbó la tula antes de ver la luz. Suspiró entonces y sin darse cuenta le dijo toda la verdad, fue como quitarse un peso de encima, decirle a alguien que deseó morir, tirarse a un carro quizá, que sintió que la vida era un castigo. Era el momento de ser sinceros. El hombre le respondió con un suspiro aún más hondo y con la voz quebrada le contó su propia historia.

—Yo estaba conduciendo sin rumbo fijo, mi mujer me echó de la casa porque se enamoró de otro hombre, alguien muy parecido a usted. Bajo, atlético y de bigote. Yo amo a mi esposa y sin ella no sé cómo vivir, por eso no veía la carretera. De repente alguien saltó de la acera a la calle. No tuve tiempo de detenerme. Apenas me di cuenta de lo que había hecho, quise morirme. Me bajé del auto, vi la luz y el resto es historia.

—¿Usted quiso morirse por eso? —los interrumpió la mujer del traje de noche con un acento de burla, en medio de la lluvia se escuchaba el taconeo rítmico y rápido de su carrera—. Pruebe a estar embarazada y convertirse en el hazmerreír de su ex amante durante una velada de negocios. Pensé en tirarme escaleras abajo.

—Y por qué no lo hizo —preguntó el hombre de chaqueta.

—¿Por qué no lo hice?

—Por su hijo, claro —afirmó el deportista respondiendo por ella.

—No, pero si yo, sí... —comenzó a decir la mujer, pero se calló, pareció que iba a decir algo más cuando se tocó el vientre y se detuvo en seco.

Delante de los ojos de todos, la bella mujer desapareció. Sólo eso bastó para que todos cayeran en cuenta de lo que estaba pasando y comenzaran a desaparecer.

—Lo lamento mucho, nunca quise hacer daño —dijo el hombre de traje que a punto de llorar—. Atropellé a alguien y luego de hacerlo me di un tiro con mi propia arma.

El ejecutivo, al confesar, desapareció.

—Yo me tomé un puñado de píldoras por culpa de un amor imposible —dijo el de vestido negro y desapareció.

—Tengo cáncer, me disparé —admitió el hombre gordito.

Dicho esto, contrario a lo que había pasado con los otros, la luz pasó sobre él y desapareció. Sólo quedaban el deportista y el hombre ilustrado.

—Usted por qué no se va —preguntó el deportista.

—A qué —se quejó—. Creo que los que se van regresan a sus vidas, no quiero regresar a esa existencia marchita llena de sin sabores. Por algo me tomé esa sobredosis de píldoras, yo quiero tirarme sobre la luz porque sé que es la oportunidad de alcanzar el renacer, es otra opción.

—¿La reencarnación?

El hombre ilustrado se encogió de hombros, “no sé”. Entonces corrió rápido hasta alcanzar la luz y se sumergió en ella. El tirador quedó allí, siguiendo la luz. Sólo repetía “qué hago si a mí me atropellaron, yo no cargo culpa”.

H

EL HORRIBLE PÁJARO VERDE QUE PERDIÓ SUS ALAS

Fabián Mauricio Martínez G.

H

Mamá ha traído un jarrón con flores amarillas, me ha pinchado un dedo con una aguja y ha exprimido mi sangre en el agua. Mamá dice que la sangre de los niños es buena para las flores. Mamá me ha vendado el dedo y me ha pedido que salga a jugar al patio, porque el hombre de la bicicleta está por llegar y cada vez que él entra en la casa —tú lo sabes bien mi niño precioso— yo tengo que salir de ella.

En el patio he construido una casa para perros. Me llevó poco tiempo clavar las tablas y diseñar la estructura, la cual hice un poco más grande porque no tenemos perro, ni vamos a tenerlo. Me encanta meterme en la casa y dirigir mi propio circo. Suelo cazar saltamontes, sapos, hormigas y pájaros, a los que mantengo dentro de frascos de vidrio hasta que llega el momento de la función. Los espectadores, quienes son los muñecos que me ha regalado mamá, me gritan cuál debe ser el próximo número; en especial Ambarino, un muñeco con el pelo de lana roja y las manos de algodón, al que he quemado varias veces en la cara para que se vea más amenazante.

En ocasiones, Ambarino se mete en mis sueños y me muestra cuál es el siguiente número. Lo hace sin preámbulos, aparece con un taco de pólvora y una salamandra azul en las manos, o cortando con unas tijeras el rabo de un gato. De esa manera sé cuál será mi próximo número, entonces preparo todo. Me meto a la casa para perros y acomodo los muñecos alrededor de un círculo que dibujo en la tierra, un círculo que adorno con canicas de colores.

Hace poco capturé una araña cazadora y robé un pollito a los vecinos. Los encerré en un frasco que solía contener aceitunas. Puse el frasco en el redondel de las canicas de colores. La araña intentó cazar al pollito y el pollito, con su pico inofensivo, intentó dar cuenta del artrópodo. Pasaron los días y ambos murieron; pasados más días, ambos formaron una masa blancuzca que se esparció por las paredes de vidrio como la explosión de una bomba nuclear. Una bomba nuclear que estalló contra la bicicleta del hombre que visita a mamá.

Hoy he cortado un sapo por la mitad y lo he cosido con aguja e hilo rojo. Al número lo hemos bautizado *Sapo remendado*. Dejé al sapo en el centro del círculo junto a un saltamontes sin alas, ni patas. Los muñecos aplaudieron y animaron al sapo a que se comiera al saltamontes, pero no pasó. El sapo murió y procedí a liberar las hormigas en el redondel. El número de *Sapo Remendado* cambió de nombre por el de *Las hormigas devoradoras parte 100*. Las hormigas nunca fallan, pero ya lo hemos hecho tantas veces que los muñecos y yo, aburridos, abandonamos la casa para perros y nos vamos a mi habitación.

En mi cama, nos gusta leer. Leo en voz alta para que los muñecos se diviertan. A veces se asustan tanto que tapan sus orejas con sus manitas de plástico. Ambarino no se asusta, le encantan los cuentos de terror y me anima a que siga leyendo. Nos encantan los vampiros, los monstruos venidos del espacio exterior y los hombres que pierden la razón de un momento a otro.

Mamá me llama a comer.

Tengo que compartir la mesa con el hombre de la bicicleta. Mamá y el hombre sonrían. Yo no. Me limito a masticar y a observarlos.

—Hey niño, ¿tú nunca hablas?

—Se llama Augusto, ¿no te vas a aprender el nombre de mi hijo?

—Bueno, Augusto, ¿no hablas?

Yo los miro sin decir nada.

—Augusto, contéstale a Jorge, ¿sí sabías que va a vivir con nosotros?

—No me llamo Augusto, me llamo Tyranus, el gran Tyranus —y corto con mi cuchillo una papa bañada en mayonesa.

—Tu hijo está chiflado —dice el hombre de la bicicleta.

—Es sólo un niño —dice mamá—, el asunto, Augustico, es que Jorge vivirá con nosotros. Mira, Augusto —mamá se levanta de la mesa, va hasta a la cocina y trae una jaula con un horrible pájaro adentro—. Mira lo que nos trajo Jorge, es bonita ¿verdad?, una linda lorita para que le enseñemos a hablar, ¿me vas a ayudar Augusto?

—No soy Augusto, soy Tyranus.

—¿Vas a ayudar a tu mamá o no?, mocoso, malcriado.

—Déjalo Jorge, ya le irá cogiendo cariño a la lorita —y mamá deja la jaula sobre la mesa del comedor, y el horrible pájaro verde me mira con sus ojos negros.

Mamá y el hombre de la bicicleta brindan con jugo de mora, se besan con los labios manchados de jugo. Yo me levanto del comedor y voy a mi habitación. Llevo el jarrón con las flores amarillas y lo pongo junto a los muñecos, arrastro una silla hasta el armario, y del cajón superior, saco el único regalo que papá me hizo: un circo en miniatura.

Papá, quien según mamá, vendía puerta a puerta artículos para el hogar, pasó por el pueblo y se enredó con ella, manteniendo un romance de planchas y licuadoras, escobas y traperos, antes de que papá se marchara. Según mamá, papá le prometió que volvería por ella, luego de vender muchos electrodomésticos, ahorrar dinero y contar con una base sólida para formar un hogar.

Yo nací y papá no regresó. Siete años después, cuando yo empecé a preguntar por él, mamá escribió una carta (dirigida a papá) a la empresa de electrodomésticos. Papá volvió al pueblo y me trajo el circo de cuerda.

Mamá me vistió con un pantaloncito y tirantas, me peinó de medio lado y me dejó solo en las escaleras de la entrada de la casa.

Sentado allí, sin tener la menor idea de lo que iba a ocurrir, vi que una vieja camioneta se detenía al frente. Vi a un hombre muy viejo bajarse de ella, peinar su pelo con una peñeta azul, acurrucarse, mirarme con ojos sorprendidos y decir mientras abría los brazos:

—Hijo mío.

Yo apenas tenía siete años y sentí un fastidio enorme por papá. Papá, al ver que yo no me movía de las escaleras, suspiró, hizo mala cara, se puso de pie, fue hasta la camioneta, movió un par de aspiradoras y sacó un pequeño objeto cubierto por tela roja. Caminó hasta las escaleras y me alcanzó el juguete.

—Es para ti, Augusto.

Yo tomé el pequeño circo con mis manos. Descorrí la carpa roja y di cuerda a los payasos de alambre y perros de algodón.

Papá me acarició la cabeza y dijo:

—Augusto, la vida es como un circo, como ese circo que tienes en tus manos... ¿Ves?, somos payasos, somos ilusionistas, ¿me entiendes? —y me revolvió el pelo una vez más, antes de caminar hasta la camioneta, encender el motor y alejarse de mí y mamá.

Han pasado cinco años desde aquella tarde y aún conservo su regalo. A papá no lo he vuelto a ver, lo imagino en su vieja camioneta recorriendo el continente, llevando a cada pueblo aspiradoras, planchas y licuadoras.

Mamá aparece en la puerta de mi habitación. Lleva la falda desarreglada y solamente el sostén negro le cubre el pecho.

—Augusto, en la mesa quedaron los platos de la comida. No te duermas sin lavarlos —el hombre de la bicicleta arrastra de la cintura a mamá—, y por favor... no nos molestes.

Cierro la puerta con rabia. Descabezo las flores amarillas y trituro sus pétalos con mis manos. Me siento frente al circo en miniatura. Le doy cuerda e imagino el próximo espectáculo en la casa para perros. Pienso en su nombre y lo digo en voz alta: *El horrible pájaro verde que perdió sus alas.*

Los muñecos aplauden emocionados.

—Será un buen espectáculo Tyranus, una bella y terrible función —sonríe Ambarino con sus labios quemados.

—Resultará inolvidable, Ambarino —y arrojo los pedacitos de pétalos amarillos sobre los muñecos complacidos.

—Inolvidable Tyranus, ya puedo ver nuestro siguiente espectáculo —y los ojos de Ambarino se iluminan como su nombre.

H

ISLA GORGONA, LOS ROSTROS DE LA MEDUSA (CRÓNICA)

Lucy Amparo Bastidas Passos

H

Zarpamos desafiantes cerca de los manglares del río Guapi, en una pequeña lancha hacia mar abierto, cuatro turistas, una investigadora y dos tripulantes. Íbamos veloces golpeando de frente las olas del océano, con un inexperto maquinista que nos atemorizó, hasta que Moisés, nuestro guía, tomó el timón y enderezó el curso de la embarcación. Tomamos rumbo paralelo a las crestas del mar, que apaciguó la travesía de dos horas por el océano Pacífico del litoral colombiano, desde el puerto de Guapi hasta la isla Gorgona, el 15 de octubre de 2012.

Edgar mi esposo, mi hermano Mauro, Elisa su esposa, y yo, íbamos de turistas, junto a Laura, una investigadora de tortugas marinas que conocimos ese día. Su mareo, en medio del vaivén, aumentó nuestra ansiedad por llegar a tierra firme, hasta que a lo lejos vimos entre brumas los penachos de las montañas de la isla. A medida que la lancha se acercaba, una escena inesperada se esclareció. En la playa, todo vestido de lino blanco, estaba William, el Jefe de turismo de la isla, de origen santandereano, y junto a él, de camiseta blanca y pantalón azul oscuro, anclada en la arena, se

erguía Flor, una joven guapireña negra, alta y fornida, que sonriente sostenía una bandeja transparente y cuatro vasos de cristal con un líquido rojo que brillaba. Ella, viéndonos bajar de la lancha, se acercó a brindarnos el desconocido líquido rojizo. Turbados lo probamos, y supimos que era jugo de sandía, fruta que crece en climas desérticos. ¿En esa tierra de selva húmeda, cómo las obtienen?, me pregunté.

Al pasar los días, supimos que en Gorgona no producen ninguna fruta ni verdura, ni siquiera es permitido pescar, todo lo llevan del continente para conservar tan natural a Gorgona, como era antes del pecado original, y asimismo proveerse para atender al escaso turismo. El pesado estigma que cae sobre la isla y los elevados costos para arribar, desaniman al visitante.

William, después de registrarnos y mostrar El Poblado, único lugar en todo el archipiélago, donde existen construcciones para los trabajadores, investigadores, turistas u otras poquísimas personas que viven temporalmente allí, nos llevó a un salón surtido de mapas donde explicó que Gorgona está situada a 36 kilómetros de la costa de Nariño, pero que políticamente pertenece al Cauca que está a 56 kilómetros. No obstante, es el departamento del Valle el que la administra a través de Aviatur, empresa de turismo que tiene el contrato de concesión desde 2007.

Al oír eso, Elisa dijo sonriendo,

—Nariño no se avisó a pedir la isla como suya, al estar más cerca de su territorio.

Mauro concluyó,

—El Cauca tampoco se pellizcó para manejarla.

La realidad es que ni el Valle del Cauca goza de sus beneficios, aunque en Cali funciona una sede de Aviatur, el dueño de la concesión es el magnate francés Jean-Claude Bessudo, también propietario de otras concesiones de Parques Naturales en Colombia. Así que ninguno de los tres departamentos la usufructúa. Las regalías que dejan la mayoría de concesiones son pírricas para los municipios vecinos, como le sucede al pobrísimo y contiguo puerto de Guapi.

LOS ESPAÑOLES BAUTIZAN LA ISLA

Ese día después de las explicaciones de William, llegó Jorge, un biólogo marino, funcionario de Parques Nacionales Naturales, quien relató que esta isla según vestigios arqueológicos la habitó una cultura precolombina de pescadores y navegantes, hacia el año 1300 a.C. Luego los aborígenes Sindagua, provenientes de los territorios de Nariño y Cauca, ocuparon la isla al mando del cacique Yundigua. Prosiguió Jorge diciendo, que en la conquista de América por España fue Diego de Almagro en 1524, quien primero llegó, y la llamó San Felipe. Tres años después arriba Francisco Pizarro, que permanece siete meses, tiempo en el que mueren varios de sus hombres por mordeduras de serpientes venenosas. Entonces, la rebautiza Gorgona, nombre que alude a la mitología griega, que la define como monstruos femeninos de la muerte, con un solo colmillo, manos de bronce, y un solo ojo que petrificaba a quien osara mirarlas. Tenían serpientes en la cabeza en lugar de cabello. Los griegos las llamaron Medusas o Gorgonas.

William y Jorge insistieron: ¡Claro que hay serpientes en Gorgona!, como en cualquier territorio cálido, húmedo, con abundante vegetación y un rico ecosistema.

Pero no es cierto como imaginó Jorge Enrique León, un amigo payanés que sin conocer la isla exclamó: ¡Allá deben estar amontonadas las culebras!

En nuestra estancia no vimos serpientes vivas, solo cuatro alcanforadas dentro de frascos, que mostraron William y Jorge, para prevenirnos. Son cuatro especies venenosas que alcanzan el 25% de todas las que allí habitan, y que según ellos, nunca han mordido a un visitante. Al regreso de nuestro viaje Edgar afirmó: —¡Más serpientes hemos visto en el lote de mi casa en Popayán, junto al río Cauca!

Y Mauro agregó: —También las vimos en viajes a la Amazonía.

En tiempos de Pizarro, mucha rabia debió causarle la muerte de algunos de sus compañeros por mordeduras de serpientes, no obstante, cinco siglos después, el nombre de Gorgona la sigue señalando como peligrosa; entonces me atrevería a decirle al conquistador:

—¡Oye Francisco, que no me gusta ese nombre!, no me vengas con mitologías griegas o de otros lados, mira que los aborígenes Sindagua que la habitaron antes que tú, con sabiduría antigua debieron de encantar a las serpientes, pero quizás no les guste el nombre de monstruo para su exuberante selva.

Pizarro, tal vez hoy, algo despojado de arrogancia, lo habría considerado, aunque es dudoso dado su carácter criminal y crueldad sin límites.

ISLA QUE EXHALA AGUA DULCE

Al amanecer del día siguiente, después de un abundante desayuno con olor a melón y piña, queso y café, acatamos las instrucciones de William y Jorge. Salimos temprano aperados de botas pantaneras, cachucha y mochila terciada, e iniciamos nuestro recorrido con Moisés, el guía. Caminamos siempre tras él, por un sendero de vegetación húmeda que al principio bordeaba la playa, y luego se escondía entre tupidos bosques secundarios. Atravesamos cuatro hilos de agua dulce, que brotan entre musgos o hierbas, entre piedras o arcillas. Comprobamos aquello que Jorge, emocionado, mostró el día anterior en el mapa de Gorgona, repleto de líneas azules zigzagueantes que representaban los innumerables riachuelos. Dijo que Gorgona, con una superficie de apenas 22.5 kilómetros cuadrados, tiene 25 arroyos permanentes de agua limpia, pero esas corrientes de agua aumentan en época de lluvias a 75, debido a su alta pluviosidad, con promedios de 6.891 mm anuales.

Después del recorrido de tres horas cruzando la selva del litoral, bajamos a la playa; fue cuando Moisés dijo:

—Esta es Playa Palmeras, y la isleta del frente es Gorgonilla, que hace parte del archipiélago Gorgona. Su isla principal, lleva el mismo nombre, Gorgona, y hay tres islotes más. En Gorgonilla no viven mamíferos, así que allí anidan tranquilos los pájaros, ya que en Gorgona no encuentran calma, pues los micos capuchinos que la habitan molestan los nidos.

Moisés nos animó a sumergirnos en el mar. Sentimos la felicidad egoísta de tener esas inmensas y tibias aguas para nosotros solos, hasta que a lo lejos vimos a cuatro muchachos y tres jovencitas

que se internaron por un camino boscoso, que los llevaba a una pequeña casa. —Son estudiantes de biología marina, viven allí, en tanto investigan —dijo Moisés.

Mientras caminábamos por la playa, sentimos el agua dulce callada o bulliciosa, asomando entre la vegetación del litoral a entregarse complaciente a su mar. Ese milagro dulce, lavó nuestros pies salados del agua marina, mientras recuerdo que la Isla de Pascua en Chile, en el Pacífico, y las de San Blas en Panamá en el Atlántico, carecen de ríos, y es muy escasa el agua dulce. En Gorgona la consumen con un mínimo tratamiento, afirmó William el día de nuestra llegada.

—Es potable, tal vez mejor que las aguas del continente que tratan las Empresas de Acueducto, para el consumo humano, agregó.

Con semejante riqueza de abundantes y genuinos manantiales, ¿cómo aceptar su aterrador nombre? Si los aborígenes Sindagua pudieran hoy en día levantarse por llamarla así, quizás se enfrentarían con flechas envenenadas al '*cerdo cruel de Extremadura*', como lo calificara Neruda a Pizarro, y yo entusiasta me uniría para bautizarla como: "Isla Aguadulce". ¿Por qué no? Si en el archipiélago de San Andrés y Providencia, la isleta que hacia el año 1600 fue denominada Las Víboras, se lo cambiaron con justa razón en el siglo XX, por el de Serranilla.

MUNDO MARINO

Al tercer día, hicimos nuestra segunda salida con Moisés, por el sendero Yundigua, más corto pero empinado, que requiere buen estado físico. Veintinueve grados de temperatura eran mitigados por gigantes árboles sombreando el camino. Entre troncos y ramas corrían veloces lagarticos de color sepia con anillos marrón, o verde manzana con anillos azules, de cincuenta centímetros de largo. Entre la hojarasca descubrimos mimetizadas e inmóviles, minúsculas ranas cafés con rayas amarillas, de un centímetro de largo, que quizás se preguntaban: ¿para qué saltar?, pues ellas solo caminan. En los árboles agarrados crecen filodendros, chupayas, orquídeas y decenas de epífitas. Moisés, risueño, nos indicó el beso de negra, planta con flor de anaranjados y carnosos pétalos, como abultados labios abiertos.

Durante dos horas de caminata atravesando la isla, de cuando en cuando se abren ventanas al mar. Su fuerte resplandor aguamarina de repente apareció completo; estábamos en Playa Blanca.

El mar transparente se rompió a nuestros pies, Moisés contó que hasta allí llegan barcos desde Buenaventura cargados de jóvenes buzos. Nos alentó a ‘caretear’, es decir a nadar en la superficie marina con una careta o ‘snorkel mask’, acompañados por él, que como delfín con traje de neopreno para bucear, forra su corpulenta figura con una sola piel oscura, que sumerge en el mar como en su mundo natural.

Edgar, se había alejado solo ‘careteando’, y al rato regresó como adolescente asustado y sobándose el oído, dijo: —Fui hasta las rocas y un sonido que hizo ouuiiiii, como de ballenas, me espantó y giré rapidísimo para regresar.

Como a Edgar le gusta hacer bromas nos reímos incrédulos. Fue cuando Moisés me preguntó si quería ir. No lo dudé. Me puse mi chaleco y agarrados del flotador cada uno de un lado, lo seguí. Experimenté la confianza en Moisés, y sin saberlo nos alejamos como a un kilómetro de la playa, fue cuando a unos cinco metros de profundidad se iluminó el ‘mundo del silencio’, el paraíso marino encendido de criaturas de sorprendentes movimientos; peces con extraños ojos falsos entre abundantes bancos coralinos, que su magnitud y mi ignorancia, solo admite nombrar a los llamados *Pocillopora* y *Pavona*.

¿Realidad o fantasía? Habría podido morir allí en dulce plenitud. Fue cuando vi la mano de Moisés que me señalaba el oído, y escuché una sonata conmovedora, era el canto de ballenas jorobadas, con ballenatos recién paridos que paseaban a lo lejos, y que más tarde vimos en la superficie lejana, danzando en las aguas plateadas.

LAS TRAGEDIAS DE GORGONA

Era ya el cuarto día. William nos había anunciado la visita a la antigua cárcel. Desde antes de viajar me había negado a visitar lo que queda de cárcel, pero el vigor de días anteriores, me animó a aceptar.

En la puerta de ingreso hay un letrero con un escrito de Dante que alude al umbral del infierno. No fue sino cruzar esa puerta y me penetró un frío mortal, una náusea, que desaparecieron solo al salir de ese mundo de espectros escalofriantes, como narrados por Edgar Allan Poe.

Durante el recorrido Moisés nos contó de esa tragedia social cuando el Gobierno Nacional decidió establecer una cárcel de alta seguridad en 1959. Esa miseria sucedida hace 53 años albergó a más de 2.000 presos considerados peligrosos, más unas cuantas docenas de centinelas. Aún quedan los calabozos, un ala de celdas y ciertos lugares de tortura como memoria del horror al que fueron sometidos los delincuentes, por carceleros de crueldad extrema. Allá, presos y guardias sitiados por la impenetrable selva, sufrían la inclemencia y soledad de esa cárcel, que lindaba con las aguas marítimas atestadas de tiburones. Lo registran poemas escritos por un preso:

“Maldito este lugar...maldito sea.

Aquí solo se respira la tristeza
aquí se bebe el cáliz más amargo
que nos brinda el dolor y la pobreza
aquí la vida no tiene primavera
aquí el alma no tiene sensaciones
aquí el amor no tiene compañera
y pierde el corazón sus ilusiones”.

Moisés relató también, la tragedia ecológica, que tal vez comienza cuando en épocas de la independencia de España, la isla fue regalada por Bolívar al sargento mayor Federico D’Croz, por sus buenos servicios. Sus descendientes la venden a la familia caucana Payán, que deforesta una parte para implantar cultivos de palma, cacao y frutales. El gobierno bajo la presidencia de Alberto Lleras Camargo, siguiendo ejemplos externos, decide comprarla para construir la cárcel, convirtiendo la isla en una selva humana violenta. En tan solo veinticuatro años de vivir allí presos y carceleros, desapareció el 75% de los bosques naturales existentes, para quemar los árboles en los calderos donde preparaban sus comidas, y en los hornos para asar 2.200 panes cada día. Fue deforestada brutalmente, casi acaban con ese ecosistema, salvado gracias a las intensas luchas de ecologistas y defensores de los Derechos Humanos, que

con tesón entre 1980 y 1984, logran que se erradique el régimen carcelario y se recupere el bosque natural. Es declarada Gorgona, Parque Nacional Natural en 1985.

GUARDIANES DE LA ISLA

Habitan algunos guardianes temporalmente allí, provenientes de distintos lugares de Colombia; Aman fervorosos la isla, libran batallas épicas para mantenerla y resguardarla. Trabajan rotativos, no pasan de veinte, unos cuantos funcionarios de Parques Nacionales Naturales, otros cuantos científicos, investigadores, biólogos, estudiantes de Univalle, unos pocos miembros de la Policía y algunos funcionarios de la Concesión turística.

Allá nadie toca nada, solo las aves, reptiles y mamíferos lo hacen. Es exigua el área delimitada para el tránsito humano; se intenta dejar la mínima huella ecológica. Terminada la permanencia, regresan consigo todo lo que ingresaron incluso la basura no degradable; no se saca nada de la selva, ni del mar, nada que no hayan llevado. Es ahora reconocida como 'Isla Ciencia' por ser un laboratorio viviente en tierra y mar.

Del grupo de guardianes conocimos de cerca a Moisés Obregón y Flor Solarte. Trabajan para la concesión en la isla atendiendo a los turistas. Son afortunados al sacudirse del desempleo de Guapi, donde nacieron de familias de raza negra. Él, nuestro guía, y ella ayudante en el restaurante; silenciosos como la isla, diligentes como el mar, con su sonrisa blanca nos acompañaron durante los cinco días de estadía.

Moisés aprovechaba que su compañero conducía, cuando salíamos en lancha, para treparse en la proa, daba la espalda a los visitantes y flotando sobre las aguas como Moisés en el Nilo, de cara al mar, le cantaba, le susurraba ritmos y sones guapireños. Flor y Moisés hacen eco del aire salobre, de los corales profundos, de los bosques, son marineros de agua dulce. Su corpulencia y calidez, turba la mirada. Un día Moisés dijo: —Esto es lo mío, me gusta estar acá, y me encanta que quienes vienen sientan lo mismo.

SALVADA DEL HORROR

Vimos la isla recuperada de la inclemencia humana, veintiocho años después, cubierta de vegetación, de agua dulce y vientos frescos, a merced de aves y mamíferos que transportan semillas de lado a lado. Este paraíso resurge como milagro de dioses humanos, de aquellos filántropos que la salvaron en los años ochenta, y después de tres décadas otros guardianes laboriosos continúan su custodia.

Gorgona, al dejarla tranquila, rebrota, muta el gris de la devastación del siglo XX, al verde húmedo de exuberantes bosques. Quizás le sucede como a la Medusa o Gorgona griega al morir, que sacó de su herida dos hijos que la terrible criatura había concebido con Poseidón: ‘el caballo alado Pegaso y el gigante Crisaor, que nació blandiendo una espada de oro’. Tal vez asimismo, esta isla caucana parió bosques alados, que en las alturas alberga brumas, aves y mariposas, y cabalgan micos capuchinos y monos perezosos, que cual Crisaor mitológico, extiende su brazo de espada dorada, protegiendo su dominio.

Esta isla salvada del horror de los criminales encarcelados, y de la destrucción ecológica, aunque soporta el monstruo que encarna su nombre, se reinventa, se exhibe como “Isla Aguadulce”, podría entonces decirle a Pizarro:

—Ya no es la isla Gorgona ese monstruo. La señal de advertencia que hiciste fue revelación, ella surge ahora como Diosa del bosque, agua viviente. Hoy te libero conquistador, de la aficción que le causaste con tal nombre.

Y es que esta isla de troncos robustos, que huele a niebla y musgo, nos habla de la intimidad con el mundo, del comprender que aunque en solo décadas destruyamos lo que el Planeta tardó millones en construir, la Naturaleza en quietud, desde su vientre inextinguible, se rebela a la depredación, se salva a sí misma. Este experimento que sucede en apenas 22.5 kilómetros cuadrados, habla de un volver a empezar; de un futuro cordial con el mundo Natural, con el alma de la Tierra. La especie humana racional, podrá así, albergarse en el Hemisferio.

DE REGRESO AL CONTINENTE

Las manos de los que se van se aprietan con las que se quedan en la oscuridad de la madrugada. El mar de gritos de ballenas, apacible nos recibe. Me sumerjo en pensamientos de vida y muerte dejados en el silencio de la isla nueva, que con suave murmullo parece indultar a quienes hoy la habitan.

Los rayos del sol asomaron, un gozo plácido llegó. Ilusionada cambié el nombre de Medusa a la isla, de diosa infernal, por el de “Isla Aguadulce”; como celebración a los bosques guardianes del agua, la Vida futura. Esta ambición me animó a pensar que quizás hoy Pizarro, ya de acuerdo conmigo, exclamaría:

—¡Anímaos chava!a, cuánta razón tenéis, seguid en el propósito, vale tía!

H

MUÑECA

Lucero Rojas Olaya

H

Anita: Si usted estuviera aquí, le daría un beso para empezar el día, pero tengo que resignarme sólo con el tinto. Recuerdo que usted se levantaba primero y yo hacía pereza en la cama, mientras esperaba que saliera del baño; luego nos encontrábamos en la cocina, y la veía tan hermosa como siempre, con el vestido de falda ancha, ajustada en la cintura; la mitad del pelo recogido y los labios pintados. Desde hace un año, la cama, el baño y la cocina están cada vez más fríos. No debió casarse con un asesino. Este tinto es del mismo café, pero extraño el que usted me preparaba. Tenía más sabor: en él estaba su ternura y su dedicación. ¿Sabe? Ahora me despierto antes de que suene el despertador; me angustia pensar en lo que pasaría con Elisa si me quedara dormido. ¿Me ha visto en el espejo? Yo sí. Ay, mi Ana, cómo he envejecido.

Nada ha cambiado en el taller. Todo está como usted lo organizó: las suelas por tallas en la pared; el clicker, el martillo y los clavos sobre la mesa. El pegante, la prensa y las correas en el rincón del fondo. Es que me da miedo pensar que si muevo las cosas, tal vez la sienta más lejos; y ya está tan ausente que mi alma quisiera ir

a buscarla. Pero no puedo abandonar a Elisa. Ella no sobreviviría. Quisiera que la contempláramos juntos, como lo hacíamos con Ángela. Si usted pudiera ver su cara, es toda una muñeca. Me gusta venir a su habitación y verla dormir. Tardará en despertar. Sé que nunca podrá llenar el vacío que ustedes dejaron, pero al menos con sus juegos y sus preguntas puedo cambiar la rutina de mi soledad.

Ayer doña Leonor trajo estos tacones para cambiarle las tapas. Debería verlos: Las correas tienen incrustaciones en perlas, como las que puse en los zapatos que le hice, ¿se acuerda? Fueron los que usó en la fiesta de despedida. Sí, sé que no fue una decisión fácil, sin embargo había que atender a Ángela, y yo tenía mucho trabajo en el taller. No se imagina cuánto valoré la forma como asumió esa decisión, ahora sé que debí decírselo entonces, pero... Perdóneme Ana, no quiero llorar. Lo que pasa es que hoy se cumple un año desde ese día.

No me culpe por vivir recordándolas. No quería perderlas, no estaba preparado para que ya no estuvieran; ni para esta ausencia que me agobia hora tras hora. Y no puedo permitirme el olvido, no me perdonaría si el amor también muriera; por eso hoy, después de tantos días amargos, me atrevo a hablarle. De nada sirve pedir perdón, pero por lo menos así intento sentirme menos vacío.

Mi rutina creció desde entonces, ahora incluye las necesidades de Elisa. En el taller, después del tinto mañanero, dejo secando el pegante en la suela de los zapatos. Luego voy a la cocina, pongo a calentar el agua para bañar a mi muñeca, y adelanto el chocolate del desayuno. No la dejo bañar con agua fría, porque usted dijo que los niños pequeños son sensibles al cambio de temperatura. Después voy otra vez a su habitación para comprobar que todo esté bien y vuelvo al trabajo.

Una vez pegadas las suelas, al figurarlas, revivo lo que pasó esa noche: ver y sentir cómo se desliza el clicker sobre la goma, me recuerda cuando el auto empezó a deslizarse sobre el agua de la autopista. Me dijeron que la velocidad del carro debió ser de 140 Km. por hora. Yo no lo podía creer. Usted sabe que nunca conduje así. Tal vez por los tragos no sentí la velocidad a la que íbamos y giré. Las otras luces se acercaban, y a pesar de que frené con fuerza, el carro siguió rodando. Cuánto debió dolerles el impacto. Cuánto

debieron haber sufrido por mi error. No dejo de pensar en todo lo que lucharon, mientras yo seguía inconsciente.

El clicker ya está para cambio y se necesitan muchos materiales en el taller, pero no me atrevo a salir del barrio. Ya estoy muy cansado, y como le decía, en este último año he envejecido mucho; por eso la idea de salir no me atrae. Además, después de lo que pasó esa noche, cuando salimos juntos, prefiero evitarlo. No quiero volver a causarle daño a alguien. Fue suficiente con haber destruido nuestras vidas.

Estos zapatos ya están listos...

—Buenos días, papá.

—Buenos días, muñeca. ¿Cómo amaneció?

Mientras Elisa se baña, preparo el desayuno. Como siempre se demora, voy a empacarle los zapatos a doña Leonor. En el montón de los que debo arreglar, sobresalen unos rosados, pequeños. Anita: Elisa llegó a mi vida cuando yo venía en el tren de regreso a casa. Aún estaba muy adolorido y la vibración del viaje me lastimaba la espalda. Incómodo y triste, puse los codos en las rodillas, me incliné un poco hacia delante, buscando algo de alivio. Cerré los ojos, pero las imágenes me llenaban la cabeza con el dolor de mi culpa. Entonces los abrí, levanté la cabeza y allí, en la última silla del vagón, vi una caja de madera oscura. Cojeando por culpa del yeso, fui hasta ella y la abrí. Acostada, sobre un fondo satinado, encontré una muñeca rubia, peinada con dos trenzas. Tenía un vestido blanco con flores, y en los pies, los zapatitos rosados.

En casa, abrí de nuevo la caja y duré contemplándola largo rato; cuando las lágrimas no me dejaron verla más, la llevé y la acosté en la cama de nuestra Ángela. Cada vez que la miraba le repetía “y si estuviera viva...” en realidad lo deseaba, aunque otras veces completaba la frase: “...también la mataría. Como a ellas”.

Hace unos minutos Elisa salió del baño. Mientras se viste le sirvo el desayuno y la espero en el comedor, como cada mañana. Cuando salí del hospital, el médico dijo que fui muy afortunado por haber resistido el accidente. También dijo que ustedes no lo habían logrado y tuve que ir a reconocer los cuerpos. No sé qué me impactó más: verlas acostadas en esas bandejas metálicas y saber que estaban muertas, o sus caras. Sus caras llenas de horror.

Con la noticia, me entregaron los zapatos, los aretes y la cadena de Ángela, la ropa de ambas, y tu argolla de matrimonio. Desde ese día la uso en el meñique. Ese momento fue muy difícil, quise hacer tantas cosas. Sentí tanta desesperación, Anita, a tal punto que apenas me enteré del señor de servicios funerarios y todo lo que dijo que haría. Después del entierro, volví a casa con dos costillas rotas, una pierna enyesada, varias cicatrices, dueño de esta culpa tan pesada y de mi caja.

Ya viene la niña, Anita. Escucho el sonido de sus zapaticos. Saber que empezará a bajar las escaleras me da el tiempo justo para limpiarme la cara y pensar en otra cosa. Por ejemplo, en el día cuando la abracé con fuerza y le dije casi suplicándole: “Por favor, ven conmigo”; la dejé de nuevo en la cama y fui hasta el taller; lloré acompañado de la emisora que usted sintonizaba siempre y sintiendo que el corazón no resistía más. Al cabo de unos minutos vi a Elisa parada en la puerta. Ese día dijo sus primeras palabras, y desde entonces las repite cada día a la misma hora, en este comedor:

—Tengo hambre...

H

TERESA

Aurora Montes Revollo

H

Conocía a Teresa desde hacía veinte años o al menos eso creía. Pero solo cuando su cabeza chocó contra el pavimento una lluviosa mañana de octubre, tuve la certeza que en realidad nunca la había conocido. Tenía treinta y cinco años, delgada, pelo largo y negro y la sonrisa más contagiosa que se pueda imaginar, además de una energía casi patológica que la mantenía despierta desde las cuatro de la mañana hasta pasada la medianoche. Vivía en un hermoso y enorme apartamento del norte de la ciudad, no tenía hijos, su compañía era su marido José Manuel y Úrsula, una gata criolla que encontró abandonada junto a un caño que pasa por el parque frente a su casa. Después de diez años de matrimonio, las cosas parecían ir bastante bien, ella, arquitecta de profesión, dejó de ejercer hacía poco más de un año, lo que nos sorprendió porque siempre había sido una mujer muy independiente. Ante la insistencia de sus amigos al porqué de esta decisión, simplemente afirmó que no le gustaba cómo la empleada llevaba la casa y que de ahora en adelante ella se encargaría de organizar todo y con esto demostraría que en una

hora se arregla una casa y el resto del tiempo lo dedicaría a su gran pasión: la pintura, dicho esto nos sonrió y pidió otra limonada.

A partir de aquel día los encuentros de los miércoles por la tarde se hicieron más cortos, Teresa cada día tenía menos tiempo, lo que resultaba una paradoja, ya que ahora era dueña de sus horas, pero ella explicaba que los quehaceres de la casa eran interminables, ¿quién lo iba a creer? Apenas había limpiado la cocina, cuando seguía con los baños, después aspiraba los muebles, lustraba el comedor y organizaba los armarios y cuando ya pensaba sentarse a descansar, recordaba que las matas tenían las hojas amarillas y había que fertilizarlas. Cuando le preguntábamos cómo iba la pintura, se limitaba a suspirar... en realidad estoy pintando menos de lo que pensé, nos decía. En varias ocasiones la molestábamos preguntándole si por casualidad vivía con una abuela con la que tenía una gran deuda.

En vista que cada día la veíamos menos fuimos un día a visitarla, nos recibió con la sonrisa hermosa de siempre pero esta no hacia juego con sus opacos ojos. Nunca había visto un lugar más limpio, el piso estaba impecable, el brillo mate de los muebles y el olor a lavanda fresca me hizo avergonzar pensando en el desorden de mi casa. Nos ofreció té y lo tomamos en la cocina, ahí me di cuenta que organizaba los tarros de mayor a menor, por especias e incluso por color, tenía un menú con horario semanal y en la nevera todo estaba clasificado por peso, color y aproximación de vencimiento. Cuando terminamos de tomar el té, lavó las tazas de inmediato restregándolas tanto que por un momento pensé que las iba a poner a hervir. Mientras hablaba, no dejaba de mirar alrededor y pasaba una toalla de cocina por el mesón y la puerta de la nevera. Fue ahí cuando me percaté de su pérdida de peso, de sus cincuenta y cinco kilos había perdido tal vez ocho, el pelo no tenía el brillo de siempre y las manos mostraban señales de aspereza, nada que ver con las manos de seda de antaño. ¿Qué te pasa Teresa?, ¿estás bien?, le pregunté. ¿Por qué no habría de estarlo? Lo único que necesito es un par de horas más, sólo un par y no te imaginas lo que haría con ellas.

¡Pero si todo está limpio! Más que limpio diría yo, no te mates limpiando más. Mejor muéstranos tus pinturas, ¿has pensado exponer en el próximo salón de artistas?

No... No tengo suficiente material, miren amigos de verdad quiero atenderlos pero... ahora tengo mucho que hacer, les prometo que nos vemos la próxima semana.

No hubo próxima semana porque los encuentros de los miércoles llegaron a su fin. Al teléfono sólo pasaba para saludar y la conversación no llegaba a los tres minutos, después ni siquiera contestaba las llamadas. Preocupada como estaba por mi amiga, traté de comunicarme con su marido, pero el número ya no existía, pasé a su consulta en el hospital y resultó que este había renunciado hacía seis meses y se había ido del país. Allí me enteré que él y Teresa se habían separado desde hacía un año, ¡un año! Cuando aún ella parecía estar bien, cuando nos hablaba de su sólido matrimonio y de su pujante carrera, cuando según ella transitaba por caminos de miel y mazapán.

Son las ocho de la mañana y llueve como es costumbre en octubre, Teresa está en el piso con la cabeza destrozada, su cuerpo quedó en una extraña posición con las extremidades torcidas. Con lo que se demora la policía en este país para hacer un levantamiento, alcancé a llegar y ver el horrible espectáculo. Me llamó la atención sus manos, la última vez que la vi estaban maltratadas, pero hoy lucían especialmente hermosas, en sí toda ella estaba hermosa, como si hubiera recobrado la elegancia y el cuidado de un año atrás.

El portero del edificio hablaba con un policía y me señalaba, este se acercó y preguntó si era familiar, dije que sí, en realidad así lo sentía. Subí al apartamento con dos policías, la administración facilitó unas llaves, al entrar un desagradable olor nos invadió, el apartamento era un desastre, había desperdicios por todos lados, ni siquiera las camas estaban tendidas. Esta señora era muy desordenada, dijo uno de los policías.

Sí, respondió el otro, con lo fácil que es hacer un aseo, en una hora se arregla un apartamento.

H

RUTA DE LAS GOLONDRINAS DE CAPISTRANO

Esteban R. Jiménez Bedoya

H

En uno de mis vuelos, la aeromoza informó que un pasajero de primera clase quería pasar a la cabina. La petición es de las más comunes en mi profesión y no vi problema en acceder. Asumí que se trataba de un niño, pero a los pocos segundos, un ruso de más o menos cuarenta años, entró emocionado a la cabina preguntando por cuanta luz titilante descubriría. Cuando al fin se calmó, empezamos a conversar. Me contó de su trabajo como negociante para una compañía farmacéutica y de lo agradecido que se sentía por haberle permitido cumplir, según él, uno de sus sueños. Cuando me acercaba a nuestro destino —Nueva York, si mal no—, le pedí que regresara a su asiento. El resto del viaje fue más bien rutinario: cotilleos con la tripulación sobre particularidades del vuelo, papeleo reglamentario de la empresa y trayecto en taxi al hotel.

Esa noche, para mi sorpresa, me encontré con el ruso en el bar del hotel donde me alojaba. Me saludó efusivamente y me invitó un trago. Hablamos largo rato y nos hicimos amigos. En la madrugada dejamos el bar y no volvimos a vernos en un tiempo. De vez en vez

Lo encontraba en algún vuelo a mi cargo, y manteníamos comunicación con regularidad.

Tiempo después, al llegar a casa tras una semana de rutas en el oriente, lo encontré en el porche.

¿Vladimir?, le dije extrañado de verle ¡¿Cómo se te ocurre venir sin avisar, hombre?! Quería sorprenderte, amigo mío, contestó Vladimir mientras se levantaba. Nos abrazamos. Creo que has sido tú el sorprendido al no encontrarme, dije. En absoluto, respondió sonriendo, hace muy poco que estoy aquí. Seguramente, dije al abrir la puerta de casa.

Entramos. Le enseñé su habitación y, mientras se daba una ducha, preparé un poco de pasta. Durante la cena, me contó que venía de pasar una temporada en Alemania y que ahora debía visitar clientes a través de todo el continente americano, pero aprovechó para, antes de ir a Buenos Aires, pasar por Goya a visitarme. De Buenos Aires viajaría a La Paz, luego a Brasilia, Bogotá, Managua, Ciudad de México y, por último, San Francisco.

A la mañana siguiente, lo llevé al aeropuerto. Cuando sonó el último aviso de abordaje para el vuelo Goya-Buenos Aires, nos despedimos. Vladimir sacó de su maleta una caja pequeña. Con mucho cariño, amigo, dijo sonriente, espero te guste. ¡Gracias, hombre, no te hubieras molestado!, respondí. Esperé hasta perderlo de vista por los cristales que daban al pasillo de abordaje, antes de dirigirme hacia el pasadizo.

Ya en el coche, recordé la caja y la saqué de mi bolsillo. A primera vista, era una caja sencilla de madera, pero al contacto con la luz, se descubrían en ella extraños símbolos y graffías que destellaban un color naranja brillante. Dentro había un reloj plateado elegantísimo. Lo admiré por unos segundos y descubrí marcas similares a las de la caja en su reverso. En efecto era un bello reloj.

Nunca me ha gustado usar relojes, la verdad es que me incomodan, pero por ser un regalo de mi amigo, decidí ponérmelo. El resto del día me la pasé flojeando, viendo televisión mayormente. En la noche comenzó mi martirio. No había notado que el reloj emitía un pitido cada hora a las y cincuenta y cinco, seis, siete, ocho y nueve, y al llegar a la hora en punto soltaba un escándalo

insoportable durante todo el primer minuto. Así pues, cada vez que lograba conciliar el sueño, llegaba el preludio polifónico a la nueva hora.

Quitármelo sería lo más lógico; quitármelo y guardarlo donde no pudiera molestarme más, pero todos mis intentos fueron inútiles: No encontraba ningún botón o manija en la correa metálica. ¡El manual!, pensé, ¡allí tiene que estar la solución! Busqué sin éxito la caja en la mesa de noche, en el clóset y hasta en las gavetas de la cocina. Algo parecido a la alegría me invadió al encontrarla bajo la cama. Me estiré hasta alcanzarla, me senté y noté cómo la luz de la lámpara despertaba los resplandores del reloj, que se iban intensificando poco a poco. Adentro encontré el manual diminuto. Para mi desgracia, el instructivo estaba escrito enteramente en alemán.

Consideré la posibilidad de enviar de vuelta el reloj a mi amigo con una nota en la que explicara mi situación, pero era imposible que el paquete lo alcanzara a tiempo, es decir: o llegaría cuando él ya se hubiera ido, o cuando aún no lo hiciera, ergo, sería devuelto al remitente. Luego me acordaba que no podía quitarme el molesto aparato.

Recordé entonces que Amira, una de las sobrecargos de la compañía, sabía alemán a la perfección. Por desgracia, sólo la encontraría en la ruta Buenos Aires - San Francisco, o ruta de las golondrinas como solían llamarla mis colegas, debido a las aves de Capistrano. Para mi desdicha, dicha ruta no me estaba asignada.

A primera hora envié un correo de carácter urgente a mi director, solicitando el cambio de ruta. Mi petición fue concedida. Desafortunadamente, sólo contaría con Amira de Managua en adelante; debía pasar por La Paz, Brasilia y Bogotá, es decir, más de ocho días con sus noches, antes de tener chance de encontrar ayuda.

Durante el día, no había mayor inconveniente con el reloj, de hecho era útil y me merecía bastantes elogios por su apariencia; el problema llegaba en las noches, o más bien, en el silencio. No contento con sus cinco molestos pitidos previos a la sinfónica infernal, cuando todos los ruidos se apagaban, el *tic-tac* de su maquinaria se hacía evidente. Le sentía moverse, como si se balanceara apenas milímetros en mi muñeca.

Logré comunicarme con Vladimir después de abundantes intentos. Le dije que casualmente me había sido asignada la ruta en la que él estaba viajando, y le propuse encontrarnos en una de las ciudades que visitaría. La idea le pareció maravillosa, pero había un inconveniente, la compañía programó, de improviso, viajes por tierra a ciudades cercanas a las capitales para aprovechar al máximo su estancia en América, así que no sabía a ciencia cierta cuándo estaría en cada lugar que visitaría. Tenía la certeza de viajar a San Francisco el veintitrés de abril por una reunión impostergable, de modo que acordamos encontrarnos la noche de aquel día, en un restaurante árabe del centro de la ciudad.

Para nadie es un secreto que los momentos más demandantes en un vuelo son el despegue y el aterrizaje; una vez en la ruta, el piloto automático casi que hace el resto y el viaje adopta una calma relativa, desafortunadamente, también silencio. Tan pronto las charlas con algún miembro de la tripulación terminaban, o el copiloto se dedicaba a dormir un rato: tic-tac, tic-tac... sin detenerse tic-tac, tic-tac... retumbando en toda la cabina, tic-tac, tic-tac... No me quedaba más remedio que despertar bajo cualquier pretexto a mi compañero, comunicar regularmente las condiciones de vuelo a los pasajeros o silbar alguna canción. El reloj no me daba tregua.

Cuando al fin llegué a Managua, busqué a Amira como loco por toda la terminal, sin lograr dar con ella. Alguien me informó que estaba incapacitada, pero que al día siguiente regresaría. Así sucedió. Tan pronto la encontré, le pedí que buscara en el manual no sólo cómo desactivar la función de alarma, sino también la de desprender el reloj. Amira se dedicó en silencio a leer el instructivo. Cada segundo que pasaba me llenaba más de impaciencia. Al fin terminó. Al mirarme, supe que no podría ayudarme. Dijo que no hablaba en ninguna parte sobre una manera específica de desprenderse del aparato y que, según el manual, el reloj no contaba con un sistema de alarma. ¿Estás segura?, le pregunté desesperado. Totalmente, respondió, ahí lo dice, el diseño es clásico, sólo da la hora.

Seguí sin poder dormir bien el resto de la ruta. Procuraba mantenerme entretenido todo el tiempo durante el día y, a veces, lograba abstraerme de mi situación, hasta que de repente sentía el

bamboleo del reloj en mi muñeca y me hacía consciente del sonido de nuevo.

Al llegar a la última parada, me mantenía en una frágil vigilia y un siempre incompleto sueño. Estaba decaído, ojeroso y con los nervios de punta. Sólo quería encontrarme con Vladimir lo antes posible.

A mediados de octubre, San Francisco se ve particularmente bella: el otoño invade cada rincón de la ciudad, al igual que un viento helado que se asemeja a la tranquilidad. Todo es hermoso hasta que suena el maldito *beep* cada vez que faltan cinco minutos para cualquier hora.

El día —como venían siendo los anteriores— se hizo eterno. Llegada la noche, me encaminé hacia el restaurante y encontré a Vladimir esperándome en una mesa. Al acercármele, me miró como si no me reconociera. Estás hecho un desastre, amigo, dijo mientras me sentaba ¿qué tienes? Necesito tu ayuda, Vladimir, le dije sin preámbulos. ¿Qué sucede?, preguntó intrigado. ¿Recuerdas el reloj que me regalaste? Sí, lo recuerdo, ¿qué pasa con él? Vladimir, le dije, este reloj está enloqueciéndome: primero, no logro quitármelo; segundo, suena cada minuto de los últimos cinco antes de las horas, y luego hace escándalo durante todo el primer minuto. ¡Es inaguantable! Procuré anular esa función, pero parece que no hay forma. Debes llevártelo, le dije. ¿Qué? ¿Y tener que lidiar con ese problema?, me contestó. Sabes bien que adoro la paz. ¿Qué hacemos entonces?, le pregunté. Tras meditar un momento, dijo: ¡Lo tengo! Saldré de aquí, y a la primera persona que vea se lo regalaré y será su problema ¿qué tal? Me parece, respondí. ¿Y cómo me lo quito?, le pregunté. Dame tu mano, dijo estirando la suya, tuve un reloj parecido alguna vez, el botón de liberar está cerca de la pantalla ¿Ves? Es como si lo escondieran adrede.

Una vez tomó el reloj, de inmediato salió a la calle para regresar con las manos vacías a los pocos segundos. ¡Solucionado!, dijo en tono victorioso.

Cenamos. Hablamos largo rato casi olvidando el inconveniente con el reloj y después cada uno se encaminó hacia su hotel.

Me costó dormirme, pues mi mente se mantenía alerta a la espera del sonido infernal. Después de unos minutos caí en un sueño pesado y delicioso.

Al llegar al aeropuerto, estaba muy contento. El vuelo salió sin retraso a las seis y cuarto, y el reporte del clima nos auguraba un viaje placentero. Hablé un rato con mi nuevo copiloto asignado, un joven recién salido de la academia de aviación que había firmado contrato por un año para trabajar en la compañía.

Faltando cinco minutos para las siete, escuché el inconfundible *beep*. Debía estar alucinando, o al menos eso quise creer hasta que un minuto después llegó el segundo. Busqué en mis bolsillos. Nada. Miré en todas direcciones sin hallar rastros del reloj. Al sonar el cuarto *beep* la desesperación me hacía sudar; luego, cuando el estruendo final se abrió paso en el silencio de la cabina, lo vi. En la muñeca de mi copiloto estaba el reloj. La luz se reflejaba en destellos naranja que me enceguecían por segundos y, su ruido más irritante que nunca, retumbaba en mis oídos. Le pregunté dónde lo había conseguido y me contó la historia de un hombre que se lo regaló en la calle. Estaba perdido. El reloj volaba a Goya como las golondrinas y, al igual que ellas, planeaba quedarse allí por un largo tiempo.

H

LA PUERTA

Jimmy Vélez

H

Como son las cosas. Uno viene al mundo, encuentra a una persona y después la ve morir, así, de repente, como si no pasara nada. Entonces los amigos lo acompañan al cementerio y le dicen “que pesar no, y era tan buena persona” y uno se queda pensando que en realidad no la conocieron y se pone a vivir solo para escribirle una novela. Antes de morir yo le tomé la mano y la sentí fría y le prometí mirándola a los ojos, que yo le hacía la novela y se la dedicaba. Ahora que no está, pienso que eso de no tenerla ha sido lo que más me ha dolido, porque yo le prometí que haría una novela y no lloré cuando me apretó la mano porque soy muy hombre y pues uno no llora cuando quiere a alguien y lo ve en una cama pidiéndole algo que uno en realidad no sabe cuándo va a cumplir. Ahora que no está, eso de hacer una novela y no tener a la persona que uno quiere para decirle “mire, aquí está su novela, es suya y le puse esto y esto otro y por esto me gusta aunque me tienen preocupado estos detalles”; pero en realidad eso no importa, porque “quiero darle un beso y pasar mis labios por su boca, porque soy muy hombre y también lloro cuando usted no está”.

La vida no es tan mala, la vida puede ser cariñosa con uno, darle una palmadita y decirle en un acuerdo tácito que guarde el dolor porque llorar ya no sirve. En realidad, no sirve mucho llorar y menos cuando uno también se va morir de puro hombre, de puro amor, porque uno también siente y sabe que pueden pasar muchas mujeres, pero el lugar común queda ahí y se vuelve insoslayable después de un tiempo querer evadir la imagen de esa vieja que le movió a uno el piso y la cintura y lo zarandeó hasta la medianoche echando paso hasta mamarse.

Obviamente eso es lo que uno no se espera nunca, no espera que una mujer venga y lo coja y después lo lleve a bailar y por fin quede mamada y cuando uno cree que todo se acabó, pues llegan los amigos con ella y lo presentan y se comienza a salir y la cosa va por buen camino hasta que uno se destapa y se las canta al oído como si agitara la tela de una muselina y el resto comienza a ser lo maravilloso de tener las piernas bien puestas y los caramelos delicados para hacer que todo eso que se está sintiendo flote en ese mar y llegue a puerto mientras todo va pasando y Dios se levanta y el sueño de Dios se vuelve una pesadilla porque con esas cosas tan verracas que uno no sabe, llega el médico y le dice que tiene cáncer.

Papiloma humano, mierda, unas células que se reproducen al interior de la vagina y que si la mujer no se da cuenta, le invaden todo por dentro hasta matarla. Algo así sucedió con ella. Aunque al principio teníamos esperanzas, creímos que se podía salvar con una o dos operaciones como pasa con muchas mujeres que sufren de lo mismo. Claro, se programaron las cirugías, la primera no funcionó, la segunda tampoco, después vino el hospital y la quimioterapia y ya a lo último nos quedábamos hay mirándonos las caras porque no sabíamos qué decirnos. Ilusionados en tener un hijo y ya no poder. Los dos sabíamos que se iba a morir y aunque no llorara en su presencia ella siempre me miraba y sabía que andaba triste, pensando. Todos estábamos tristes, Judith y Ernesto, nuestros amigos, con los que nos habíamos conocido, la mamá de ella, mi mamá y un hermano suyo que estaba en los Estados Unidos y no podía venir porque le quitaban el pasaporte.

Al final, le dieron permiso para venir al entierro, escuchar las honras y echarle flores y tierra. Desde ese momento, decidí salir del

cementerio, cerrar la casa que habíamos comprado juntos y conseguir un apartamento para vivir solo. No dejaba de culparme por ser quizá aquel que le hubiese transmitido la enfermedad, pero el médico me aclaró todo, me dijo que ella lo tenía desde antes, entonces me decidí a terminar aquello que ella me había pedido. Una novela, pero es que eso de escribir una novela es del carajo. No solo se mira la literatura, mas allá está la vida, están los rostros que pasan y se quedan guardados en la memoria como una fotografía o como toda esa gente embobada de la universidad mirando a esos estudiantes que hablan pura mierda y no dicen nada y creen que por hablar duro están haciendo proselitismo a la manera de Gaitán o de Camilo Torres y los cogen como bandera para transformar la pirámide social que ellos mismos tienen metida como una estaca en el cerebro.

Lo bueno de todo esto, es que uno se queda con la sensación de que lo puede hacer porque cuando uno escribe para otra persona no tiene compromiso con ninguna otra, solo escribe lo que siente. No cree como esos estudiantes proselitistas que los están escuchando, cuando la gente solo mira. Así pasó con la novela, yo se la leía a Judith y ella boba mirándome, pero de escúrame nada. Con ella prefería no hablar de eso, solo dejaba que viniera al apartamento, mientras Ernesto se quedaba en la casa viendo televisión. A veces venían juntos, pero la mayoría de las veces Judith venía sola. —Al principio pensé en buscar consuelo con Judith, pero pensé en ella primero y luego en Ernesto— y me miraba sin decir nada mientras le leía mi novela. Entonces, decidía entrar al baño antes de salir, yo corría la cortina y miraba por la ventana algo que me gustara, un carro, una vieja buena, con culo enorme y tetas grandes, una gorda, —porque desde que ella murió, las escualidas no me gustan— un abuelo en bicicleta, etc., hasta que Judith volvía a salir del baño y yo la acompañaba a la casa y veía a Ernesto abrir y cerrar la reja y me ponía a caminar solo hasta la noche. Entonces, yo ya sabía que me estaba pasando algo. Ni bobo que fuera para no saber que vomitar sangre y tener trastornos eran síntoma de algo. Entonces fui al médico y el tipo me hizo análisis y cuando volví se cruzó de brazos y me miró serio y me dijo que no tenía nada, que vomitar sangre era solo un trastorno o algo que yo no entendí, al final me dijo que

nadie se moría de tristeza. Pobre bobo ese man, la gente también se muere cuando no siente, cuando lleva pegada la tristeza al pecho.

Ese día no discutí, salí normal y en los días siguientes continué con las lecturas de los borradores que le leía a Judith mientras tomaba tintico, avanzando poco a poco, terminando los últimos párrafos, cada línea y metiéndole todo el sentimiento hasta que un día terminé. Ese día vino Judith y me escuchó un rato, luego decidí acompañarla hasta la puerta de su casa, donde después de un rato solté su mano que me apretaba con fuerza y le dije que no se preocupara, “nadie se muere de amor” había dicho el médico. Embobada en sus pensamientos, se quedó mirándome sin la compañía de Ernesto que estaba de viaje, mientras la dejaba en su casa y comenzaba a caminar pensando con ironía en *que nadie se muere de amor*, que las personas a veces no escuchan; pero sienten.

Sin embargo, cuando llegué al parque y me senté en un banco, la sensación se tornó plácida, podía sentir la brisa pegándose a mi rostro, observar las mirlas de color café sobre una rama o cantando en un coro inarmónico con otros pájaros. En realidad, la tristeza me la llevaba adentro, la tenía pegada al pecho y a esa puerta por la que no había querido volver a entrar. Cuando me levanté del banco y comencé a caminar, dejé la tristeza en cada paso que daba hacia esa casa, mientras pensaba que eso de andar soñando con la puerta cerrada era una bobada.

H

TODO SE SABE

Yudis Camacho

H

Agazapado, casi engarabatado, se le ve pasar todas las tardes de los viernes, sábados y domingos. Con la cabeza gacha, zapatos puntudos que a legua se nota que son una o dos tallas más que la de él; camisas siempre anchas de telas más *machuchas* que la de los calzones míos; pantalones clásicos con muchas pinzas que lo hacen ver como diez años más viejo. Todos los fines de semana, por ahí como a las seis y media de la tarde, se aparece en la plaza del pueblo. Dicen que pueblo chiquito infierno grande, pero aquí en este pueblo de viejas chismosas ni la más experta ha podido saber de dónde sale ese tipo raro, porque al frente de la plaza lo que queda es la capilla donde vive nuestro veneradísimo curita joven que está recién salido del seminario, con el monaguillo ese que parece que no se pusiera la ropa sino que se la colgara y cuatro viejitas rezanderas que no salen sino apenas a comer si es que no se declaran en santo ayuno.

Suave, flojeroso pero firme, va caminando el tipo. Después de que cruza la plaza se pierde por los callejones de Las Tangas. Sí, Las Tangas es el peor barrio de este pueblo de locos. Ahí no sólo venden marihuana, perico, piedra, base, sino que se pasean como dueñas y

señoras las dizque reinas del goce eterno, las puticas mantenidas, flacuchas y las regordetas con las carnes flojitas, pero veteranas en las cuestiones del sexo sin freno. Este es el pueblo donde nada pasa, pero a la final todo se sabe. No de gratis se llama Hoyo Oscuro y queda en la *Conchinchina*, ya casi saliendo de Montería por el lado sur.

Y hablando de que aquí todo se sabe, que lo diga el respetadísimo señor don Gustavo, que se creía el de mejor familia y ahora la hija menor, Dina Luz, anda de putica en Las Tangas y dicen que es la más pedida por los borrachos pipones y asquerosos, que dizque porque escoba nueva barre bien.

Pero volviendo al tipo raro, a pesar de los trapos malucos y desgarrados que se pone, todas las bandidas quieren con él. Porque según me cuentan las viejas chismosas, esas con las que yo no me junto, las bandidas de Las Tangas dicen que a ese hombre no paga ni cobrarle el servicio, pues las pone a caminar finito con su arma de largo alcance y movimientos de muchacho epiléptico. El caso es que no saben ni de dónde viene, pero todas las putas esperan deseosas el fin de semana y forman el *boroló* peleando para ver quién es la que va a atender al cliente favorito de Las Tangas.

Bueno, la hija del señor don Gustavo ya está perdidita. Esa es de las mujeres que uno dice que nacieron putas, porque apenas tiene dieciséis años y ya se destapó de un todo; sacó sus chiritos de la casa del pae, que no es por nada, pero es la casa más bonita del pueblo, y ya vive de lleno en Las Tangas. Es que ella no va por raticos, no señor, vive ahí metida, como que ofrece servicio las veinticuatro horas. El papá al principio quiso tapar el sol con un dedo, pero ¡qué val!, pasión es pasión y la Dina Luz nació puta y puta se muere, ahí no hay rezo ni avemaría que valga. Si por ahí me enteré de que el pae le estaba ofreciendo plata a nuestro veneradísimo curita para que le hiciera unos rezos, dizque para liberarla. Nuestro gran curita le dijo que él no podía obligar a nadie, que la única solución era que ella viniera al cuartico de los que se confiesan y pidiera perdón por su montón de pecados.

Y es que en este pueblo de locos, como que el diablo anda suelto, o como que los santos revueltos con los demonios, porque ya va a hacer un año que llegó este curita que ha sido como un Cristo

chiquito, tan querido, tan santico nuestro veneradísimo; pero como la dicha duró poco, también ya va a hacer un año que apareció el tipo raro de la plaza. Ese, ese que ya las bandidas de Las Tangas bautizaron el 'Güevo de Oro'. Ajá, ya ni le cobran, ahora ellas son las que hacen fila para que él se las despache a toditas. Y ni hablar de la desgracia del señor don Gustavo con la Dina Luz que ya tiene como siete meses que no sale de Las Tangas y claro, el Güevo de Oro la atiende de primerita. Ajá, esas son cosas que pasan, pero la capilla ahora se llena más que nunca porque hasta los hombres más *retobaos* van a la misa con sus mujeres por miedo a que estas se les dé por visitar al 'Güevo de Oro'. Las señoras vienen con sus maridos para cuidarlos de que no se vayan para Las Tangas a que los barra la Dina Luz, pobre muchacha. Bueno, lo último que supe fue que el pae *cansoniando* y *cansoniando* la convenció de que viniera a confesarse con el Cristo pequeño de este pueblo loco, el santo curita. Ojalá venga. Yo todos los domingos ojeo, pero nada, la Dina Luz no viene. Menos mal que nuestro curita mantiene bien tapadito y no se deja ver ni la frente, tan santico él. Usa puros gorritos de lana para cubrirse el pelo y le llegan hasta arribita de las cejas. Ajá, así tapadito es mejor, porque con lo putica que es la Dina Luz es capaz de echarle el ojo, a la final es un hombre.

Y hablando de hombres, el 'Güevo de Oro' es hasta juicioso porque aunque ya su fama de buen machucante se ha regado por todo el pueblo y sus alrededores, no se ha desbocado así como la Dina Luz y las otras bandidas, él apenas viene los tres últimos días de la semana. Aunque oyendo y oyendo por ahí a esas viejas chismosas, me supe que el tipo camina con la cabeza gacha. Es que como que es *rejugado* desde *pelao*, porque dicen que en la frente tiene *cipote* de brecha en forma de cruz que dizque se la ganó cuando era un culicagao' por andar cazando burra. Un día como que le apretó mucho el rabo a una y mándale esta una severa patada y ahí le quedó la marca. Ese fue otro que nació bandido.

Al fin llegó el día. Bien dice el dicho que no hay plazo que no se cumpla ni mujer que no lo dé. Hoy domingo viene la Dina Luz a confesarse. Mínimo ya se cansó de tanto trajín, o quien sabe con qué enfermedad de esas malas vendrá la pobre. Ya el curita entró con su gorrito de lana al cuartico de confesión. El señor don Gustavo mira

desde la puerta de la capilla. Las viejas chismosas se asoman desde las hendijas de sus casas. Y yo estoy aquí cerquitica gracias al señor Jesucristo y a nuestro curita que hoy me encargó de barrer el patio de la santa capilla. Ahí viene la Dina Luz. El santo curita ya está dentro. Ella abre la puerta. Sagrado rostro, ya empezó a hablar. Dicen que hay fiesta en los cielos cuando un pecador se arrepiente, y yo creo que sí, porque hoy el día amaneció como contento y está pegando una brisa arranca techo. ¡Miércoles, la brisa! Se me olvidó cerrar la ventanita del cuartico de confesión. Pero ya el curita empezó. Qué pena, ahora se le va a meter la brisa y el polvo por la ventana al santo curita. Dejó de brisar. Se formó un nubarrón. La Dina Luz habla con la cabeza gacha. De pronto viene un nubarrón del lado del caño, pega contra la ventana del cuartico, le vuela el gorrito al curita. Y al fin la Dina Luz alza la cabeza para limpiarse los ojos de la tierra que trajo la brisa. Lo mira, y el curita no alcanzó a ponerse el gorrito, sagrado rostro. Es la única en este pueblo que le ha visto tan de cerca el fino y santo cabello a nuestro curita. Pero a ella como que no le importa el pelo, porque se quedó lela mirándole una marca en forma de cruz que tiene nuestro santísimo Crístico en la frente.

H

H
POESÍA
H

EL GATO ESTÁ EN TU TEJADO

Jaime Alexander Córdoba Madroñero

Poemas

Hay poemas
que caminan
van de la mano del transeúnte,
lo siguen sigilosamente,
lo acompañan en la empedrada vía del destino,
en las salas de espera de los hospitales,
en la nocturna soledad enmohecida.

Se escriben en las hojas secas del invierno;
son vida,
son delirio,
embriagan,
apuñalan
y lloran hasta las tildes.
Poemas con patas de perro.

Iba por la calle

A mi lado pasó una anciana,
llevaba puesto unos andrajos de lana,
en su mano izquierda tenía un bastón,
y sobre sus hombros cargaba un costal,
lleno de cajas, botellas, recuerdos y lágrimas.

Ella tenía la mirada encorvada,
y entre los basureros buscaba,
el pan de cada día,
para reciclar,
la indolencia humana.

Párpados

Te has ido
tantas veces
que sin darte cuenta,
dejaste la puerta abierta.
Entraron ausencias
hambrientas de mi cuerpo
y sedientas de recuerdos.
Entró una estampida de noches sin sueño,
un mar estrepitoso
de gritos y desesperos.
Por eso cuando volviste,
a esta casa
donde se desmoronó
poco a poco la vida,
Yo,
ya no estaba,
y ahora que te vuelves a ir,
regresé,
la cerré,
y le puse aldaba.

Empolimismado¹

Soy como un punto de polilla,
impregnado en un instante,
bajo el abrigo de la rutina
inmóvil pienso,
todo el día.

Busco esa luz incandescente,
esa luz de fantasía.

... Al volar esparciré mi cuerpo,
sobre los pasos del tiempo,
quiero dormirme en la luz tibia
del recuerdo.

Hasta que me apagues la luz
y busque otra razón...
a la vida.

1 Empolimismado: dicese de la conjugación entre el verbo ensimismarse y el sustantivo polilla, lo cual es extraño, pero ahí está, el por qué las polillas se prenden del pensamiento y del amor, tan seriecitas vestidas con su traje gris, buscan colores a la vida. (Tomado a sorbos del diccionario de la lengua imaginada del autor).

Letras ratonas

Se entraron a mi casa,
no las he visto, pero sé que están aquí,
he escuchado sus chillidos.
Los libros están mordidos,
y en varias partes hay bolitas de papel.
No les pongo trampas,
porque, después de todo,
son mi única compañía,
y salen de noche
a devorar mi silencio.

El sabor de leer

Un libro de historia, sabe a gloria,
un libro de hadas, sabe a mermeladas,
un libro de castellano, sabe a banano,
un libro de matemáticas, sabe a yerbas aromáticas,
un libro de aventuras, sabe a frutas maduras y ricas verduras,
un libro sagrado sabe a un grano ...de mostaza,
un libro de literatura infantil sabe a perejil,
un libro de cuna, sabe a luna,
y un libro de monstruos sabe a coco.

Mi gato

Mi gato se come las uñas
será de nervios o de angustias
anda con las uñas deterioradas
y las patas despeinadas.

Versos musicales

El piano tenía dolores,
se quejaba en bemol y sostenido.

Pronto en la villa
se escucharon los rumores
y de todas las tierras
acudieron curiosos, periodistas y doctores.

Ni el ingeniero electrónico
logró calmar los dolores
y recomendó llamar urgentemente
al sacerdote y al pianista.

El pianista, que en ese momento
salía del consultorio,
observó lo que sucedía
en una tienda de televisores.

Al llegar y ver al piano deprimido,
lo examinó, ¡el problema era grave!
El teclado estaba con caries,
y tuvo que resanarle todas las negrillas.

El piano quedó aliviado
y sonriente afinado;
menos mal que el pianista
también era dentista.

7 POEMAS

José Danis Morelos

Ciudad del silencio

Lejos de la vida, al lado de la nada
Dueños de la noche fría
Y de las sombras borrosas

Ciudadanos
¿Ciudadanos?
¡Ciudadanos!

—Carnaval de las voces muertas.

Sueños frustrados enterrados

Que viva el eco del viento
Y el sonido del sol a plena noche

—Nada, nada somos ahí.

Así está mejor
Pero... ¿a quién se le ocurrió?
Afuera venden rosas

—No vamos a ningún lado.

Shsss... escuchen al tiempo

Consagración antes de misa

Estar aquí me sabe a felicidad
Tu cabeza sobre mi pecho
Tus dedos entre los míos

—Total comunión contigo.

Ese alboroto dentro de mí
Me deja exhausto
Como un templario luego de la guerra
¡Vaya bendición! Es una victoria

Que toquen las campanas
Que suene el arpa
Mientras ella y yo
Tocamos el cielo
Nos bañemos en el Jordán
Y probemos de la fruta de Eva

—Despierta ya mi amor.

¿Dónde quedó mi estola?
Hoy no me pongas muchas hostias
Seré breve...

Soledad

¿Y qué me dices de ti?
No has cambiado nada
Sigues siendo la misma incomprendible
La misma egoísta
La misma que se despierta

Sin saber qué día es
La del silencio implacable

—Eres el espanto que quiero tener.

¿Y qué hay de tu pasado?
Oscuro, tenebroso, frágil
Un pantano en medio del mar

—Un túnel sin entrada ni salida.

Tal vez te imagino
Pero dime
¿cuándo te comencé a soñar?
Sé que no existes
Pero hoy te haré el amor

Dejadme aquí

Este sabor a vida fresca
Lo disfruto en cada palpitar
Es como abrir las alas y comenzar a volar

—Sombras del pasado pisando mi cama.

Burbujas de colores que rodean mi cabeza
Las guardo en el taller de mi alma
Donde creo los días felices
Y donde invento el amor para alguien

¿Que dónde estoy?
Estoy atrapado en mis sueños
Por favor no me despierten
No me liberen
Aquí aprendí a vivir y ya no me quiero ir

—Saludadme al tiempo.

Es hora de reír con ganas
De pintar su rostro
Y ser el pincel en las manos de Dios

Amor fingido

Es tan tuyo como mío
Este odio que sentimos al silencio
Al espanto de nuestra soledad

—Mundos compatibles en los sueños.

Devoradores de tristezas y lágrimas
Espejos salpicados de recuerdos
Vacíos infinitos cada segundo

—Este puto miedo.

Salgamos de esta burbuja débil
Ya encontré el gancho para colgar el amor

—Mañana usa otro vestido.

Y... entonces

Habrá terminado la farsa

Plan perfecto

Tengo pendiente una felicidad contigo
Con tu existencia, con tu persona

—No lo olvido jamás.

Lejos del ruido enturbiado por los aplausos
De las máscaras y las risas hipócritas
Lejos de mi tristeza y decepción
Lejos de los visitantes necios de atalayas

Es una felicidad al otro lado de este pantano
De este valle corrupto y descarado
De este espantoso lugar sin sentido
De esta farsa bien pagada

A parte de los sarcasmos intencionados
De los dueños de nada
De los pobres con dinero
De los muertos que lo sabían

—Allí por fin, tú y yo.

Significado de universo
De verdad, de vida
De las palabras aún no habidas

Tú baila lo que gustes
Mientras yo...
Retengo esta idea maravillosa
Y arrojó esta cruz al mar

Bandido...

Bandido el tiempo que nos robó
Nos robó los días, las horas, los minutos
Nos robó el instante de los dos
Y nos jodió las vidas
Nos acribilló a golpes el corazón
Nos insultó y luego se negó

—Es un bandido insensato.

Se nota que no sabe nada del amor
Que no sabe de locura
De mariposas

—Pronto le llegará su hora.

Y entonces...
Habrá dado un suspiro
Y contemplará el aroma de la noche fresca

—Mientras tanto...

Marcaré su espalda
Y le haré sentir su culpa

AMANE CER

Luis Carlos Ramírez Lascarro

*... en este instante...
agoniza en verdad un poco.*

ROGELIO ECHAVARRÍA

El día abre sus ojos y descansa la luz sobre tus hombros:
Cantan los almendros, duerme la noche,
y los musgos de mis sueños me susurran tu nombre:
Claro, fresco, vibrante.

Por ti, para ti, herí la noche con una lata de tumbar cocos
y apretujé el mar en una caracucha.

Cuando bosteza el día, se despereza y sonrío
/y deja un pedazo de sol en tus ojos.

Navego sobre mis instintos por el aroma de tus mares.
Piérdeme.

Traigo una brasa ardiente para tu centro oscuro.

El día estira sus huesos y se recrea en tu mirada
/y en tus senos de almendra.

Siente caer sobre tu vientre el rocío salobre de mi vientre:
El fuego, la calidez que dora y perfuma tus entrañas
/en un suspiro profundo.

Cuando el día es día y abres tus ojos y te estiras,
/bostezas, sonrías y te desperezas...

PEQUEÑO POEMA INFINITO

Diego Rodrigo Echeverry Caicedo

*[...] como lengua de niño
que sigue los esfuerzos,
de su caligrafía,*

*como una anguila inmersa
en un cesto de anguilas,*

*se asombra el trazo de sí mismo
esquivando la mano
que lo nutre [...]*

SEAMUS HEANEY, *Norte*

Con hilo y aguja

Pasa el hilo
por el ojo
de la aguja;
hálalo,
emparéjalo
y anúdalo.

Pasa el hilo
o el sueño
por el ojo
o el verso
de la aguja
o la lengua.

Pásalo
pásala, poeta,
tu alma
y entonces,
 sólo entonces
aplícate a lograr
la precisa, cifrada
costura del poema,
así *sólo consigas*
el urgente remiendo
de tu existencia rota.

Premiación Real

Aquel día de oro
en ceremonia pública
recibe de manos
de un notable olvidadizo
las llaves de la ciudad
en honor a sus hambres
y a sus versos.

Otro día sin término
en la hora más sorda
cuando la urgencia sitia,
el poeta sale de su sueño
y toca en cada casa.

Y nadie abre

y de nada sirven
esas llaves doradas.

Cada quien
de modo soterrado
ha pasado la aldaba
por dentro
a su puerta.

Verso adentro

Sobre el papel
 la mano
 —una pluma
 por *mástil*—
 tras la signada
 travesía.

La esfera desnuda
 de la luna
 sobre seres y objetos.

Mano emplumada
 y *página*
 aúnan su destino.

En contravía
 de la tierra firme,
 de sus puertos,
 avanzan sin premura
 rastreando
 lo innombrable.

Se hunden
 verso
 adentro,
 descubren
que
 al
poema
 sólo
 se

Hega
 n
 a
 u
f
 r
 a
 g
 a
n
d
o

Entre las palabras el milagro

La mano frota
contra el papel
la punta del grafito
aguarda
 las palabras
el milagro.

Tarde o temprano
el *mítico carbón*
del maderamen
la mano laboriosa
y la página en vilo
harán surgir
el fuego.

Antiguo dictum

Mientras escribas
no sumerjas tus manos
 en la nada,
no busques tu rostro
 en el vacío.

En silencio
advierte
la belleza huidiza
 del relámpago,
el desescamarse
 de la luna
sobre los desahuciados
y los gatos.

Entretanto
unge tus sueños en la tinta
encuentra, al fin, tu cara en el papel
cubierto ya de azogue,
de vocablos.

Merecerás tu abismo.

Es un espejo el verso.

La vida, su espejismo.

DESTELLOS DE LÚCIDA LOCURA

Domingo José Bolívar Peralta

Muerto

Respiro..., pero estoy muerto.
Como..., pero estoy muerto.
Bebo..., pero estoy muerto.
Me ves mover, caminar...,
pero estoy muerto.
Me ves sonreír, me oyes reír...,
pero estoy muerto.
Me oyes hablar, me oyes cantar...,
pero estoy muerto.

¡Estoy muerto, estoy muerto!

Lo que percibes no es más que
una sombra de lo que fue,
sólo soy un ser espectral.

Suelo soñar, mucho soñar...,
pero los sueños de un hombre muerto
son bellos fetos que nacen muertos.

¡Quiero vivir, deseo vivir.
Salir de aquí, pasar el umbral!
Mas he perdido toda mi fe
y muerto estoy..., ¡bien muerto!

Monólogo a muerte

—No lo ves. ¿Cuánto cuesta
abrir tus ojos?

—Están abiertos, eres tú
quien va con tus párpados
abiertos como ventanas
de una casa abandonada.
Casa oscura, cuencas vacías.

—No soy así.
Eres tan cruel, no te importa
que mis ojos sufran
cuando ven el cielo
para mí imposible.

—No, no soy así.
Mientes para que yo sienta culpa
de verte y darme cuenta
de todo aquello que tu ceguera
abandona. Yo veo, lo veo,
y quiero que tú lo veas.

—¿Ver qué? Los colores que tú ves,
las formas que tus ojos aprecian
son mentiras,
vestidos de gala de la mierda.

Mírame, observa que no hay tal
fantasía para esta casa.
Mis ventanas se abren al mundo
y el aire entra con el humo
asfixiante de las piras
donde se queman
las últimas estrellas del firmamento.

Yo veo muy bien
pero tú no me ves
y eso es lo que quiero:
¡que me veas!
¡Que veas las lágrimas secas
de este par de cuencas huecas!

—Ya lo veo. No quiero verte.

Fameña

Secos líquenes son los míos
adheridos a las paredes
de las oscuras fosas.
¡Envidio tanto a los niños
que se comen sus mocos!

No sé qué profeta dijo
ten cuidado, poeta,
la poesía es demasiado hermosa
y se te olvidan otras cosas.
No escribas tu propio sino
en verso, hazlo en prosa.

Palabras estas que nunca entendí
hasta ahora, que las reescribo
con las entrañas broncas.

A la aventura, como un Quijote,
salí de la casa abueterna un día
y de tal locura hallo en la vía
los chascos de la desventura.

De aquella casa seguro era
que de lo que en la cocina olía
más tarde en el comedor comía.
¡Ay, qué triste pena ahora!
que a nada huele la habitación mía
(donde vivo solo y con agonía)
salvo a sucias calcetas
y libros viejos,
y envidio también a las poliflas.

¡Poeta, qué maravilla!
Aspiras a una sublime idea
con la barriga vacía.
Gruñen tus tripas, y aún así
¡sueñas, orate;
qué sueñas, más mal, deliras,
con los eternos laureles
y que la comida espere!

¡Hombre, hombre, por favor resiste
hasta que el poeta haga lo suyo;
no desesperes!

¡Poeta, poeta, dale al hombre
lo que es suyo:
come y bebe!

Poeta, hombre, hombre, poeta:
que ni el hambre venza jamás tu orgullo,
mas no mueras de hambre por puro orgullo.

Mi ciudad

Esta es la ciudad
impía.
Corren niñas cuyo olor
alerta al lobo feroz:
es una emboscada.
El semen en la cama,
la sangre en el papel
y el escupitajo en la cara.

Esta es la ciudad
umbría.
Tiene miedo en cada esquina;
tanta luz proyecta sombras,
su calor es una bala.
Cuidado con el señuelo,
el desparpajo es una trampa
de truhanes con buena pinta.

Esta es la ciudad
tardía.
Viene siempre justo a tiempo
para ver colgarse al suicida,
quien maldice su sonrisa cruel.
Al ataúd da sus besos,
en un baúl esconde vergüenzas
y en la vitrina se vanagloria.

Esta es mi ciudad.
Que un día
borren de sus calles la gente
sudorosa que en ella palpita.
Correrá un dios desnudo
tras el olor indeleble de las niñas ausentes
y llorará desconsolado al darse cuenta
que esta ciudad es inaprensible.

En la cruz

Húmeda y rojiza perla henchida
por angustias y dolores
resbaló de su frente, cayó al párpado,
regó sus pestañas. Comprendió
que hasta algo tan simple
como secarse el ojo, era para él imposible.
Lo cerró
muy fuerte
y al abrirlo nuevamente
sintió las llamas del Infierno
derramarse en su pupila.

Quiso escrutar el Cielo.
Nada halló más que a sí mismo
perdonándose sus pecados.

El sol golpeaba sin compasión sus carnes
ultrajadas. Veíase tan débil, tan humano...
Entonces de su boca salió un grito;
dijo: ¡Padre, por qué me has abandonado!

DOS MÁS UNO

Magdalena Velasco Mendoza (Migdal Madu)

Abrupta ella
Él,
Usted,
Yo...

la soledad nos escupió y buscó un amante
se avergonzó de nuestros pasos convertidos en viento,
dejó rastro de pupilas sostenidas por las uñas carcomidas
en el cuarto 407 del sanatorio donde espera...

ella le susurra al silencio en cada atardecer una faena
El, con manos cortadas de olvido, acaricia las ardillas

yo,
sólo sé que huyen de la noches para no perderse: Ella en los
pardos,
Él perderse en mi piel

quiere salir.

FANTASÍA DE RECUERDOS

Clara Romero Barrios - Claire

Devoción

Como la cruz más liviana en tu cuello, llevas mi manto de plata sobre tu cuerpo.

Con una fe infinita te aferras a mí cuando lo necesitas.

Con una picardía desgarradora, he sido testigo silencioso de lo que algunos todavía llaman pecado.

Con la esperanza del libre, me aprietas con tu mano y me entregas tu alma desnuda.

Soy el primer sol que te acaricia cuando despiertas.

Soy la última luna que abraza y despide tu cuerpo cuando Morfeo anuncia que llega.

Soy el guardián de tu alma rebelde cuando decide escaparse en tus sueños.

Se acabaron esos días de oscuridad, cuando bajo llave me encestaste en el baúl de tu nostalgia! Entendiste, por fin, que es a ti a quien pertenezco, es a ti a quien protejo...

... Y si quieres, sólo si quieres, puedo comunicarte con Él: tu Creador. Tan sólo recuerda la oración que escrita en mí, susurras en tu espalda.

La Mujer Espejo

Salida de otra dimensión una mujer existió,
con cuerpo plano de cristal, la imagen de muchos reflejó.

¿Quién eres? Preguntaron tantas veces.
¿Quién eres? Las mismas veces respondió...
A veces bella, a veces negra,
a veces vieja; todo depende de quien se refleja.

¡Alucina! Siente como se separa de sí misma,
como se desprende de este mundo irreal,
como su imagen pierde nitidez en el ocaso de su ser.

¿Superficial? ¡No! ... Profundidad.
Ella arranca de tus ojos los secretos mejor guardados.
Te los muestra, te molestan; sin percatarte que es el reflejo de
tu propia alma.

¿Y ella? ¿Se ve a sí misma?
Su alma ya no la habita; transita entre los mundos que trastornó
su mente.

La maldición del juglar

Desde la Europa Medieval hasta la antigua provincia de Padilla,
juglares sin igual anduvieron por los senderos del tiempo y de
la vida.

Con alma, corazón, gallardía y picardía,
cantaron con pasión las historias de aquellos pueblos que
recorrían.

¡Realidad: mágica y profunda!
Sus cuerpos se convirtieron en orquestas vivientes,
que se retaron a una muerte improvisada
en la tarima de un anciano trotamundos,
de quien se dice, era el mítico interprete de un noble Marqués.

Paseo, merengue, puya y son,
juglares del corazón que todo dieron al folclor,
pilares malditos, algunos con míseros destinos.

El fantasma del olvido se interpuso en sus caminos,
llenando sólo de memorias sus bolsillos.
¡Lamentable maldición!
El sentido sentimiento se desvanece,
y con este, la historia y la tradición.

La primera vez que la vió

Sus ojos recorrían su diminuto cuerpo, confirmando, con duda,
que todo estuviese en su lugar.

Contó dos ojos, dos orejas, una nariz, una boca...

Contó todo y todo estaba en su lugar.

¡Y llegó el momento!

Un silencio preocupante paralizó sus cuerpos, aniquilando mis
sentidos a la distancia...

Nadie más llamó, nadie más escribió.

¡Y llegó el momento!

Una vibración en mi bolsillo, una foto recibida,
una imagen distorsionada, las sombras más queridas...

... Un momento que sólo pude imaginar...

¡Y llegó...!

Su padre recorría con sus ojos temblorosos el diminuto cuerpo
de su primera hija,

confirmando, con duda, que todo estuviese en su lugar.

Contó dos ojos, dos orejas, una nariz, una boca...

Contó todo y todo estaba en su lugar.

... Un momento que sólo pude imaginar...

El Dragón Azul

Majestuoso animal de escamas azules,
retienes la humedad de tus lágrimas,
dormido en el eterno invierno de tu mundo,
te aislaste del resto de tu casta.

Mil pasiones despertaste,
mas la tuya nunca había sido despertada.
La vanidad de sus cuerpos,
no les dejó ver la necesidad de tu alma.

Zafiro del desierto,
luz inmortal de Dios,
protege a este dragón,
que finalmente a tus brazos cedió.

Y en la más hermosa primavera,
el Dragón Azul despertó,
renació su espíritu guardián,
renació el feroz defensor de mi amor.

La construcción de una educación prohibida

¡Te quiero! ¡Eres lo más importante!
¡Listos los cimientos!

¿Diferente?... ¿te preocupa?
¿Sabes lo que pasa a tu alrededor?
¡Analiza! ¡Contribuye para que sea mejor!
¡Valora la diversidad!

Todo ser humano es diferente y aún así todos somos seres humanos.

¿Qué te emociona?, ¿qué te hace feliz?
¡Lista la estructura!

¿Cuál es tu idea?, ¿tu propósito?, ¿tu argumento?
¡Debate!
¿Consideraste esta teoría?, ¿cuál es el conflicto?, ¿hay solución?
¡Dialoga!
¿Qué te preocupa?, ¿necesitas de alguien?
¿Cuál es el motor de tu vida?, ¿te emociona?, ¿te sientes feliz?
¡Listos los muros y cubierta!

¡Alto!
¡Mira hacia atrás!
¿Has sido el constructor de tu vida u otros lo han hecho por ti?
¿Te emocionó el camino?, ¿has sido feliz?, ¿qué sigue?... ¡No esperes!
¡Listo el acabado!
¡Lista tu obra!
¡Magnifícala..., ahora!

HAY FINAL

E. Mauricio Delgado Miranda

Fluye en el mar,
su libertad es efímera
la cadena es constante
su locura, su mente es libre
su expresión lo lleva al borde

el hilo se funde con el río
busca su fin.

CADA PALABRA

Brayan Esteban Cifuentes Herrera

Cada palabra es una niña que odia
un profeta que danza entre la vida y la muerte.

Tiene el susurro que el viento
guarda para las tempestades.

Un vaho de sirenas degolladas
tiñendo la lluvia.

Cómo llámarte, beldad
Si en mi paladar zumbas,
Si tu nombre es de un dolor que rompe la boca.

Tu mirada zumba en mi paladar,
es como si el dolor del mundo rompiera la boca.

Batiré cada sombra
como gaviotas ciegas
como una colisión de cuerpos,
dejaré que las semillas agiten su canto.

Cada palabra tuya es la huella
de un astro que se desintegra
ante mis ojos.

Tu aire

Paso por tu aire
como una hoja
que crepita entre enredaderas,
en tus piernas de polen hay una fotosíntesis secreta
una luna no alcanzaría
para que entremos en la noche.

Si al caso esa brisa basta
para embriagarnos de su canción oscura.

Tu caricia

Tu caricia
se ha enredado entre mis manos
árbol para tus hiedras,
ahora, sin más puerto que la noche,
nafragamos en ella,
que impronta
nos promete su rauda semilla.

Tus caricias
orbitan mi sangre,
como un edema sin rostro,

es como un llanto sin lágrimas
que guardo
para cuando regreses.

Si te hallo o te pierdo

Si te hallo o te pierdo
en este paraíso de madre selvas en cautiverio
en el sudeste por donde cae el viento
en la sonrisa trémula que brilla en lo oscuro
en un crepúsculo atrapado en una botella de almíbar
en un río, envuelta de sol y sombra
nadándote,
la ternura bajaría de los chacales sobre los que ha ido a beber
agua del desierto.

Sobre mis hombros una luz de mediodía,
no sé si te hallo en cada palabra que solloza,
en cada caricia que ríe
o en el sueño perdido de un loco que nunca olvida.

Apocalipsina

En los hospitales los pacientes se asesinan,
sólo saben morir,
la parálisis se ha tomado los pabellones de este infierno,
anestesia en el cardio,
la llaga escondida es la boca abierta,
la memoria inflamada,
y la caridad apenas se pasea
entre los convalecientes
como en un campo de claveles malditos.

Las enfermeras lloran a sus muertos,
el día aún entra como un verdugo
por las ventanas de la tumba prometida,
los gemidos opacan las alarmas
y afuera las multitudes
se precipitan hacia las camillas.

Los asilados de la guerra
rezan en alguna trinchera mal acuartelada
afuera, los niños jugando con nadie
la peste embota a los indefensos,
mientras ciempiés laurean las estatuas de los mártires.

H
AUTORES Y TALLERES
H

SOBRE LOS AUTORES

H

Selección, edición y presentación

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE (ED.)

Premio Nacional de Novela 2008, del Ministerio de Cultura por *Disturbio*. Autor de *Carlos Fuentes: una lección del tiempo y la circunstancia* (1992), *La mirada enferma* (2005), *Disturbio* (2009), *El Quijote de Shakespeare*, entrevista al historiador Roger Chartier (2010), *Sobre la escritura* (2010), *San Mateo y el ángel* (2011) y *Ellas se están comiendo al gato* (2013).

Cuento

CAROLINA ROJAS VÉLEZ

Ocupó el primer lugar, en la modalidad de Mejor Cuento, dentro de la categoría Mejor asistente a taller, por la obra “Las palabras hacen falta, sabes”, en el marco de la convocatoria “Apoyo a mejores textos en talleres de la Red de Escritura Creativa Relata 2013” del Ministerio de Cultura.

Nació en Santiago de Tolú (Sucre) en 1981. Egresada del programa de Psicología de la Universidad de Antioquia en 2010. Asistente al Taller literario de la Universidad de Antioquia, dirigido por el escritor Luis Fernando Macías, durante los años 2010 y 2011. En la actualidad participa en el Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto, el cual dirige el escritor Jairo Morales.

DANIEL MAURICIO MONTOYA ÁLVAREZ

Ocupó el segundo lugar, en la modalidad Mejor Cuento, dentro de la categoría Mejor asistente a taller, por la obra “Los zapatos azules”, en el marco de la convocatoria “Apoyo a mejores textos en talleres de la Red de Escritura Creativa Relata 2013” del Ministerio de Cultura.

Nació en Puerto López, Meta, en 1984. Estudió Licenciatura en Lengua Castellana en la Universidad del Tolima (Ibagué). Ganador del Concurso Antología del Nuevo Cuento Tolimense “colección Soledad Rengifo” (2009). Mención de Honor en el XXIII Concurso de Cuento Corto de la Universidad Externado de Colombia (2010). Mención Única de Honor en el IV Concurso Nacional de Poesía Julio Flórez (2012). Textos publicados en la Antología del taller literario Liberatura-Ibagué *Mapas Rotos*. Actualmente participa en el Taller de Relata Liberatura-Ibagué.

JORGE HUMBERTO CORREA DÍAZ

Nació en Buga (Valle) en 1972. Es licenciado en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. Participó en la edición del libro *Rutas de libertad. 500 años de travesía* (2010). Actualmente se desempeña como educador y directivo en el departamento del Guaviare. Participa en el Taller literario Relata - Guaviarí.

CARLOS DAVID PERUGACHE

Nació en Samaniego, es el mayor de seis hermanos, hijo de un educador y una ama de casa. Salvo sus años de estudios universitarios y algunos trabajos temporales, casi toda su vida ha transcurrido en su pueblo. Allí tiene a su familia. Actualmente trabaja como coordinador social de un programa de ayuda a comunidades campesinas cafeteras de Nariño, que lidera la iglesia católica de los Estados Unidos. Fue director del taller de escritura de Samaniego. En el año

2012 participó en el taller virtual de escritura con el escritor Antonio Ungar. Algunos de sus cuentos han sido publicados en la primera antología literaria del taller José Pabón Cajiao y en la página web de Relata.

ANDERSON ALARCÓN PLAZA

Nació en Funza, Cundinamarca en 1995. Actualmente estudia licenciatura con énfasis en humanidades y lengua castellana en la Universidad Distrital, es participante activo del taller de escritura creativa Funza para Contar. Publicó textos en el libro *El tercer botón de la camisa y otros cuentos*.

CARLOS ALBERTO SIERRA LIMAS

Nació en Arauca en 1970. Estudió Ingeniería de alimentos y se especializó en gerencia de proyectos en la Universidad Nacional (Bogotá). Lector y escritor apasionado de toda clase de textos. Periodista por vocación, dirigió durante 5 años el programa periodístico “Noticias Kapital”. Actualmente participa en el Taller de cuento Arauca lee, escribe y cuenta.

BLADIMIR DÍAZ RAVELO

Nació en Fundación Magdalena, 1980. Estudió Tecnología en Higiene y Seguridad Industrial en el Instituto Universitario de La Paz (Barrancabermeja). Ganador del concurso Nacional de Cuento Relata, 2011; Segundo lugar Concurso Nacional de Crónica Ecopetrol 90 años, 2012; Ganador Concurso Nacional de cuento Ciudad Barrancabermeja -categoría escritor barranqueño-, 2012. Texto publicado en la antología de cuento Relata 2011: «Emma está a la espera». Actualmente participa en el Taller Relata Barrancabermeja. Blog: <http://literatura-abracaribe.blogspot.com/>

ORIANA RUSSO

Nació en Santa Marta, en 1990. Es diseñadora gráfica de la Universidad Jorge Tadeo Lozano de Cartagena, y pertenece desde marzo del presente año al Taller Relata Santa Marta. Ganadora del tercer puesto en el Concurso Cuento Joven del Magdalena (2013), y

actualmente cuenta con dos textos publicados: uno en la revista *La Brújula* (2011) y el segundo, el de la presente antología.

ALEJANDRO METAUTE ARANGO

Publicitario de la ciudad de Medellín. Es docente de la Universidad Pontificia Bolivariana y de la Institución Universitaria Colegiatura Colombiana, donde dicta cursos sobre estrategia. Hace parte del taller de escritores Mascaluna, dirigido por el escritor antioqueño César Herrera, con sede en la casa de Fernando González Ochoa, Otraparte.

JUAN CAMILO LARA

Nació en Cali el 2 de Marzo de 1990. Estudió sociología en la Universidad del Valle. Actualmente participa en el Taller de Escritura Relata - Écheme el Cuento. Persona de pocas palabras y muchas letras, silencioso e invisible, como las cigarras bajo la tierra.

RICARDO LLINÁS

Nació en Barranquilla en 1980. Estudió filosofía en la Universidad del Atlántico (Barranquilla). Ganador del concurso: Cuento y Poesía Inéditos, Universidad del Atlántico (2006). Segundo lugar: concurso de ensayo Leamos la Ciencia para Todos, del Fondo de Cultura Económica y el Ministerio de Cultura (2006). Textos publicados en la antología de cuentos Para Tomar en Cuento (2008) y Así Va el Cuento (2009). Actualmente participa en el taller de cuento y poesía Relata José Félix Fuenmayor.

YADIRA ROSA VIDAL VILLADIEGO

Nació en Unguía, Chocó, en 1986. Estudió Antropología en la Universidad de Antioquia (Medellín). Especialista en Lúdica Educativa de la Universidad Juan de Castellanos (Tunja). Actualmente participa en el Taller de Escritores Urabá Escribe.

WILLIAM LÓPEZ DURANGO

Nació en Cereté, Córdoba, en el año 1977. Estudió Artes Escénicas en la Universidad de Ciencias Aplicadas y Ambientales (UDCA. Bogotá

D. C.) Ha sido director de arte, teatro y cine, vestuarista y escenógrafo profesional. Ha representado a Colombia en expo-artes 2006 y en el Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá. Recientemente hace parte del taller literario Raúl Gómez Jattin de Cereté, y Relata publicará su primer cuento.

JESÚS VILLÁN

Nació en Cúcuta, en marzo de 1991. Estudiante de Ingeniería Industrial de la Universidad Francisco de Paula Santander. Reconocimiento en su destacado poema “De su recuerdo o relativo a ellos” en la convocatoria abierta *Voces de nuestro norte*. Actualmente participa en el taller de escritura creativa “Relata”.

GLORIA INÉS HOYOS CORTÍNEZ

Nació en Sincelejo, Sucre. Licenciada en Lenguas Modernas (Universidad del Atlántico). Especialista en Pedagogía de la Lengua Escrita (Universidad Santo Tomás). Especialista en Informática Educativa (Universidad Francisco de Paula Santander-Ocaña). Becaria del Gobierno Francés para Curso de Perfeccionamiento Lingüístico y Cultural en Francia. Docente de la Institución Educativa Cristóbal Colón (Morroa, Sucre). Editora del edublog: <http://telar2009.blogspot.com/>, miembro activo de Relata Sincelejo “Páginas de Agua”.

LUZ KATHERINE CASTELLANOS GIL

Nació en Manizales en 1980. Estudió Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana en la Universidad Santo Tomás. Maestro Virtual certificado por la Universidad Tecnológica de Pereira. Cuentista, ensayista y dramaturgo. Actualmente participa en el Taller de Dramaturgia de la Universidad de Caldas, perteneciente a la Red Relata.

JORGE ROMERO POLANCO

Nació en Bogotá en 1976. Publicista. Ganador del concurso RENATA (2010), COOPJUDICIAL (2010), Premio especial del público Canal Literatura (2010), mención de honor IBRACO (2011), ganador de la convocatoria de antología de cuento Hugo Ruiz Rojas (2013).

Textos publicados en la antología de cuento Biblioteca Soledad Rengifo (2010), Mapas Rotos, antología Relata-Liberatura (2012). Actualmente participa en el Taller de Cuento Relata - Liberatura, Ibagué.

ASTRID MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

Nació en Bogotá el 6 de Junio de 1988. Estudió Derecho en la Universidad La Gran Colombia. Se radicó en la ciudad de Bucaramanga hace dos años. Actualmente participa en el Taller de Escritura Relata – de la UIS.

SAM CUMING

Nació en Dublín, Irlanda. Ha viajado por tierra por África del Norte y por el Medio Oriente hasta Afganistán, India y Nepal. Estudió hebreo clásico y la historia del Próximo Oriente en Trinity College, Dublín. Luego hizo un posgrado en cómo enseñar inglés a extranjeros en Inglaterra. Vivió en Colombia, Brasil e Inglaterra enseñando inglés. Ahora vive en Providencia y en el momento está escribiendo una historia del archipiélago.

CLARA INÉS OCHOA DE BAIZ

Soy caleña y descubrí la magia de escribir cuentos en los talleres Relata de la Isla de Providencia. Mi creatividad imaginativa la he expresado con la pintura, con los vidrios y materiales que pasan por mis manos y esto de imaginar una historia y plasmarla en cuento ha sido “otro cuento para mí”.

MARÍA ANTONIA LÓPEZ BRAVO

Nació en Popayán el 10 de agosto de 1984. Estudió Comunicación Social y Periodismo, es especialista en Responsabilidad social Empresarial de la Universidad Externado de Colombia. Amante de la fotografía y la literatura como formas de expresión del alma, actualmente participa en el taller Relata Guajira.

ISABEL RENTERÍA DE GUTIÉRREZ

Nació en Bogotá. Desde hace cuarenta años es Educadora Infantil. Tallerista y conferencista en formación y actualización de Docentes

y Escuela para Padres. Del grupo Palabra Mayor de Cali La casa de la Lectura.

HOLGUER ALFREDO CRUZ BUENO

Nació en Bucaramanga en 1964. Estudió Licenciatura en Español y Comunicación en la Universidad de Pamplona, Norte de Santander. Es Especialista en Gerencia de Instituciones Educativas de la Universidad del Tolima y Magister en Promoción de la Lectura y Literatura Infantil de la Universidad de Castilla La Mancha (España). Ganador del Premio Compartir al Maestro (2009). Publicaciones: Cuaderno de poesía *Azul Gris* 2004, Universidad de Pamplona. Cuaderno de poesía *Noche Clara* 2006, Corporación Cultural Pájaros Azules. Antología de cuentos Cuadernos de Renata *Este verde país*, Ministerio de Cultura 2008. Experiencias Educativas de “Grandes Maestros”, Fundación Compartir 2010. Actualmente participa en el Taller de Poesía Relata – Bucaramanga lee, escribe y cuenta.

JOHN WILLIAM ARCHBOLD

Nació en Barranquilla en 1990. Es licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad del Atlántico. Sus textos y crónicas han sido publicadas en la revista Actual y el suplemento dominical Latitud de El Heraldillo. Tiene una columna de política y sociedad en el semanario virtual eltermometro.co Participa en el taller Maskeletras, adscrito a Relata.

SANDRA LEAL LARRARTE

Nació en Bogotá D.C. pero está radicada en Armenia - Quindío desde hace siete años. Comunicadora social con maestría en ciencias de la comunicación con énfasis en semiótica y docente de la Universidad del Quindío, ha ganado dos veces el concurso *Dunant Passy* realizado en Argentina con los cuentos *El paso del perdón* (2001) y *Las flores de mi jardín* (2005) y finalista en el concurso Ciudad de Bogotá organizado por la YMCY con el cuento *Mejor pierdo el control* (2001).

FABIÁN MAURICIO MARTÍNEZ G

Nació en la ciudad de Bucaramanga. En la UIS estudió Literatura e hizo parte del Taller Literario Umpalá. Ganador del Concurso de Cuento del Instituto de Cultura y Turismo de Cundinamarca (2011) y del Concurso Nacional de Cuento RCN y Ministerio de Educación Nacional (2008). Publicó con Editorial Norma el libro *Me llamo José Antonio Galán* (2010), y con Editorial UIS el libro *Una ciudad llamada Bucaranada* (2010). Otros textos fueron publicados en las antologías de cuentos del segundo Premio Nacional de cuento Fundación La Cueva (2013) y *Todos amábamos a Monina Klevens*, Ediciones B (2012).

LUCY AMPARO BASTIDAS PASSOS

Nació en Pasto. Reside en Popayán. Es arquitecta. Tiene estudios en sociología y especialización en Paisajismo y Construcciones con Bambú Guadua. Ejerce en la Empresa independiente de la construcción desde hace 25 años. Realiza actividades proteccionistas del medio ambiente y el paisaje. Los trabajos de investigación, construcción y paisajismo han merecido ser difundidos en Colombia y en el exterior. Autora del libro *Parques y árboles urbanos* (2012). Organizadora y directora del Primero al Cuarto Concursos Regionales de Literatura ecológica. Columnista de opinión en periódicos regionales desde hace 10 años.

Lucero Rojas Olaya

Nació en Sogamoso, Boyacá, en 1982. Estudia Psicología en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD. Ganó el XXI concurso de Cuento Noble Villa de Portugallete - España (2012). Fue finalista del concurso Nacional de Minicuento 200 años 200 palabras, homenaje al Bicentenario de Colombia. Sus textos ha sido publicados en la antología de cuento *200 años 200 palabras – Cúcuta*, 2011; en la antología *Mapas Rotos*, Ibagué, 2012. En el periódico *Nuevo Día*, separata “Facetas”, Ibagué, 2012. Actualmente participa en el Taller de Cuento Relata – Escribarte Ibagué.

AURORA ELENA MONTES

Nació en Valledupar en 1971, estudia psicología en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD. Participa en el taller de literatura Relata desde el 2012.

ESTEBAN R. JIMÉNEZ BEDOYA

Nació en Pereira en 1988. Estudió Licenciatura en Lenguas Extranjeras en la Universidad Surcolombiana (Neiva). Miembro activo del taller de cuento Relata - José Eustasio Rivera, desde el año 2011.

JIMMY ALEXANDER VÉLEZ

Nació en 1988. Es estudiante de licenciatura en Educación básica con énfasis en ciencias sociales de la Universidad de Cundinamarca (UDEC). Pertenecer, en calidad de asistente, al taller Relata de Fusagasugá. Es promotor de la tertulia -taller SUNAVOCES. Es admirador de José Lezama Lima y Andrei Tarkovsky.

YUDIS CAMACHO

Es autora del cuento “Todo se sabe”. Pertenecer al Taller Literario “Manuel Zapata Olivella” de Relata Montería.

Poesía

JAIME ALEXANDER CÓRDOBA MADROÑERO

Nació en Ipiales, Nariño. Estudió Licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad de Nariño. Es fundador de *LITNAR, literatura y cultura nariñense* <http://litnar.blogspot.com/>. Hace parte desde hace dos años con el espacio radial *Jueves Literario* de la radio-revista cultural Buenas tardes Todelar. Ha trabajado en la Dirección de los Clubes de Lectura y Escritura del Concurso Nacional de Cuento RCN & Ministerio de Educación Nacional. Hizo parte del Consejo editorial para el 2do número de la revista *Urcunina Literaria*. Ha sido finalista en diversos concursos literarios y participado en diferentes recitales poéticos. Actualmente se desempeña como docente tutor en el *Programa Todos a Aprender* del Ministerio de Educación Nacional y hace parte del Taller Relata Nariño: Árbol Nómada.

JOSÉ DANIS MORELOS

Nació en Pueblo Bello, Córdoba, en 1983. Estudió Filosofía en el seminario mayor la antigua del Darién (Turbo) y la universidad Luis amigó (Bogotá). Docente actualmente, ha publicado algunas de sus reflexiones y poemas en medios de prensa regional. Es miembro del taller de escritores “Urabá escribe”.

LUIS CARLOS RAMÍREZ LASCARRO

Nació en Guamaí, Magdalena, en 1984. Estudió Tecnología en Electrónica en el Politécnico de la Costa Atlántica (Barranquilla). Finalista de la IV versión del concurso Tulio Bayer, Poesía Social sin Banderas (2005) e invitado al VII Festival Internacional de Poesía de Pereira (2013). Incluido en las antologías *Con otra voz* y *Poemas inolvidables* (2011), *Tocando el viento* (2012). Colaborador frecuente de la revista <http://www.traslacoladelarata.com/>. Actualmente participa en el Taller de Relata - La poesía es un viaje.

DIEGO RODRIGO ECHEVERRY

Nació en Cali, Valle, en 1967. Licenciado en Literatura por la Universidad del Valle. Autor de los poemarios *Guía para amar perdidamente* (1998) y *Cinco formas de la luna* (2002). Poeta invitado y tallerista de escritura creativa en las versiones VII y XII del Festival Internacional de Poesía de Santiago de Cali. Participante del taller de escritura creativa de Relata *El cuento de contar*, dirigido por el escritor José Zuleta Ortiz en la Biblioteca Departamental del Valle del Cauca, entre marzo y noviembre de 2013.

DOMINGO JOSÉ BOLÍVAR PERALTA

Integrante del Taller Literario José Félix Fuenmayor de Relata. No ha ganado ningún concurso de literatura (casi nunca ha ganado en algún juego de azar) ni tiene un título universitario. Nació en Barranquilla en 1978. Ha vivido la mayor parte de su vida en Isabel López - Atlántico, en casa de sus abuelos paternos.

MAGDALENA VELASCO MENDOZA (MIGDAL MADU)

Nació en Pamplona, Norte de Santander, un 16 de noviembre. Estudia actualmente licenciatura en humanidades. Ha sido gestora

cultural y social. Hace parte del colectivo cultural Rayuela y la sección de poesía y literatura erótica del programa Rayuela magazine. Pertenece al taller de Pamplona, Norte de Santander.

CLARA ROMERO BARRIOS (CLAIRE)

Nació en Riohacha, La Guajira, en 1981. Estudió Finanzas y Relaciones Internacionales en la Universidad Externado de Colombia (Bogotá). Especialista en Formulación, Gerencia y Evaluación de Proyectos. Después de 13 años de vivir en Bogotá, regresó en el 2012 a su amada tierra, donde actualmente se desempeña como Coordinadora de Programas de la Fundación Cerrejón para el Agua en La Guajira. A inicios del año 2013, se inscribió en el Taller de Escritura Creativa Relata – Cantos de Juyá (Riohacha), dirigido por el escritor guajiño Víctor Bravo Mendoza, con el propósito de escribirle un cuento a su querida sobrina Valentina; lo que terminó en el renacer de su vieja pasión por la poesía y sus primeros pasos publicados en esta Antología.

E. MAURICIO DELGADO MIRANDA

Nació en Bogotá el 23 de octubre de 1979. Vive desde los 9 años en Pamplona. Licenciado en educación artística. Su obra incluye fotografía, performance e instalaciones. Ha estado en exposiciones colectivas en Ápside 2006, 2007 y 2008, de la Universidad de Pamplona y el Museo Anzoátegui. Participó en la exposición colectiva de artistas nortesantanderianos en la Universidad Libre de Cúcuta con su obra *Secuencias*. En la exposición colectiva *Miradas Diversas*, 2009, de la Corporación cultural Rayuela. En la exposición de Autorretratos de Ápside, 2009, en la Universidad de Pamplona. En la exposición colectiva *Encuentros*, Museo Anzoátegui, 2009-2010. Publicó la investigación sobre las cervecerías de Pamplona en el libro *Súmese a la Expedición Botánica*, 2010, Biblioteca Nacional. En 2011 inauguró su exposición individual *Delirium Tremens* en el Museo Anzoátegui. En 2013 muestra su trabajo en pintura retrato *Memoria gráfica* en el Museo Anzoátegui. Pertenece al Taller de Escritura Rayuela, textos suyos aparecen en diferentes sitios web.

BRYAN ESTEBAN CIFUENTES HERRERA

Nació en Cabrera, Cundinamarca, en 1989. Tiene estudios de Derecho en la universidad de la Sabana. En este momento es candidato a Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales de la universidad de Cundinamarca. Participó en el VI festival internacional de poesía, Palabra en el mundo, en 2012. Sus textos han sido publicados en medios virtuales e impresos, incluyendo la *Antología de Expresiones Locales de Artistas Fusagasugueños*. Alcaldía de Fusagasugá (2012). Actualmente pertenece al Grupo de Amigos de la Biblioteca y participa en el taller de escritura Relata Manuel Aya en Fusagasugá.

H

Nota bibliográfica

En la presente antología aparecen publicados los dos textos ganadores, en la modalidad Mejor cuento, de la categoría Mejor asistente a taller, en el marco de la convocatoria “Apoyo a mejores textos en talleres de la Red de Escritura Creativa Relata 2013” del Ministerio de Cultura.

Carolina Rojas Vélez ocupó el primer lugar con el cuento “Las palabras hacen falta, sabes” y Daniel Mauricio Montoya Álvarez obtuvo el segundo lugar con “Los zapatos azules”.

Este libro de la Red de Escritura - Relata-,
se terminó de imprimir en diciembre de 2013
en los Talleres de Caza de Libros - Fundaproempresa,
en Ibagué, Colombia.